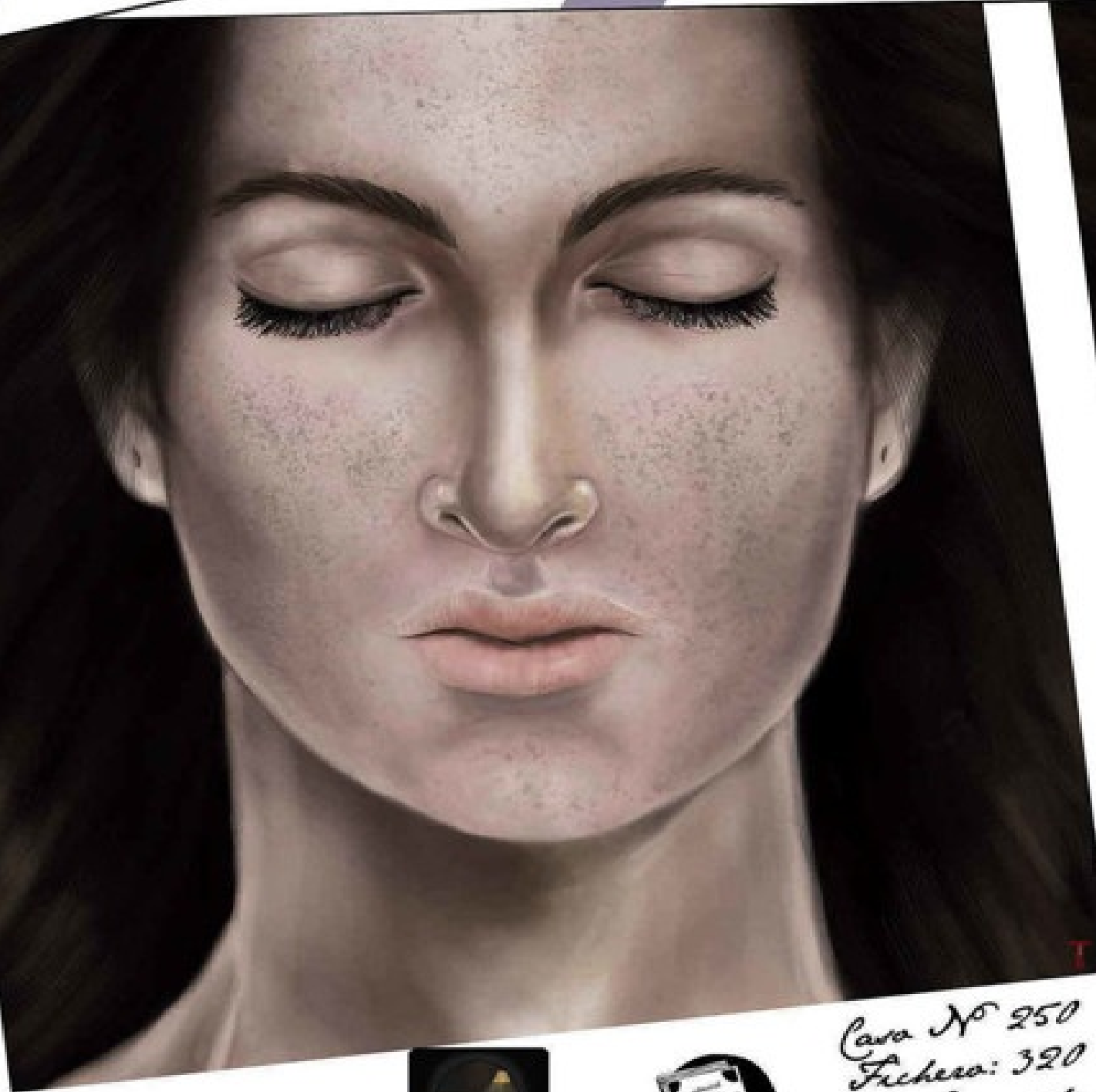


NO TODO SE COMPRA

Patricia Gómez Martín



Dark Thriller



Casa Nº 250
Fichero: 320
Granada

Vera es una chica joven, trabajadora eventual, independiente, apasionada y segura de sí misma. En una manifestación conoce a Pedro, presidente de una asociación contra el tráfico de órganos. Es guapo, adinerado y... controlador.

La vida los une en una rápida y emocionante historia de amor en la que irán descubriendo que, a veces, las apariencias engañan y que no todo se compra, ni todo se vende.

No todo se compra, es una novela fresca e intrigante, ambientada en Granada, que atrapará al lector desde el principio hasta el fin.



Patricia Gómez, casada y con una hija, vive en Granada. Con 31 años de edad, es adicta a la lectura y coleccionista de libros impresos en papel desde muy pequeña.

Su afición a la escritura no es algo nuevo, ya que con 11 años ganó un concurso de microrelatos del colegio, sólo que hasta ahora, únicamente había escrito para ella misma.

Se considera una persona trabajadora, constante y muy cabezona. Gracias a esa forma de ser, ha conseguido que su novela salga adelante. Siempre con ganas de trabajar y de seguir mejorando, sigue luchando para que los problemas del día a día, no le impidan cumplir sus sueños.

www.unlibroenelbolsillo.com



Dark Thriller

© a los textos **Patricia Gómez Martín** © a la edición **Editorial Sekotia, S.L.**, 2015 Diseño y maquetación: **agencia autores** Diseño de portada: **Manuel García Tristante**

EDITA:

Un libro en el bolsillo

Teléfono: 914 337 328 www.unlibroenelbolsillo.com. C/ Gamonal 5, planta 1, local 18. 28031 Madrid

©Un libro en bolsillo, es una marca propiedad de Sekotia,S L.

Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones.

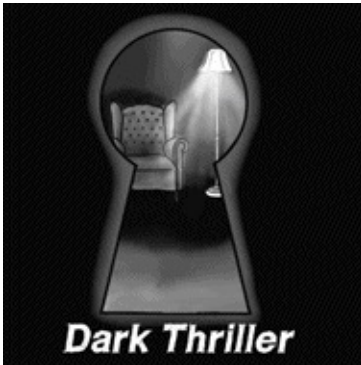
Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos. **Acabemos con la piratería, no con los consumidores.**

ISBN:

NO TODO SE COMPRA

Patricia Gómez Martín

2015



«Da tu primer paso ahora. No importa que no veas el camino completo. Solo da tu primer paso y el resto del camino irá apareciendo a medida que camines»

Martin Luther King

«Cuando hay una tormenta los pájaros se esconden, pero las águilas vuelan más alto»

Mahatma Gandhi

PRÓLOGO

Al igual que cualquier niña, su sueño había sido casarse con un precioso vestido de gran cola, con unos tacones altos, joyas y un bonito velo bordado. Va agarrada del brazo de su padre que con orgullo ejerce de padrino, mientras su madre llora desconsolada porque se llevan a su niña.

Esa mujer, acompañada por sus hermanas, amigas y sus trescientos invitados cuchicheantes, que la ven dirigirse al altar, escucha de fondo la marcha nupcial y siente mariposas en el estómago cuando ve a su príncipe sonriente esperándola para comenzar una feliz vida juntos.

Sí, esa es la ilusión de toda niña, a los cinco, seis, siete años.

¿Pero qué ocurre cuando esa niña es adulta y justo el día de su boda se da cuenta de que realmente no es lo que quiere? ¿Qué siente esa mujer cuando ve a su madre llorar mientras ella va vestida de blanco y no es de felicidad, y cuando su padre va andando lentamente como si no quisiera que llegara el momento de soltarla y que ella una su vida a ese hombre?

Por suerte, ella es inteligente, decidida, valiente y hace todo lo contrario a lo que se espera. Salir corriendo en sentido contrario. Hacia la calle. A buscar la verdadera felicidad.

CAPÍTULO UNO

No creas que he tenido una infancia mala, por fortuna, doy gracias cada día. No he sido maltratada, violada, ni cualquier otra barbaridad parecida. No soy hija de padres separados; no he sido discriminada en el colegio ni motivo de burlas; no era una alumna de diez ni de tres. Más bien de seis de nota media.

Y así podría considerar mi vida, con un seis de nota media. Estudiante normal, amigos normales, viviendo en un casa normal, con una familia normal. Mido un metro con sesenta centímetros. Mi peso no te lo digo porque no me quiero mosquear. No soy ni rubia ni morena, y mi pelo no es ni liso ni rizado: simplemente tiene vida propia.

Por lo general, no sé si ya te has dado cuenta, soy una mujer de lo más normal del mundo. Rozando tanto lo corriente, que mi habilidad era pasar completamente desapercibida. Como por arte de magia, podía estar y no estar en el mismo sitio. Vamos que nadie se daba cuenta que yo estaba, y eso tiene una ventaja muy importante y es que, a veces, sin quererlo, y otras queriendo, he llegado a escuchar conversaciones que no debería. Sí, lo reconozco, depende de la situación, soy un poco cotilla. Así durante años he oído en las clásicas fiestas de adolescentes, los amores de verano que había entre unos y otros, las envidias de algunas tipo «que mal va conjuntada aquella» o, «mira. María no se ha sacado bien las cejas». Vamos, conversaciones sin fundamento. Pero hubo un día, en la que por casualidades del destino estaba en el sitio equivocado, o correcto, depende de cómo lo mires.

Cansada de la conversación repetitiva de mi amiga (pongámosle que se llama Ana, porque como se entere que te lo cuento, me va a traer por la calle de la amargura), de que se estaba enamorando del muchacho que iba a la barra a coger una copa y, por accidente, se choca con él. Y en el momento en que lo mira para decirle: «¡¡¡eeeeeeeyyyyyyyy, mira por dónde vas!!!» se queda en el «eeeeee» mientras piensa con cara de bobalicona: «eeeh, qué ojos más bonitos tienes. ¡Qué cara, qué cuerpo, eeeeeeeeh!».

La típica escena tonta en la que pareces una estúpida adolescente de risa nerviosa cuando ya tienes una edad para tontear sin hacer el estúpido, y te pasas toda la noche observando como un ave rapaz que está esperando el momento justo para atacar. Pues eso, que como me cansé y no me atreví a decirle para que no se mosqueara «lo acabas de conocer, no sabes cómo se llama, no has hablado nada, no tienes ni idea de su vida, ¿enamorada? ¡Venga ya! Si hasta te ha dado un codazo y ni se ha disculpado», pues decidí ir yo misma a por una copa.

Pero al ser estudiante, y que no conseguía nunca una beca, a pesar de rellenar todo el papeleo de la solicitud (¡que menuda burocracia!), y sacar buenas notas, siempre iba bastante pelada de dinero. Así que como se dice en mi tierra, “a falta de pan, buenas son tortas”, tengo mis propias técnicas de supervivencia, y decidí pasar con sigilo por la zona más apartada de la barra, la que los camareros utilizan como almacén y servirme yo misma. Pero claro, te tienes que conformar con lo que haya en el momento, unas veces whisky, otras ron, y otras un simple refresco. A veces con hielo y otras sin él. Mi lema es:

“Si es gratis, no te quejes”.

El plan es sencillo: te acercas a la barra como distraída, eso sí, ya tienes que llevar dos vasos en la mano; sí, dos vasos. Y cuando llama al camarero mi cómplice, que es alguna guapa escotada tan pasada de copas que acepta tontear con el barman y entretenerlo, dejándome a mi vía libre, a cambio de una copa gratis, paso por debajo de la puertecilla de la barra y me meto en el hueco que hay entre las cajas y bidones de cerveza para descubrir cuál será el botín sorpresa con el que me apropiaré y me tendré que conformar.

Bueno, pues ese día, cuando yo nunca había tenido miedo a ser pillada en mitad de mi misión “salvar al borracho de turno que no lleva un duro encima”, justo en ese momento, escuché unos pasos, demasiados alterados, entre cuchicheos. «No, no, no, me van a pillar», me dije mientras el corazón me iba a mil por hora. Quizás si no me movía, como estaba en una zona oscura, lejos de cualquier foco de luz, podrían no descubrirme. Además, justo al lado, estaba la puerta de salida de emergencia. Así que pensé rápidamente que tenía dos alternativas. La primera quedarme quieta donde estaba y ni respirar, por si se iban sin verme, y la segunda, en caso de ser pillada, salir huyendo por la puerta de emergencia y correr como si se me fuese la vida en ello sin olvidarme de rezar para que no me cogieran y, por supuesto, en el caso de salir airosa de ahí, no volver nunca al local.

Así, que agachada y escondida como estaba, centré todas mis fuerzas en escuchar lo que decían, para tener muy claro cuál era el momento ideal para mi huida.

«Hemos quedado en mi despacho, mismo sitio, misma hora. Más le vale que esta vez no falle. La semana pasada casi nos descubre la policía. Tenía que haberle volado la cabeza en ese mismo momento y ahora no tendríamos estos problemas. Así que, por si las moscas, ten tu pistola preparada.»

Ahora sí, tierra trágame, daría cualquier cosa por estar en ese momento con Axel, el protagonista de la obra de Julio Verne, y su tío de viaje al centro de la tierra. Se me habían agudizado tanto los sentidos que parecía que olía hasta caucho de la empuñadura de la pistola que tenían que preparar. No me habían temblado tanto las piernas, desde que vi aquella película en la que una rata gigante devora a un viandante por una calle solitaria. No me quedaba otra alternativa que pensar; tendría que salir de mi escondite a la mayor brevedad posible, y huir. Desaparecer de ese sitio, que nadie me relacionase con esa conversación, con esos dos tipos, a los que aún no les había visto ni las caras, su voz no la había escuchado antes, y tampoco quería saber nada de ese despacho y esa arma que estaba esperando entrar en acción.

¿A quién se referirían? ¿A quién habrá citado a esa hora? ¿Cuál será el motivo de tanto enfado y secretismo? No, no y no. Mejor no saber.

De repente, se escuchó un buen golpe. Un vaso estrellado contra el suelo saltó en mil pedazos. Dos muchachos se estaban peleando a dos metros de distancia. Al parecer, el flirteo de uno de los jóvenes con la novia de otro había desencadenado la disputa. En ese momento decidí salir, ya nadie debería notar mi presencia, todos estarían mirando la discusión. Al levantarme de mi escondite vi claramente como uno de los dos golpeaba al otro con uno de los taburetes en plena cara. El joven cayó al suelo, debió de quedar inconsciente ya que no hacía ningún movimiento para intentar defenderse.

En ese mismo instante una oleada de pánico llenó el local, y todo el mundo empezó a salir en estampida tanto por la puerta principal como por la de emergencia que era por la que yo tenía planeado escapar, así que de nuevo y por segunda vez, desaparecí esa noche. No domino las artes escénicas y mucho menos las sobrenaturales; tengo mi lugar donde resguárdame, donde tomarme un café a las siete de la mañana después de una noche de fiesta. Un sitio público que para mí es secreto. Todo el mundo lo conoce, menos la gente que me rodea. Soy una persona muy reservada y necesito mi espacio en el que desintoxicarme de la vida social, donde pueda entrar y no decir buenos días, vamos, que no me molesto en soltar un gruñido a lo cromañón.

Cuando entro, ahí siempre está ella, detrás de la barra, con su mejor sonrisa, a veces transparente, a veces enigmática. Pero siempre se la ve tranquila. Es esa mujer que yo pensaba que no me conocía pero que siempre sabía cómo me encontraba.

Cada día me pone mi café con un motivo diferente en la espuma; corazones, caras alegres, tréboles. Nunca he cruzado una palabra con ella, excepto los primeros días, y sólo para hacer mis pedidos. Pero esta mujer, que no sé ni cómo se llama, aunque creo que una vez la llamaron Soledad (nombre que le va como anillo al dedo a lo que yo busco, pero no estoy muy segura), tiene un poder extrasensorial, y estoy convencida de ello. Nuestra relación se basa en: entro por la puerta y busco su mirada mientras me siento en la mesa más apartada de la multitud, y sin pronunciar una sola palabra entre nosotras. Ella sabe si he tenido un buen día y me pone mi café con su sonrisa espumosa; si tengo un mal día, mi café llevará un trébol o un corazón espumoso acompañado de un bombón de chocolate con leche relleno de galleta y chocolate blanco. Es un misterio de la historia en qué se basa para servirme, pero siempre acierta con mi estado anímico. Intenté en varias ocasiones engañarla llegando a la cafetería con la cara seria sin tener motivos, para conseguir mi premio consolador, pero nada.

Sin embargo, eso no era el único motivo que me embriagaba de aquel lugar. Los grandes ventanales del local permitían ver a la gente que entraba y salía, a pesar de tener un vinilo con la imagen corporativa. Al fondo, un gran mural de papel pintado con un paisaje de cualquier isla perdida, imagen tan relajante que te permite imaginarte desaparecida en esa arena, dejando tu mente en blanco, y con tanta tranquilidad que se te olvida hasta respirar. Pero no, mi estado de nervios por los acontecimientos ocurridos no me iba a permitir relajarme, como hacía cada mañana sentada en los cómodos sofás de grandes cojines de plumas y dejar volar mi imaginación. No querer saber más del asunto de la pistola y no parar de pensar en ello resultaba complicado para que mi corazón dejara de latir a marchas forzadas.

De repente, sentí un codazo en la espalda, y a su vez una oleada de pánico me cruzó desde la cabeza hasta la punta de los pies. «Me han encontrado», pensé. Me volví despacio para ver quién había sido, aunque de qué me iba a servir. No había visto las caras de los dos hombres que mantenían esa conversación en la fiesta. Busqué a mi cómplice en el silencio, Soledad, y vi que estaba atenta a lo ocurrido: parecía preocupada. Por lo menos ya tenía una testigo a mi posible secuestro o vete a saber que me querrían hacer. Y mi sorpresa fue que me encontré con un chico bastante más alto que yo de más o menos mi edad, no muy musculoso, pero tampoco demasiado delgado, que me miraba atento con grandes ojos marrones, de pelo corto moreno y de punta. Parecía recién afeitado, y con

una gran sonrisa. Me dijo:

—Perdona por el golpe; es que las sillas están demasiado pegadas y he sido un poco torpe para sentarme.

—No te preocupes —le respondí—. La próxima vez, ten más cuidado. —Arisca me llaman.

—Bueno..., pero ¿qué mosca te ha picado? Te he pedido ya disculpas. Y, ¿por qué estás tan pálida? Parece que has visto a un fantasma: ¿te encuentras bien?

No dejaba de mirarme con esa absurda sonrisa, con todos sus dientes blancos bien alineados.

—Sí, estoy bien, gracias —le respondí de nuevo, esperando a que se diera la vuelta, se sentara y dejase de hablarme.

Soledad seguía atenta, parecía que estaba preparada para salir corriendo en mi ayuda. ¡Qué gran mujer!

—En serio, estás demasiado pálida y nerviosa. ¿Te encuentras bien de verdad? ¿Quieres que te traiga algo de azúcar? Parece que has entrado en estado de shock.

Pero qué pesado, y precisamente ese día...

—No, estoy estupenda, gracias. —Marqué cada sílaba para ver si lo entendía bien y dejaba ya pasar esa falsa preocupación. No me fiaba para nada de él, demasiada amabilidad.

—Pienso que me engañas, es más, estoy convencido que me engañas, y me preocupas, ya que un simple golpe, no es para ponerse así. Así que me voy a sentar contigo aquí, por lo menos hasta que te tranquilices un poco, y tus mejillas recuperen algo de color.

«Pero, ¿de qué va?, que se sienta realmente», pensé.

—Mira, si lo que buscas en un rollo pasajero, conocer gente nueva, o ligar conmigo, te estás equivocando.

—No intento ligar, pero ahora que lo dices, ¿cómo te llamas?

—No te interesa.

—Pues es un nombre bastante feo, sí, muy feo. Así que te voy a llamar: la chica de los ojos bonitos. —Será caradura, ¿Por qué sigue sentado? Y esa maldita sonrisa que no se le quita de su fea cara, de su bonita cara, bueno... no me líes que no estoy para bromas, no se le quita de su cara—. Entonces, chica de los ojos bonitos, ¿me dejas que te invite a ese café?

—Mi café ya está pagado.

—Bueno, pues en ese caso... me tomaré uno contigo y yo pagaré el mío, ¿de acuerdo? —Y se volvió para la barra—. Sole, guapa ¿me puedes traer una taza con lo mismo que esté tomando ella? —Y volviéndose para mí—: Así, sí sé qué tomas, podré conocerte un poco. Y se me quedó atento con su cara divertida, mirando en mi dirección sin dirigirme la palabra, esperando tranquilamente su pedido. En realidad, si otro día me hubiese pasado, me reiría y quizás hasta le seguiría el juego, pero aquel día no, no me apetecía. En ese momento era todo lo contrario a lo que necesitaba.

A los pocos minutos de esa situación tan incómoda, apareció Soledad con su taza de café, y unos platos con mis bombones preferidos. El café se lo puso a él y el plato me lo puso a mí mientras me dijo: «cortesía de la casa», y situada detrás de él y sin que la viera mi acompañante, me indicó con gestos que mirara la servilleta. Y eso hice con mucho disimulo. Cogí uno de mis dulces favoritos y la servilleta para limpiarme los dedos de chocolate. Escrito en pequeño pero con letra muy legible ponía: «puerta privada junto servicios abierta; directa a la calle de atrás».

—Como veo que no me hablas, y ya sé que te estás tomando un capuchino extra cremoso que sabe a gloria, empezaré yo. Me llamo Marcos, y acabo de llegar a la ciudad para hacerme cargo de la empresa de mi padre mientras termino mis estudios.

—Disculpa, debo ir al baño —lo interrumpí, y sin pensármelo, lo dejé en mitad de su conversación. Me levanté despacio de la silla y me dirigí, aparentando la mayor tranquilidad posible, hacia el diminuto pasillo que conduce hasta el baño y, por supuesto, a mi puerta de escape. Cuando llegué a ella giré el pomo y comprobé que estaba abierta. Al entrar a esa habitación me di cuenta de que era el almacén y estaba llena de cajas. Y allí estaba Soledad, manteniendo la puerta de la calle de atrás abierta. Me acerqué a ella y le di un abrazo. Sin más comentarios, salí del local intentando apartarme de ese ventanal que tanto me gustaba y que ahora podía jugar en mi contra. De lejos vi a Marcos, sentado en su sitio, esperando a que yo regresara mientras miraba mi plato «cortesía de la casa». «Comete mis bombones, que tardaré bastante», pensé. Y me marché a casa; necesitaba descansar.

CAPÍTULO DOS

La habitación a media luz, a pesar de ser mediodía; ropa tirada por todas partes, todo el set de maquillaje repartido por la cómoda que hay debajo del espejo, zapatos que no encuentran su pareja esparcidos entre la puerta de la entrada y debajo de la cama... y el despertador del móvil no paraba de sonar.

—¡Maldito chisme! Prometo no salir más entre semana. ¡Ja! Me rio irónicamente de mí misma por el comentario que hago, agotada por la resaca y la falta de sueño, muy a menudo y que nunca cumplo. Ya que con exceso de alcohol y solo unas horas de descanso no soy persona. Si no fuese por este trabajo temporal que tengo haciendo bocadillos y pizzas en el mundo de la comida rápida y reparto a domicilio, seguro que no me levantaba nadie de la cama. En las pocas horas de descanso había tenido pesadillas, pistolas negras y brillantes empuñadas por enmascarados, sintiendo el frío del metal contra mi garganta, miedo me daba pensarlo. Me dolía todo el cuerpo como si hubiese estado huyendo toda la noche. Así que me dirigí hacia el baño y abrí el grifo, seguro que una buena ducha de agua caliente me quitaba esa mala sensación y me sacaba de ese letargo aunque no me podía entretener mucho: el reloj avanzaba a toda velocidad. Mucho más rápido de lo que iba respondiendo mi cuerpo. Deseé que esas peleas con las sombras nocturnas se quedasen solo en esa noche.

Al salir, me sequé rauda y decidí ponerme lo más cómoda posible, vaqueros, camiseta deportiva azul y mis zapatillas converse. En ningún momento me miré al espejo, ni mientras me estaba secando el pelo. Así que justo cuando fui a salir de casa, cogí las llaves del mueble de la entrada, y me vi reflejada en el del recibidor. ¡¡¡Madre mía!!! ¡Parecía un fantasma! La piel blanca, muy blanca. Mis ojos estaban hundidos, una gran sombra negra debajo de ellos se apropiaba de media cara. Me iba a ver obligada a refugiarme debajo de mis gafas de sol de tamaño XXL. Ir a la moda a veces tiene sus ventajas. Me alegré de llevarlas puestas, a pesar de ser primavera comprobé al salir a la calle que había un clima muy veraniego con un sol bien alto y deslumbrante.

Por suerte, solo tenía que andar dos calles hasta el trabajo que me iba permitiendo pagar mis créditos universitarios a trancas y barrancas. Tenía que acelerar el paso puesto que sólo me faltaban cinco minutos para entrar y no podía llegar tarde otra vez. El pesado de mi jefe, Abelardo, ya me lo había avisado, si se repetía sería un despido inmediato.

Conforme iba avanzando escuchaba cada vez más gritos y ruidos ensordecedores, parecían de protesta. En cuanto giré la esquina lo vi claro; sólo me faltaba cruzar la calle, a unos treinta y cinco metros de distancia en la acera contraria estaba mi trabajo y la calle estaba cortada y acordonada por una manifestación. Vallas metálicas amarillas me obstaculizaban el paso y cientos de personas, todas vestidas con camisetas blancas, con pancartas de todo tipo y al grito de: «No todo se compra, no todo se vende», me impedían cruzar la calle.

Ya me estaba imaginando a Abelardo, mi jefe, un auténtico capullo, asomado por el cristal del escaparate mientras observaba pasar los segundos por su reloj, tic, tac, tic, tac, desear desde lo más profundo de su ser que no llegase a tiempo.

Será petardo. Solo me faltaba eso: un despido. «A ver, piensa rápido», me dije.

Y eso me hizo actuar rápido, salté la valla e intenté, a grito de «no todo se compra, no todo

se vende» con el brazo levantado y el puño cerrado arriba y abajo, pasar desapercibida mientras intentaba atravesar la calle entre la gente que me arrastraba en sentido contrario al que quería. Pero claro eso era imposible, todos iban con camisetas blancas y yo de azul. Era un punto en movimiento dentro de un mar de nieve.

Cuando ya casi estaba llegando a mi destino y solo tenía que volver a saltar la valla amarilla, vi a través del cristal como la cara de Abelardo se iba enfureciendo.

«Lo voy a conseguir... ¡Sí!», pensé.

—¡¡Ay!! —Alguien me tiró del brazo. Llevaba en la mano un megáfono por el que no paraba de repetir su grito de guerra y parecía uno de los cabecillas de todo ese lío.

—¿No te parece de mala educación lo que estás haciendo? No deberías cruzar por aquí — me dijo con malicia.

—Sí, sí. Llevas razón. —Las palabras salían atropelladas por mi boca—. Tengo mucha prisa, lo siento. Llego tarde al trabajo, me despiden —le dije a modo de telegrama mientras mi cuerpo se iba orientando para salir corriendo.

—De acuerdo. Te ayudaré con tu causa, si tú me ayudas con la mía. Te espero esta noche en una charla que vamos a hacer. Voy a estar yo al mando así que notaré si faltas. Te dejo este folleto con la información, lugar, sitio y hora donde nos tenemos que ver. Como no aparezcas... sé donde trabajas... o donde quieres seguir trabajando.

—Vale. Nos vemos. Ciao y ¡¡¡gracias!!! —Salí corriendo metiéndome el panfleto en el bolsillo. Tendría que ir a la fuerza.

Cuando entré por la puerta del local, Abelardo estaba enrojecido de la furia. Miré el reloj. Faltaba un minuto para la hora de entrada. Había llegado justa, pero no tarde. Así que fui corriendo a mi puesto de trabajo, solté el bolso y empecé a sacar bandejas del frigorífico. Todo tenía que estar listo para cuando las puertas del local se abrieran al público. Una vez que estuvo todo preparado, saqué del bolsillo el papel que me habían dado para ver a dónde tendría que ir esa noche.

Hotel Nazaríes, sala de reuniones

A las 10 de la noche

Lucha contra el tráfico ilegal de órganos Charla dirigida por Pedro Montijano López
Madre mía. ¿Tráfico ilegal de órganos? Iba a ser una noche muy larga. Otra vez.

CAPÍTULO TRES

La tarde fue interminable y me daba a mí que la noche lo iba a ser también. Había tenido que correr bastante para que al salir del trabajo me diera tiempo a llegar a casa, darme de nuevo una ducha para quitarme el olor a comida del pelo y ponerme algo decente para ir a la charla.

Cuando llegué al hotel estuve un rato con la boca abierta. Un impresionante edificio de piedra natural con entrada majestuosa y un gran pasillo peatonal que conducía a la puerta principal. Una vez allí, se abrieron las puertas de cristal correderas para entrar en otro mundo; una magnífica recepción, con un suelo tan brillante que deslumbra, un espacio grande y diáfano.

Enormes columnas llegaban desde donde me encontraba hasta cinco plantas más arriba, forradas con un papel pintado metálico para darle aspecto oxidado. Al seguir con la vista la altura de las columnas que parecían ser la base y sujeción del hotel descubrí una lámpara inmensa y preciosa.

Había carteles para indicarnos hacia donde teníamos que dirigirnos, ya que por lo visto el sitio tenía un montón de salones (Embajadores, Reyes, Califa, Mocárabes, Abencerrajes, Mirador de la reina, Torre de los picos, Generalife...). Seguí todos los carteles y vi que, junto al *hall*, nos guiaban hasta el salón Generalife. Ya estaba todo preparado. Al fondo había como un pequeño escenario en el que estaban colgadas, al fondo y a los laterales, las pancartas que llevaban al vuelo en la manifestación. Ya estaban casi todas las sillas, situadas dejando un pasillo en el centro, ocupadas. Había mucha gente, no sabía que este tema era de una preocupación tan general, ya que apenas salió por televisión. O por lo menos era una noticia eventual, muy eventual para mí. Me puse junto a la puerta, de pie, pensando en que en cuanto viera al muchacho que me había obligado a venir saldría corriendo. Esperaba verlo pronto y no darme cuenta de que había sido una broma de mal gusto y él no se presentara. Por si acaso permanecí allí de pie, cerca de la puerta, lo que me permitiría marcharme cuando lo deseara.

De repente, entró un grupo de jóvenes que charlaba animoso. Se les veía que eran gente de dinero, de mucho dinero. Intenté apartarme para que pasaran cuando me abrazaron por detrás. Me sorprendí, era el muchacho que me había obligado a estar en aquella charla.

—Buenas noches, señorita intrusa. Creía que no ibas a aparecer.

—Buenas noches. —Me ruboricé—. Mi asistencia es consecuencia de tu amenaza. —No lo recordaba tan guapo. Esa mañana iba con pantalones cortos y camiseta blanca, quizás el cambio se debía al traje que llevaba puesto en color negro. Se notaba de lejos que estaba hecho a medida. Los hombros de la chaqueta estaban en su sitio. Una única abertura en la parte trasera. El largo del pantalón tenía la medida correcta que, por protocolo, le cubría dos tercios del zapato. Camisa clásica de color azul con rayas finas, corbata y pañuelo a juego en un color azul más intenso. Sus ojos me cautivaron. Eran de un color muy extraño, nunca había visto algo así. Eran tonos grises con matices de color verde. No podría decir de qué color eran en realidad. Unas veces parecían un cielo nublado y otras una aceituna.

Muy extraños pero preciosos. Su pelo estaba engominado hacia atrás; ningún movimiento lo movería de su sitio.

—Me alegro. Te había reservado un sitio en primera fila a mi lado, por si aparecías. —Y me volvió a agarrar del brazo, llevándome casi en volandas entre la multitud hasta la primera fila. Bueno, por lo menos, ahora, sabía que podría estar un poco más entretenida. Quizá la charla fuese aburrida, pero mi acompañante lo compensaba, no lo recordaba tan apuesto, quizá sea por el traje, pero en ese momento me sentía muy atraída por su sonrisa y su forma de moverse, era un hombre que impresionaba. No podía dejar de mirarlo a los ojos: estaba fascinada por aquellos cambios de color.

Al momento, pude comprobar que era un hombre bastante conocido, mucha gente se acercaba a saludarlo, y él conocía el nombre de todos, y siempre tiene una sonrisa y un comentario amable. Todos los focos que nos iluminaban desde el techo empezaron a bajar su intensidad, por lo que todo el mundo tomó asiento con rapidez.

Al instante, apareció un hombre mayor, con el pelo blanco y gafas redondas, con la cara muy redonda debido a su sobrepeso, pero con mirada limpia, sincera, era de esas personas que nada más verlas se les nota que tienen buen corazón.

Todo el mundo aplaudió, y él hizo gestos con las manos para que parasen.

—Señoras, señores, dejen de aplaudir, por favor —dijo con una gran sonrisa—. Yo sólo soy el presentador. —Y soltó una carcajada—. En primer lugar, buenas noches a todos. Hoy veo muchas caras ya conocidas y otras nuevas. Para quien no lo sepa, me llamo Mateo. Soy la mano derecha de nuestro presidente, Pedro Montijano López, y os doy las gracias por venir y apoyar nuestra lucha. Así que no os entretengo más y le doy la bienvenida a Pedro.

¿Y quién es Pedro? Pues quién iba a ser, mi acompañante. Ya me advirtió que iba a estar al mando, pero nunca me esperaba esto. Me sonrió, enseñándome bien todos sus dientes blancos y bien alineados. Se levantó y se situó junto a Mateo. No pude disimular mi cara de sorpresa, y él se dio cuenta: me había impresionado. Aún no nos habíamos presentado con formalidad, aún no sabía ni cómo me llamo, pero allí estaba yo siendo invitada, por decirlo de algún modo, porque más bien había sido obligada, a asistir esa noche nada más y nada menos que por la persona con más peso de toda la asociación. Y como quien lo hace todos los días, empezó a hablar con mucha desenvoltura y naturalidad.

—Quiero agradecer a todos los presentes que estéis aquí esta noche, y que nos apoyéis para erradicar un problema tan inhumano y tan doloroso como es la venta ilegal de órganos. —Y allí estaba yo, metida hasta el cuello en la cabeza del lobo—. Pertenece a una sociedad, en la que todo tiene un precio, todo se compra y todo se vende. Somos tan esclavos del dinero que llegamos a considerar a las personas como mercancía. Por desgracia, el tráfico ilegal de órganos existe, al igual que el tráfico de drogas, o la trata de blancas o la venta de niños de adopción. Hoy en día, los trasplantes de órganos son la esperanza de vida de miles de personas enfermas y que no tienen curación, pero hay mucho desalmado que se aprovecha de su situación y convierte la desgracia de unos en un negocio muy lucrativo para otros.

»En los últimos años se han detectado un número muy alto de bandas a nivel mundial dedicado a esta trata de ilegales. Se han descubierto múltiples casos en Albania, Alemania, Bulgaria, Marruecos, Egipto, Mozambique, Perú, Bolivia, Brasil, México, Honduras, Turquía, China, Israel... Es decir, en casi todo el mundo, y casi siempre las víctimas eran pobres.

»Perdonadme que os cuente algunos ejemplos, para que veáis hasta qué punto hay *malnacidos* por el mundo, y disculpad mi expresión, pero es que no tengo otra definición para este tipo de gente. Podemos hablar de sacerdotes que secuestran niños para proveer a los cabrones de estas bandas. Un médico de Holanda, señores, un médico que roba y falsifica archivos para aprovecharse de los pobres bebés muertos. —¿De verdad hay gente con tan mal corazón?—. Más del noventa y cinco por ciento de los órganos de trasplantados de China provienen de prisioneros ejecutados. En Cisjordania, en plena guerra, los soldados matan a jóvenes inocentes para extirparle sus órganos y venderlos. Madre mía, qué cantidad de cabrones hay en el mundo.

—Cuatrocientos niños desaparecen cada año. Oficialmente se desconoce cuál es la razón de estos hechos, pero organizaciones sociales internacionales que velan por la infancia, como es la nuestra, sospechamos que estos mercaderes de la muerte están detrás ocultos. En Brasil, por ejemplo, se encuentran cada día dos cadáveres de niños con los órganos extraídos, o aparecen después vivos faltándoles algún órgano, con claras cicatrices de operaciones de extracción, e, irónicamente, con una remuneración en sus bolsillos que nunca supera a los diez euros.

»Y si malo es que estás personas sean atacadas, engañadas o manipuladas, peor es todas aquellas que son ellas mismas las que acceden a ser objeto de estas atrocidades debido a su mala situación social o por no tener qué comer. Hay demasiada riqueza en el mundo como para que nadie, y digo nadie, se vea obligado a pasar por esta situación. Por ese motivo, es por el que hemos fundado, y os presento nuestra organización, la de cada uno de nosotros. «*No estoy en venta*», es y será el futuro y la ayuda de todas estas personas que nos necesitan.

El silencio absoluto que había hasta el momento se rompió por un gran aplauso. Lo reconozco me había cautivado.

Pronto, se formó un círculo de gente a su alrededor. Vi que me buscaba con su mirada cautivadora, pero no paraban de darle la enhorabuena por su charla y no lo dejaban acercarse hasta mí. Y tras unos instantes, la gente se fue dispersando, por fin.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó triunfal mientras me guiñaba un ojo.

—Impresionante, no conocía la magnitud del problema.

Sonó su móvil. Con gran elegancia lo sacó del bolsillo y su cara se tensó al ver quien lo llamaba.

—Perdona, pero tengo que responder. Mientras termino tómate algo en el catering. No tardo en volver.

—No te preocupes.

Junto a la puerta de entrada había situadas unas mesas adornadas con mucho estilo. Vi copas de champán, canapés de todo tipo, vasitos de salmorejo, platos con jamón y queso..., maravillas para el paladar. No habían pasado ni cinco minutos cuando se me acercó Mateo. Parecía bastante agitado. La tranquilidad de su cara que había en la presentación había desaparecido.

—Disculpe, señorita —me dijo mientras se limpiaba con un pañuelo el sudor de la frente

—. ¿Es usted la acompañante de Pedro?

—Sí —respondí dudando. No sabía exactamente si me podía considerar acompañante. No habíamos cruzado más que dos palabras y seguía sin saber cómo me llamo—. ¿Qué deseaba? —me atreví a preguntar.

—Pedro se ha tenido que marchar urgentemente. Le ha sido imposible evitar esta salida.

Me ha pedido que le entregue esta nota.

—Gracias. —Extrañada sujete la nota, ¿qué habría pasado

Te pido mil disculpas pero me tengo que marchar. Por favor, disfruta del catering. Te recompensaré. El viernes que viene te invito a cenar. Vístete de etiqueta, y mándame un email el jueves por la tarde a: pedromontijano@noestoyenventa.com con la dirección de donde te tengo que recoger y te contestaré confirmándote la hora. Un abrazo.

«Qué autoritario es este hombre. Bueno, el jueves le contestaré con mi dirección», pensé.

CAPÍTULO CUATRO

Llegó el viernes y la semana no pasó tan rápido como hubiera deseado. El día anterior mandé el correo de respuesta con mi dirección para que me recogiera y su respuesta fue:

«Estaré en la puerta a las ocho y media. Llevo un *Mercedes* de color negro. Sabrás perfectamente cuál es cuando lo veas. Sé puntual.»

Detecté demasiada autoridad y aunque esa faceta suya no me gustaba, tenía claro que quería volver a verlo.

En toda la semana no había podido ir a mi rincón secreto, así que ese día que tenía más horas libres decidí ir a tomar un café después de comer. Necesitaba mi momento de paz y tranquilidad para mi cita de esa noche. Nada más entrar por la puerta vi que Soledad, la camarera, me miraba con una sonrisa. Al verme parecía que se le había quitado un peso de encima. Me senté en mi mesa habitual, y ella me trajo mi café y un plato con los deliciosos bombones.

—Hoy no te mereces estos bombones. —Y para mi sorpresa se sentó en la silla que había junto a mí, muy cerca, como si me fuera a contar un secreto.

—Buenas tardes, Soledad.

—Me tienes asustada —habló casi en susurros—. Vas a meterte en líos, chiquilla. Ándate con mucho ojo y ten cuidado con las apariencias, que siempre te engañan.

—Tranquila. He sido una estúpida; debería haber venido antes para decirte que estaba bien. No he vuelto a ver al chico del otro día. Y por cierto, muchas gracias por tu ayuda.

—Ese chico ha estado aquí todas las mañanas, todos los días a la misma hora de nuestro encuentro, y siempre me ha preguntado por ti. Cuando te marchaste estuvo más de un cuarto de hora esperando antes de pedirme que entrase al baño de mujeres para ver si estabas bien. Se le veía preocupado. Me limité a decirle que el baño estaba vacío, y lo entendió todo. Pero no es él el que me preocupa. Él parece muy buena gente. Hazme caso, ten cuidado a dónde vas, y no te creas todo lo que ves. —Se empezó a levantar de la silla y me dijo al oído—. Si algún día necesitas escondite, sabrás encontrarme. No lo dudes, ven a mí.

Y se fue.

Cuando llegó a la barra, se giró y me miró, y yo asentí con la cabeza. Nuestro contrato estaba cerrado, había entendido bien el mensaje, amiga mía. Aunque no por ello evitó que se me pusieran los pelos de punta. Un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los talones. Con los nervios, tamborileé mis dedos contra la mesa y vi que, como siempre, junto con mi café, me había traído el plato con la cuenta y debajo del ticket había más papeles. Eran notas escritas con bolígrafo en las servilletas de la cafetería.

Día 1

“Chica de los ojos bonitos, no está bien lo que hiciste ayer”.

Día 2

“Chica de los ojos bonitos, he venido a ver si te veía. Te debo un café”.

Día 3

“Vuelvo a venir a ver si te veo”.

Día 4

“¿Sabes?, ya me está gustando este sitio. Seguiré viniendo, aunque siempre espero verte”.

Día 5

“Podrías venir, y por lo menos recoger mis notas, espero que nos veamos otra vez. Mañana volveré a desayunar”.

Calculando fechas, efectivamente habían pasado cinco días desde que le dejé plantado, así que es cierto que había venido cada día. En fin, no podía pensar en eso, tenía que ir a prepararme para esa noche.

Durante todo el camino hasta llegar a casa, iba pensando en lo que me iba a poner. Soy una chica muy corriente, con muchos sueños, pero muy normal, así que lo que se dice vestir de etiqueta no es algo muy común en mí. Mi armario está lleno de vaqueros, camisetas, sudaderas, alguna que otra camisa y un par de *leggings*. Tan sólo tengo un vestido de una boda a la que fui el año pasado que pensé que quizás sería el más adecuado. Es un vestido de color negro, ceñido, por encima de las rodillas y lleva un tirante en un hombro y en el otro no. El único adorno es un fajín de color rojo, y los zapatos son de tacón en el mismo color. El pelo decidí dejármelo suelto, sujetándolo hacia un lado solo con unas horquillas, dejando mi hombro sin tirante al descubierto. Unos pendientes en plata labrada, pero no muy grandes de tamaño y con poca caída, darían el toque final junto con un bolso de mano en color negro. Maquillaje sencillo y un poco de perfume fresco. Esperaba no desentonar mucho.

Estaba lista diez minutos antes de lo previsto, vi por la ventana un flamante *Mercedes* aparcado en la misma puerta, puntual, sí señor. Aun así decidí bajar a la calle cinco minutos después. Y justo antes de salir de mi casa triunfal con la cabeza bien alta y paso seguro, un poquito más de perfume.

Al abrir la puerta del portal lo vi de perfil: estaba gua - písimo. Volvía a vestir con un traje del mismo corte que el anterior, solo que en tono gris antracita, bastante oscuro sin llegar a ser negro. Esta vez con camisa blanca, corbata roja y pañuelo rojo, y su pelo como siempre, engominado hacia atrás. Miró el reloj y tenía cara de enfado. Al momento, se giró y me vio. La boca entreabierta dejó claro su cara de asombro. Sus ojos me volvieron a cautivar.

—Estás preciosa —dijo, agarrándome la mano y dándome un leve beso en la mejilla—. Hueles muy bien.

—Gracias. Tú también te ves muy bien. —Se le notaba que ya se le había pasado el enfado. Así que sonreí orgullosa de mí misma por dos motivos. El primero, por haber escogido bien la ropa, y el segundo y, quizás más importante, por no haber respetado al máximo su autoridad.

—Es hora de hacer una presentación normal, ¿no crees? Como sabes, mi nombre es Pedro, ¿y el tuyo musa de mis sueños? —Perdón, ¿había oído bien? Su cara de príncipe encantador me indicó que sí, que lo había dicho realmente.

—Vera, me llamo Vera —contesté, sintiendo mariposas en el estomago.

—Vera, ¿sabes cuánto tiempo llevo esperando a que llegues a mi vida? —Sé que eso se lo dirá a todas, pero ¿y lo romántico que es cuando te lo dicen?—. ¿Estas lista? —Me invitó a pasar al coche abriéndome la puerta del copiloto.

—Sí, veamos qué noche me tienes preparada. Más te vale que me lo pase bien —advertí un poco juguetona.

—De verdad, ¿lo pones en duda? —En este momento un simple roce entre nosotros haría que saltasen chispas. La tensión sexual se cortaba en el ambiente.

El trayecto en coche lo pasamos casi sin hablar. Debo reconocer que iba bastante nerviosa, y no sabía qué temas de conversación podíamos tener en común.

Se me erizó la piel cuando vi que me llevaba a cenar a un restaurante situado en un auténtico Carmen¹ del barrio mágico del Albaicín, un lugar precioso y muy romántico. Un camarero nos esperaba en la recepción. Pedro lo conocía, así que se saludaron muy amigables, y nos acompañó a una mesa situada junto a un ventanal. Las luces del local eran tenues y cálidas. Con mesas estrechas, lo que facilitaba tocar a la persona que tienes enfrente solo con alargar un poco la mano. La mantelería estaba impoluta, en tonos blancos y beige. Todo el restaurante estaba decorado en esa línea: papel pintado a rayas en ese mismo tono, con grandes visillos de tela en color blanco, tejidos que no llegaban a tapar el cristal, ya que las vistas desde allí eran inmejorables con la Alhambra al fondo. Ese monumento situado sobre la colina de la Sabika, junto al río Darro. Fabricada con la propia arcilla del terreno, y que lleva en pie todo este tiempo, tantos siglos de historia. Tantos palacios de nazarís y cristianos se agrupan de esa forma tan irregularmente perfecta comunicados entre sí por patios y galerías que combinan a la perfección la luz y las fuentes de agua. Un lugar único que siempre me transportaba a aquella época. Y así estaba yo, cautivada por la estampa. Pedro me tocó en el brazo, y al volverme me sonrió.

—Nos podemos sentar cuando quieras.

—Sí. —Desconocía cuánto tiempo había estado mirando a través de la ventana—. Me hipnotiza esa imagen.

—No te preocupes, cuando nos casemos nos haremos allí el reportaje de boda; tengo mis contactos —Y me guiñó el ojo.

—¡¡¿¿Perdón??!!! ¿Cómo dices?

—Tranquila. —Se burló de mí—. La boda no será mañana, además antes te lo tengo que pedir ¿no? ¿Te parece buena idea?

—Muy gracioso. —Me reí siguiéndole el juego—. Pero solo si me pides matrimonio en Roma y me llevas de viaje de novios a París.

—Trato hecho. —Y nos dimos la mano como el que cierra un trato comercial—. Menudo bromista estás hecho.

—¿Quién habla en broma? ¿Es que acaso estás en contra del matrimonio?

—No, claro que no, al contrario, tengo la ilusión de cualquier mujer, tan solo que considero que debo de estar enamorada para tomar esa decisión.

—¿Me estas proponiendo un reto? —Se acercó un poco a mí; puso su boca muy cerca de la mía, pero sin llegar a tocarme en ningún momento. Me miró a los ojos y mi corazón empezó a palpar—. ¿En cuánto tiempo crees que podré enamorarte?

—Disculpen, ¿han decidido ya que van a cenar? —Nos interrumpió el camarero y di gracias de que lo hiciera ya que no sabía qué responder.

—¿Eres delicada para comer? —me preguntó Pedro, con sonrisa picarona.

—Un poco.

—Vale, entonces cenaremos de entrantes una ensalada clásica, y dos platos de la especialidad de la casa. Y para beber una botella de agua y otra de vino, el mejor que tengan en este momento.

Parecía bastante seguro mientras leía los platos disponibles y hacía el pedido. Después me miró y sonrió mientras le devolvía la carta al camarero, a quien ni siquiera miró, tenía sus atractivos ojos puestos en mí. Sin embargo, ese gesto me confundió. No sabía si pretendía impresionarme o que en realidad se creía el centro del universo, o quizás fuese que de verdad le he gustado. No sé, bueno, no iba a darle muchas vueltas a ese tema; lo que tenga que ser será.

Volvió a acercarse un poco, y situó sus manos junto a las mías, otra vez sin tocarme, y me dijo entre susurros: —Nos han interrumpido, ¿por dónde íbamos?

—Me ibas a contar sobre tu organización, porque no me dijiste que eras el presidente y me ibas a detallar los motivos por los que me obligaste a asistir el otro día a esa reunión.

—Buena jugada, me cambias de tema y por ahora lo voy a respetar. Ahora, te aviso. —Me señaló directamente a la cara con mirada burlona—. Ese tema sólo está aparcado no cerrado, así que piénsate muy bien la respuesta. —Esperó unos segundos mientras nos servían las botellas de vino y de agua. Nos llenaban la copa de cada uno y al instante, llegaron nuestros platos; merluza en salsa verde, con una presentación increíble y que olía de maravilla. Pedro cogió una bocanada grande de aire, como si fuera a empezar de nuevo un discurso y siguió hablando—: Y respondiendo a tus preguntas puedo decirte que no suelo llevar un cartel en la frente diciendo que soy el presidente de una asociación sin ánimo de lucro. Si decidí ayudarte a cruzar aquella calle fue porque me resultaste muy graciosa, tan agobiada, tan preocupada tan solo por unos metros de distancia.

1 Casas señoriales situadas frente a la Alhambra con grandes vistas y jardines muy cuidados.

—Sí. Es que mi jefe..., pero continúa, no quiero interrumpir —dije mientras le rozaba uno de sus dedos. Me miró como si hubiese perdido el hilo—. ¿¿Y?? —le añadí mientras hice girar mi mano hacia delante indicándole que siguiera respondiéndome, lo que le hizo soltar una fuerte carcajada.

—No me distraigas, canija. Te decía que me hizo mucha gracia verte tan agobiada, y, realmente, nunca pensé que irías a esa reunión, ya casi pensaba en qué forma podía haber sobornado a tu jefe o a tus compañeros para que me dieran tu teléfono, tu dirección, tu *email*, todo vale.

—¿No serás un acosador verdad? —Le solté de repente. Su carcajada sonó tan fuerte que los comensales de todas las mesas del local se volvieron a mirarlo. Al darse cuenta de la reacción de todo el mundo se puso en pie, cogió su copa y dijo:

—Señoras, señores, lamento haberles interrumpido en sus conversaciones, no pretendía molestarles, tan solo es que esta mujer, esta bellísima mujer que hoy me acompaña, es muy divertida. Se la presentaría a todos, pero, lo lamento, esta noche la tengo monopolizada sólo para mí. Les deseo que disfruten de los sabrosos platos que hayan pedido.

Levantó su copa de vino, le dio un sorbo y se sentó. Se veía a miles de kilómetros que se trataba de un hombre acostumbrado a hablar en público. Yo me hubiera muerto de vergüenza, bueno, yo ni me hubiera levantado de la silla. Después continuó con nuestra conversación como si nada hubiese pasado.

—No suelo perderme tanto; cuando empiezo a hablar nunca me distraigo, pero contigo es muy difícil: me rompes los esquemas, me sorprendes con tus preguntas.

—Te puedo asegurar que soy yo la sorprendida; normalmente no suelo pedir disculpas a nadie como tú lo has hecho. Pero, por favor, sigue contándome, no te desvíes. —Y le guiñé un ojo.

—Está bien —suspiró apacible—. Para tu tranquilidad no soy un acosador. Como te decía, cuando te ayudé a cruzar, ya sabía que tenía que volver a verte, soy bastante insistente. Y, si te soy sincero, me dio mucha alegría verte allí. Después me enfadé bastante cuando me tuve que marchar, pero no podía evitarlo, había surgido un problema y tenía que resolverlo en persona.

—¿Un problema muy grave? —Al escucharlo, una sombra oscura se cruzó por su mirada, pero al segundo se recompuso. Si era algo relacionado con el tráfico de órganos, tenía que ser duro. ¿Habrían pillado a alguien? ¿Habría muerto alguien? No podía ser, seguro que era algún papeleo o algo parecido.

—No seas curiosa —me dijo amable—. Digamos que es un tabú laboral.

—Muy bien, uno a uno. Yo te cambio de tema y tú a mí también.

—Muy observadora. Y dime, ¿qué te pareció la charla del otro día?

—Alucinante. Desconocía prácticamente ese problema, no sabía que era tan común. Imagino lo que tiene que sentir esa pobre gente cuando se despierten y vean que están tirados en cualquier esquina a merced de que la muerte se los quiera llevar o no estando heridos física y moralmente. A saber en qué cuartucho de mala muerte atado a miles de infecciones de todo tipo le han sometido para ese robo. No sé quién puede tener corazón para hacer eso, y más a un niño. A un pequeñajo indefenso. —En ese momento me estaba dando cuenta de la gravedad del asunto. Dos lágrimas amenazaban con echar una carrera por mis mejillas.

—Cada noche tengo pesadillas con eso —me dijo bastante afectado—. Créeme que conozco la situación de cerca, demasiado cerca y la realidad es muy dolorosa. —Me impactó la sinceridad con la que parecía hablarme.

—No me digas que a ti... —No me atreví a terminar la frase.

—No, tranquila. Yo no tengo esas marcas en mi piel, pero sí las llevo bien clavadas en mi mente. Nunca puedo olvidarlas. —Se quedó callado mirando a través del ventanal como si de verdad estuviese viendo imágenes en su cabeza.

—Y... —le invité a seguir hablando.

—Y... es la hora de pedir el postre, que ya tenemos nuestros platos vacíos.

Miró al camarero y le hizo un gesto para que se acercara. Pidió un surtido de postres, otra vez sin preguntarme que quería y me miró sonriente:

—Dime, ¿qué pregunta tienes en mente y no te atreves a decirme?

—¿Cómo lo has sabido? —Estaba sorprendida, era muy observador.

—Se te nota en la cara. Es gracioso cuando arrugas así el entrecejo.

—Pensaba en tus ojos: tienes un color raro, nunca había visto nada parecido, ¿son genéticos? —Puede que la curiosidad matara al gato y a mí me pillara de lleno, pero le pregunté sin pensar.

—No lo sé, la verdad. Siempre han sido así. —Nos dejaron encima de la mesa varios platos que eran bombas calóricas muy sabrosas—. ¿Has visto qué buena pinta tienen? Cogí una cuchara, corté un trozo de una tarta recubierta de chocolate y me lo metí en la

boca mientras asentía. Casi no sentí el sabor ya que mi mente solo estaba dando vueltas. Me había vuelto a cambiar de tema. ¿No sabía de qué color eran los ojos de sus padres o no me lo quería decir?

CAPÍTULO CINCO

Los sonidos de las pisadas sobre las hierbas secas del suelo no paraban de sonar a cada paso.

—Sssshhhhh. Debemos de ir más lentos —dijo la persona al mando a través del micro que llevaba colgado de su oreja y que lo conectaba con toda la cuadrilla—. No quiero ni un fallo.

En aquel lugar reinaba el silencio, tan solo se vislumbraba un tenue rayo de luz del amanecer que iluminaba la maldita nave que llevaban tiempo vigilando.

Aquella en la que veían entrar personas semi inconscientes acompañadas de sus raptos, pero nunca se veía salir a nadie de allí.

—Vamos, que lo conseguimos —susurró dando ánimo a todos—. Conocéis vuestra misión, que nadie falle o se irá todo a la mierda.

Había llegado el momento. Llevaban meses esperándolo, estudiando la zona. Tenían grabado en su cerebro cada rincón, cada masacre y el número de cuerpos que habían tenido que dejar entrar allí sin poder hacer nada para no delatar su operación y tener la seguridad de quién era el mal nacido que orquestaba todo.

Cada martes a las siete en punto de la mañana, sin fallo ni en el día ni en la hora, el mismo coche negro, con una matrícula diferente que nunca repetía, llegaba al lugar. Al escuchar el ruido de un coche acercarse, dos personas que antes habían comprobado que era él, abrían el portón para dejar pasar a aquel vehículo al interior.

No había más movimiento, nada más alrededor, ningún otro edificio cerca. Estaban en el centro de un bosque de árboles, hojas y ramajes frondosos, entre los que se había desplegado la brigada TEDAX. Dieciséis hombres especialistas en la lucha contra grupos de delincuencia armados y protegidos con cascos, chalecos antibalas, hombreras y defensas laterales, estaban repartidos y escondidos pendientes de su superior esperando recibir órdenes.

Desde sus posiciones podían ver con claridad la puerta principal y la pequeña entrada que había en el lateral. A simple vista no había más salidas. No había ventanas. Nadie había salido o entrado por ningún otro sitio en los últimos meses. O al menos eso es lo que ellos creían.

—Siete menos dos —avisó a todos, el capitán.

La brigada uno empezó a coger posiciones acercándose a la puerta lateral. Una vez situados, la brigada dos vio como el lujoso coche negro entró a la hora habitual.

—Halcón ha llegado al nido. Os quiero a todos vivos.

En cada grupo se miraron todos entre sí asintiendo. La hora había llegado.

Con mucho sigilo tres hombres se acercaron a la puerta lateral, mientras sus compañeros los protegían con sus armas. Para su sorpresa la cerradura se abrió con demasiada

facilidad. Los ocho primeros valientes entraron silenciosos, mientras los restantes esperaron fuera a que llegase su momento de bloqueo de la puerta principal disparando a su objetivo. Tal y como tenían previsto avanzaron por el interior protegiéndose en cada movimiento. Rápidos pasos callados por el silencio.

Primera puerta superada, entraron en un almacén lleno de neveras que todos deseaban que estuvieran vacías. Segunda, superada sin problema, y la tercera daba al pasillo que los conduciría a la sala que ellos utilizaban como quirófano.

Se escucharon pasos en el corredor.

Todos quietos, atentos, controlando su respiración agitada. Pasaron de largo. «Bien», se dicen con la mirada, «continuemos». Atravesaron corriendo el pasillo apresando, por sorpresa, a los médicos del horror. Pero detrás de ellos unos hombres trajeados que empezaron a disparar.

La brigada que ya había encontrado refugio respondió al tiroteo alcanzando a tres de los cuatro hombres que iban vestidos con bata blanca, guantes y mascarilla. Los demás empezaron a huir dejando varios cuerpos sobre las camillas. Y en su huida dos hombres vestidos de traje negro cayeron al suelo.

El equipo que permanecía fuera al escuchar los disparos entró por la puerta principal para obstaculizar la fuga, esperando encontrárselos de frente. Pero, para el asombro de todos, una tercera puerta subterránea que nadie había previsto les permitió salir a tiempo. Los dieciséis hombres rodeaban la puerta protegiéndose unos a otros.

—¡Cuidado! —Y la destruyen a golpe de pólvora.

Una vez abierta corrieron dentro buscando refugio mientras escuchan el chirrido de las ruedas de varios coches que intentan escapar.

Uno, dos, tres,... con la vista cuentan rápido los coches negros que salen a la carrera. La brigada sigue disparando y la rueda de uno de los lujosos vehículos es alcanzada pero siguen en movimiento hasta el final del túnel. Es imposible seguirlos a pie.

“Hijos de puta”. “Mal nacidos”. “Cabrones”. “Mierda”. Los temerarios hombres expresaron por los micrófonos su angustia de al haber fallado.

—Basta —ordena el capitán—. Brigada dos, manténganse en esta posición, pidan refuerzos y revisen la zona. Brigada uno, avisen a los médicos y volvamos al interior, había civiles en las camillas.

Todos se movieron rápido pero cargando sobre sus hombros el peso de la derrota. Sintieron como un escalofrío les recorría todo el cuerpo cuando oyeron a uno de sus compañeros hablar a través de su auricular:

—Civiles localizados. Un hombre y una mujer muertos con heridas abiertas en los costados, no se molestan en mantenerlos con vida.

—Hijos de puta. Ayuda. —Se escucha otra voz—. Niño con vida, no tiene heridas, aparentemente solo está anestesiado.

CAPÍTULO SEIS

Sí, lo reconozco, era muy feliz. Pasaron varios meses desde que cené por primera vez con Pedro, y estaba viviendo mi propio cuento de hadas. Mi príncipe era tan atento, cariñoso y romántico hasta superar el límite de la cursilería. Me hacía reír cada día hasta que me dolía la barriga, y soñar en cómo sería nuestro futuro hasta que fuéramos viejos. Planeamos miles de escapadas románticas, que algunas se hacían realidad cuando su trabajo se lo permitía. Desde casas rurales a los hoteles más lujosos de toda España han sido testigos de nuestras noches de lujuria, amor y pasión.

Un fin de semana, cuando habían pasado tres meses desde que nos conocimos, él preparó un viaje sorpresa. Vino a recogerme el viernes a mi salida del trabajo y traía con él una maleta. Lo único que me preguntó es si llevaba mi DNI en el bolso. Cuando le dije que sí una gran sonrisa iluminó su cara. Fuimos directos al aeropuerto.

—Pero, ¿a dónde vamos? —le pregunté.

—Lo averiguaras cuando nos subamos en el avión. —Pero necesitare mis cosas.

—Tranquila lo he comprado todo nuevo, llevamos lo necesario y la ropa necesaria, tan solo espero no haberme equivocado con tu talla —dijo mientras me abrazaba por detrás y me besaba en el cuello—. Aunque creo que ya te tengo bien medida. —Y me sonrió con mucho morbo.

Al pasar por la puerta de embarque mi sorpresa era que nos íbamos rumbo a Roma.

—¿Roma? ¿Seguro? Si yo nunca he salido de España.

—Sí, mi amor, nos vamos a Roma —contestó mientras me daba la mano y me arrastraba hacia el avión—. Te confieso que es un viaje exprés de negocios pero no te voy a abandonar mucho.

Solo con su sonrisa estaba todo recompensado. ¿De verdad se podría ser tan perfecto? Llegamos a Roma de madrugada, cogimos un taxi y nos fuimos directos al Gran Hotel Plaza situado en pleno centro de la ciudad. Precioso.

Entramos y nos fuimos directos al recepcionista que nos saludó con una sonrisa muy amable. Su placa identificativa decía que se llamaba Salvatore.

—*Buonanotte. Nome prenotazioni della camera aveva* Pedro Montijano.

Una vez más me sorprendió esa noche, sabía hablar italiano. Me miró al ver mi cara de asombro y sonrió. Su ego estaba en ese momento por todo lo alto.

—*Buonanotte.* Podemos hablar en español si lo desea — contestó el empleado del hotel, mientras yo seguía con la boca abierta—. Su habitación ya está preparada.

Al llegar a la habitación quedé alucinada. Era muy elegante y sus techos estaban bastante más altos a los que estaba acostumbrada en mi piso.

Tras dejar nuestra maleta salimos a la amplia terraza desde la que Pedro me indicó donde estaba la plaza España y la Villa Borghese. Ambos lugares se encontraban muy cerca, y así podría ir por la mañana a visitarlos mientras él estaba en su reunión. Después nos veríamos para comer.

—No te vayas a perder chiquilla, te esperaré en este mismo hotel, a las dos en punto.

Almorzaremos con mis camaradas de la Asociación *No todo se compra, no todo se vende*,

así que sé puntual.

Por muy enamorada que estuviera de él no soportaba su autoritarismo, así que puse sus ojos en blanco por su comentario.

—No hagas eso, no lo soporto. —Se puso serio, más de lo habitual. Aquellos segundos fueron bastante tensos. Cerró los ojos, dio un largo suspiro y cuando los abrió de nuevo había cambiado su actitud. —Me voy a la ducha ¿me acompañas?

—Por supuesto —Le sonreí.

Y hasta ahí llegó la conversación.

CAPÍTULO SIETE

—Hay un chivato entre nosotros —dijo dando un fuerte golpe sobre la mesa y sentándose desesperado en la silla.

—Nos siguen de cerca —respondió su contertulio sin parar de resoplar.

La tensión se podía cortar en el ambiente. Llevaban semanas observando y espiando a sus hombres, aún no se explicaban cómo la policía descubrió la nave y llegaron hasta ellos. Habían tardado mucho en encontrar el lugar que parecía tan perfecto. Alguien tenía que haberse ido de la lengua, no había otra explicación.

Gracias a que siempre tenían un plan en caso de huida consiguieron escapar a tiempo, pero nunca lo habían necesitado hasta aquel día. Aún les temblaban las piernas cuando recordaban el sonido de los disparos. Cerraban los ojos y todavía sentían como las balas eran detonadas tan cerca de ellos.

Maldita sea, ¿Cómo era posible? No podían quitarse la escena de la cabeza.

En otras ocasiones habían estado cerca de que la ley destrozara su negocio, pero esta vez les había costado mucho. Habían invertido mucho en esa misión, y ahora todo se había esfumado. Habría que empezar a buscar otra nave, ninguno de sus escondites eran seguros como para hacer sus operaciones. Y no solo eso, habían muerto los dos médicos y el enfermero que trasladaba los cuerpos. El anestesista fue el único que sobrevivió. ¿Cómo iban a seguir sin médicos? Los únicos que eran fáciles de sustituir serían los dos porteros de la nave, que se asomaron en un mal momento y unas balas perdidas acabaron con su vida.

Tampoco podrían ya cobrar el millón de euros que les iban a pagar por los órganos que habían pactado con su cliente. Aún les faltaba el hígado y el riñón de aquel niño para tener la lista que le habían exigido al completo.

Cerca de treinta neveras llenas de órganos preparados para salir estarían pudriéndose en cualquier sitio.

Dos noches de secuestros y un día entero de operaciones no habían servido para nada. Ahora la policía lo tenía todo, incluyendo la documentación de todas sus víctimas. Aunque les iba a costar bastante identificarlas, estaban todos los cuerpos en una fosa común. Algunos llevaban allí bastante tiempo. Sabían que iba a ser un auténtico quebradero de cabeza para la comisaría. Eso al menos les daría un poco de tiempo para volver a organizarse.

Varios golpes en la puerta los sacó de sus pensamientos.

—Disculpen, ya está todo listo. Todos han llegado, están pasando a la sala de reuniones.

—Gracias, estaremos allí en unos minutos.

Tenían que reorganizarse de nuevo con todo el equipo aunque todavía no sabían cómo lo iban a hacer. No se fiaban de ninguno de sus hombres.

CAPÍTULO OCHO

Me desperté cuando el sol que entraba por la ventana me dio de lleno en la cara. Estaba encantada, había sido una noche muy placentera. Al girarme, aún tumbada en la cama, me di cuenta de que Pedro se había marchado a su reunión. En su lado de la almohada me había dejado una nota junto con una rosa.

«Volveré al mediodía. Recuerda que eres mía. Te extrañaré. Un beso».

Sonreí repitiendo en voz alta: *recuerda que eres mía*. «Qué hombre tan intenso», pensé. Las tripas empezaron a protestar reclamando el desayuno. En la mesita de noche había un folleto informativo que decía que el desayuno se servía hasta las diez y media. Miré el reloj y eras las once y cuarto pasadas.

Qué desastre. Me había quedado dormida, no sabía dónde podía comer, no tenía ni idea de italiano y para colmo no me iba a dar tiempo a visitar nada. Así que decidí seguir tumbada en la cama, la perezosa que hay en mi interior se apoderó de mi cuerpo.

Cerca de la una, mi móvil sonó dándome un susto de muerte, me había quedado dormida de nuevo sin darme cuenta.

“La reunión se ha complicado, no podré comer contigo. Te llamaré en cuanto pueda. Me perteneces”.

Decía el mensaje que acababa de recibir.

“Ok, pero es una putada. Estaré pendiente del móvil”, le contesté.

“No seas mal hablada. La gente con mi reputación no nos permitimos hablar así”.

“Vale papá, pero soy como soy y no tengo tu reputación”.

“La tendrás ya falta poco”.

Decidí no continuar con una conversación absurda de las que no te llevan a nada. Yo no soy una de sus amigas o acompañantes de esos pijos conocidos suyos que le hubiesen contestado: *“Ósea, qué contratiempo, vamos, que rollete”*. No, no y no, soy todo lo contrario. En fin, no le di más vueltas al asunto, y tras una ducha rápida, me vestí con velocidad y bajé al restaurante porque no podía más con los crujidos del estómago.

Después de una succulenta comida cogí un mapa publicitario del mostrador de la recepción del hotel, evitando hablar con alguien, ya que los idiomas no son lo mío y no me apetecía hacer el ridículo intentando comunicarme por mímica. Un día radiante me esperaba en plena calle, me puse mis gafas de sol y empecé a adentrarme por aquellas calles desconocidas para mí.

Lo único que no quería era perderme. Por eso me aseguré que llevaba el móvil con la batería cargada y que tenía cobertura antes de salir. Empecé a andar mirando el mapa con atención, con tanta concentración que me olvidé que iba andando hasta que choqué con algo que casi me hace caer de cruces. Fue un golpe tan duro que lo primero que pensé es que me había dado contra una farola, pero no, había chocado contra un hombre al que conocía y al que nunca me hubiese esperado encontrar allí.

—Si no lo veo no me lo creo, después de un plantón en la cafetería, me atacas en plena calle —dijo riendo divertido.

—Perdona, no pretendía chocarme, estaba leyendo este mapa y... —Menuda coincidencia, voy a tener que empezar a crearme esa frase que dicen de que el mundo es un pañuelo—.

Bueno, lamento haberte dejado plantado, pero no tenía un buen día.

—Disculpas aceptadas —respondió asintiendo—. Empecemos de nuevo, como si nada hubiese pasado.

Dio tres pasos hacia atrás, miró hacia arriba, hacia abajo, a la derecha, a la izquierda. Debo de reconocer que empecé a reír, era muy cómico verlo actuar así. La situación también le divertía a él, parecía un adolescente haciendo el tonto, y sin parar de sonreír me miró, puso cara de sorpresa, se acercó a mí y me dijo:

—Hola, chica de los ojos bonitos, me llamo Marcos, encantado de conocerte. —Y me extendió la mano a modo de saludo.

—Hola Marcos —dije remarcando su nombre—. Me llamo Vera, y también estoy encantada de conocerte. —Y estreché su enérgica mano. Al ver que le seguía el juego aprovechó que me tenía agarrada de la mano y tiró de mí hacia él dándome un gran abrazo y dos besos muy sonoros en las mejillas. Tan sonoros que la gente que pasaba por nuestro lado se volvió a mirarnos.

—Vera, precioso nombre. —No sé por qué motivo ninguno de los dos podíamos parar de reír—. Y dime ¿qué haces por Italia cruzándote en mi camino? Esto va a ser cosa del destino. —Y me guiñó un ojo.

—No creo mucho en el destino la verdad, pero estoy aquí porque estoy de escapada con mi novio.

—¿Novio?, ¿desde hace mucho? —inquirió haciéndome falsos pucheros.

—Eso realmente no te importa —respondí, pero no de malos modos. Para mi sorpresa estaba siguiéndole su juego. Me fijé mejor en él y no entendí por qué no lo había hecho antes. Era bastante guapo el muchacho. Si la noche que nos conocimos hubiese sido diferente, si no hubiera escuchado la conversación de las armas y no hubiese estado tan acojonada, lo más seguro habría sido que le aceptara esa invitación a desayunar.

—Vale, vale —contestó poniendo las manos en alto como si le estuvieran deteniendo—. Pero ¿sería posible que algún otro día me aceptaras un café como amigos? Sabes que me lo debes. Porque... ¿qué planes tienes ahora?

—Ahora estoy perdida —le dije mientras me reía a carcajadas—. Tengo la tarde libre para visitar la zona mientras mi novio —recalqué bien la última palabra— está trabajando y supongo que él me esperará para cenar.

Una gran sonrisa le iluminó la cara. Sin darme cuenta le había abierto camino, aunque pensándolo bien, quizá tampoco estaría mal un poco de compañía.

—Como ya te intenté anticipar en su día, aunque la conversación quedó interrumpida por algún motivo extraño, no porque nadie se fuera por la ventana del cuarto de baño... —volvió a guiñarme un ojo como si me estuviese contando un secreto.

—O por la puerta del almacén —le corregí agitando mis manos al aire, lo que le hizo soltar otra carcajada

—Como te comencé a decir, yo estudio en Italia, pero me vuelvo a España para encargarme del negocio de mi padre, el cual tú conoces.

—¿Tan seguro estás que lo conozco?

—Sí —me dijo exagerando con la cara su afirmación mientras unía los labios como si me fuese a dar un beso—. Te lo confesaré todo. Mi padre es el dueño de una discoteca a la que tú vas, llevaba ya tiempo viéndote ir por allí, pero me extrañaba que a veces desaparecieras y luego volvías a aparecer como si nada. Me resultabas muy divertida así que me puse a observar hacia donde te dirigías, hasta que lo descubrí. —Mi cara empezó a

sonrojarse, no me lo podía creer, me tenía que haber pillado robando copas el mismo hijo del dueño—. Tranquila, no te sonrojes. —Él sabía perfectamente por donde iban mis pensamientos—. Estamos en otro país y el delito ha prescrito. —Rio divertido—. Debo decirte que me hizo tanta gracia que yo mismo intenté hacerlo algunas noches, pero mis camareros me miraban con cara de este tío es tonto cada vez que me pillaban. Pero una noche me preocupaste, porque no sé qué pasó para que de repente salieras huyendo, observando todo desde mi posición vi claro que nadie te había visto ni entrar ni salir, por eso decidí seguirte y por eso me presente en la cafetería. Y hablando de confesiones, te pido disculpas por aquel codazo que para mí fue intencionado, y...

—Lo siento —corté de golpe su discurso.

—No te preocupes.

—Déjame terminar. Siento haberte dejado plantado, como bien me dices estaba huyendo y ese es un tema del que no quiero hablar.

—Por ahora —me dijo confirmándome que este sería un tema que volvería a salir entre nosotros.

—Ya veremos —le contesté—. Pero no lamento lo de las copas, ya que sois muy caros, abusáis de la gente. —Y justo cuando iba a comenzar con mi alegato acusador soltó una risotada a la que yo seguí. Estuvimos unos segundos sin poder parar de carcajear.

—Vale, estamos empatados —dijo reconciliador—. Si paras de robarme te prometo invitarte a todas las copas que quieras, siempre y cuando por lo menos me saludes cuando llegues al local y me dejes ser tu guía esta tarde por la ciudad.

—Trato hecho, no me vendrá nada mal que alguien me guíe.

Y así pasamos casi toda la tarde, riendo, hablando, conociéndonos. Parecía que éramos dos amigos de toda la vida que se habían vuelto a reencontrar después de mucho tiempo y que se ponían al día contándose sus historietas, y tengo que reconocerlo me lo pasé genial, ya no sólo con la compañía de Marcos, que resultó ser mucho más agradable y divertido de lo que esperaba, sino que me encantó Roma. Una ciudad con una belleza tan exultante que me desbordó los sentidos. La tarde se me pasó en un abrir y cerrar de ojos, cuando sonó mi móvil. Pedro me decía que aún estaba en la reunión, que lamentaba haberme dejado sola toda la tarde, pero que me lo iba a recompensar bien, y que en una hora me esperaba en la recepción del hotel, que tenía una sorpresa preparada, y, por supuesto, su frase habitual: *“sé puntual, no me gusta esperar”*.

Cuando le dije a Marcos que tenía que marcharme porque mi novio me esperaba, vi decepción en su cara, pero me acompañó hasta el hotel sin rechistar, aunque con una actitud ya menos alegre que la que había tenido toda la tarde.

En la puerta me dijo que al día siguiente se marchaba para España, que esperaba verme de nuevo por su bar, ya que teníamos unas copas pendientes.

—Claro que sí —le contesté y sin pensar le di un beso en la mejilla y me dirigí al interior del hotel. Desde la puerta del ascensor vi como aún rozaba con sus dedos justo donde mis labios lo habían tocado.

Llegué a la habitación y me cambié de ropa con rapidez, un poco de barra de labios, lápiz de ojos y colorete, y cómo no, perfume.

Salí disparada para estar en recepción a la hora prevista de mi cita con Pedro, cuando llegué esta esperándome reloj en mano.

«Qué control», pensé.

—¡Hola! —dije nada más llegar junto a él.

Se giró hacia mí sin parar de mirar su reloj. No me acostumbraba a sus ojos. No me cansaba de mirarlos, a veces grises, a veces con matices verdes. Empecé a pensar en que el color cambiaba según su estado de ánimo, pero pronto se me quitó de la cabeza. No era un vampiro de esos que se llevan ahora que vuelven locas a las adolescentes ni nada por el estilo.

—Así me gusta, puntual —dijo sonriendo mientras daba pequeños golpecitos sobre el reloj de su muñeca. Se acercó y me dio un sonoro beso en la mejilla que me hizo reír. — Lamento haberte dejado sola tanto tiempo, y ahora vámonos a comer, estoy muerto de hambre, no me he metido nada sólido en el cuerpo en todo el día.

—¿Qué tal te ha ido la reunión? —me atreví a preguntar. Pronto me di cuenta de que no debería de haberlo hecho. Se pasó toda la cena hablando sin parar de sus cosas, pero a la misma vez sin decir nada, frases esquivas y sin sentido. Estuvo más de dos horas soltando frases que se puede reducir a: no conseguimos ponernos de acuerdo.

Tras la cena, me propuso ir a dar un paseo por los alrededores, y así lo hicimos, casi sin darnos cuenta llegamos a La Fontana de Trevi.

—¿La has visitado ya hoy? —quiso saber.

—No —mentí. No sé por qué lo hice, pero no quería que supiera de la existencia de Marcos y de lo bien que lo habíamos pasado. Intuición, tal vez.

—Me alegro, así no habrás averiguado nada de la tradición de esta fuente —aventuró mientras se metía la mano en el bolsillo.

—No te tenía por hombre tradicional. —Sonreí mientras pasaba mi pelo por detrás de mi oreja.

—Te sorprenderías muchísimo si supieses todo lo que aún desconoces de mí, pero vamos, no me cambies de tema. —Sacó la mano de su bolsillo y tenía en ella una pequeña caja de color negro y cinco monedas—. Vera, la tradición dice que hay que lanzar dos monedas para asegurar un buen matrimonio. —Me las mostró en su mano derecha a la vez que arrodilló una de sus piernas contra el suelo. Abrió la caja y un anillo muy brillante apareció en su interior—. Y, además, tú me dijiste que sólo te podía pedir matrimonio en Roma, y aquí estamos tú y yo en esta hermosa ciudad, con un anillo y las monedas así que hagamos una locura. Cásate conmigo.

Sin pensármelo dos veces me lancé con los brazos abiertos y lo besé con pasión.

—¿Eso significa que sí? —preguntó con cierta timidez.

—Sí, eso significa que sí —respondí sin parar de abrazarlo—. Comencemos la locura. Casémonos.

—Pues entonces, finalicemos el rito. Tenemos que sellar nuestro compromiso lanzando las tres monedas que faltan, para que tengamos buena suerte.

Y así lo hicimos, agarrados de la mano arrojamos nuestras últimas monedas de la suerte. Como si fuese a cámara lenta, observamos el vuelo de las piezas metálicas en el aire para sumergirse después en el agua. Una sombra cruzó el rostro de Pedro cuando una de ellas chocó contra las rocas y fue a parar a la parte inferior de uno de los dos tritones que sujetan a los caballos marinos. Al ver que se quedaba allí anclada y que no caía a la fuente, empecé a reír. Al escuchar mis carcajadas Pedro se giró sin entender qué era lo que me hacía tanta gracia.

—Menos mal que no soy supersticiosa. —Adelanté intentando aclarar de donde venían mis risas mientras me secaba las lágrimas que me caían por los ojos—. Porque vamos, creo que eso de muy buena suerte no es. —Y seguí partiéndome de risa. Al entenderlo,

Pedro me abrazó ya riendo.

—Anda, vamos para el hotel, que mañana tenemos que coger el avión temprano.

CAPÍTULO NUEVE

Era una tarde calurosa y el sol entraba a través de las cortinas venecianas del despacho. El ventilador giraba dando aire a toda la habitación y amenazando con tirar al suelo los papeles que había encima de la mesa. Dos hombres trajeados y con las mangas subidas hasta los codos intentaban aliviar un poco su calor abriendo los botones superiores de sus camisas y tomando café con hielo.

Un panel grande de corcho estaba colgado en la pared hacia la que miraban. A modo de árbol genealógico tenían fotos colgadas y folios con signos interrogativos en otras.

—Rosales, los seguimos muy de cerca. Saben que estamos tras ellos, y más después del tiroteo del otro día.

—Sí, comisario. Pero de aquella nave solo tenemos ahora mismo cincuenta cuerpos sin identificar y aún no sabemos cuántos más pueden salir. Los forenses siguen trabajando, pero no tenemos datos exactos. Tenemos solo la mitad del puzle montado ya que allí había infinidad de habitaciones llenas de cadáveres.

—Le hemos quitado su central de operaciones, eso es seguro.

—Solo nos da un poco más de tiempo, pero no nos resuelve el problema. Además nuestro infiltrado ha muerto en el tiroteo. El pobre que solo se dedicaba a abrir la puerta y cerrarla para que entraran los coches, se asomó en mal momento. Ese disparo no era para él, a los compañeros les queda el consuelo de que ha sido una bala perdida la que se lo llevó por delante y no un error de ellos.

—Estamos pensando a medias. Nuestros errores son absurdos, la solución la tenemos delante y no la vemos. Tenemos que abrir nuestra mente, dejar de ser nosotros e intentar pensar como ellos, qué harían ellos, cuál va a ser su siguiente paso y adelantarnos. Un policía debe de entender lo que la gente normal y corriente no entiende, y ahora somos nosotros los que no estamos entendiendo estas pistas.

—Guzmán, debemos olvidarnos del paisaje de la muerte que tenemos en la nave y seguir adelante. Solo pensamos en aquella zona y tenemos más pistas que nos conducen a Europa entera, falta escoger el camino adecuado.

Sin más comentarios Pablo Rosales se dirigió hacia la puerta. Justo cuando fue a girar la manivela para salir del despacho se giró hacia su amigo; eran más que compañeros, casi como hermanos, y les bastaba mirarse a los ojos para saber, sin ninguna duda, qué pregunta le estaba haciendo su comisario. Como algo contradictorio, el gran peso que tenía sobre los hombros era el que lo hacía mantenerse con vida.

—Noelia no estaba allí, o por lo menos aún no la han encontrado.

Y con la impotencia de no poder darle más consuelo salió de la habitación, dejando a Ricardo Guzmán solo. Éste se sentó en el sillón de su escritorio y comenzó a llorar, las emociones ya lo estaban superando. Habían pasado tres semanas desde la desaparición de su esposa. Sin ella, su vida no tenía sentido pero no podía morir sin encontrarla, quizás ella necesitase todavía su ayuda.

Le costaba un gran esfuerzo reconstruir lo que en verdad había sucedido. Por más vueltas que le daba no podía explicarlo. El recuerdo le hizo fruncir el entrecejo y tener el corazón un poco más roto. Las imágenes giraban imprecisas en su mente, trataba de cazarlas como

mariposas, pero siempre había alguna que se le escapaba.

Ricardo siempre había sido más que responsable en su trabajo, acumulaba horas y horas sentado en su coche patrulla o en su despacho intentando limpiar la ciudad de delincuentes de cualquier tipo, jugándose a veces hasta su propia vida. Hasta que Noelia le dio un ultimátum. Ella sabía que su marido la adoraba y ella lo quería también pero pasaba tanto tiempo fuera de casa que se estaban distanciando.

Entre lágrimas recordaba las palabras de su esposa.

«Yo te quiero y sé que tú a mí también, pero necesitamos demostrárnoslo, necesito dormir con mi marido, no pasar noches en vela pensando donde estará o en qué rincón puede estar metido jugándose la vida. Quiero tranquilidad, te quiero tener a mi lado, necesito sentirme querida. —El hombre se acercó a abrazarla y dio un respingo al escuchar sus palabras—. Si esto no cambia en el máximo de un mes, cogeré mis maletas y me marcharé y no volverás a saber más de mí».

Y eso hizo, Guzmán en menos de una semana recuperó su matrimonio. Empezó a dormir de nuevo más noches en casa que en comisaría, la llamaba un par de veces a lo largo del día, volvieron a ir de vez en cuando al cine y a salir de paseo.

Aquella noche quiso sorprenderla. Ella estaba cansada pero, aun así, él insistió en salir a cenar. Reservó mesa en el restaurante donde le pidió matrimonio y le compró un ramo de flores igual al que le llevó cuando la recogió el día que se comprometieron. Durante la cena recordaron viejos tiempos y rieron juntos.

Eran más de las once de la noche cuando salieron del local. Tan solo una breve brisa discurría por las calles acompañándolos a la luz de las farolas.

Un coche negro les cedió el paso cuando se dispusieron a cruzar la calle. Al llegar a la acera contraria, Ricardo notó un fuerte golpe en la cabeza recibido por la espalda, lo que hizo que cayera al suelo inconsciente. Noelia desapareció en ese instante al ser arrancada de su lado por dos hombres enmascarados.

Pablo Rosales entró en el despacho sin llamar.

—Lo tengo, lo tengo, lo tenemos. Tenemos las iniciales del pez gordo. —Se le veía excitado.

—Habla despacio y cuéntame detalles.

—Ahora mismo hay un matrimonio en la sala de interrogatorios declarando, al parecer un solo hombre ha intentado llevarse a su mujer, y conducía un coche negro, un *Mercedes*. —No paraba de dar vueltas por la habitación gesticulando cada palabra que decía—. El marido ha conseguido evitarlo ya que ha tenido buenos reflejos y ha sido uno contra uno, y en el forcejeo se le ha caído al cabrón trajeado un folio del bolsillo que la señora ha cogido. En él había una lista de órganos, ya sabes, corazón, riñón, pulmón..., los habituales que nos estamos encontrando siempre, unos estaban tachados y otros no, al final de la hoja ponía: *fecha de entrega: 4 días* y firmado por P.M. Ricardo estamos cerca —dijo abriendo sus manos—. Sus fallos nos van a hacer a nosotros saltar hacia delante en lugar de ir paso a paso —hablaba como loco.

—Pueden ser coincidencias —contestó el comisario sabiendo que no era cierto lo que decía.

—Sabes que no y lo veo en tus ojos —replicó eufórico.

—Consigue un retrato robot, todos los detalles que puedas y ayuda psicológica para que esta familia lo afronte bien.

Pablo Rosales salió de la habitación acelerado mientras el comisario escribía en su tablón

de corcho las iniciales P.M. junto al interrogante que ocupaba el sitio del cabecilla, aún tenía sus dudas. Cerró los ojos y pensó en Noelia. Y en ese momento tuvo el palpito de que aquel individuo podría ser el culpable de su desgracia y la de tantos inocentes. Sus hombres estaban volcados en el caso y realizaban un trabajo minucioso. Ahora era el momento de repasar todo desde el principio. No se les podía escapar ningún detalle. Se quedó pensativo durante unos instantes en silencio, para él tanta violencia no tenía sentido y salió del despacho directo a la sala de interrogatorios.

CAPÍTULO DIEZ

En la habitación reinaba el silencio y la oscuridad. En ella tan solo había una mesita en una esquina con un flexo de luz amarillenta que iluminaba un cenicero lleno de colillas y cigarrillos humeantes. Sentado en el centro de la estancia, maniatado y con los ojos tapados, intentaba mantener la calma aún a sabiendas de que solo tenía dos opciones: salir de allí malherido o muerto.

Llegó allí inconsciente después de la paliza que le habían propinado. Le dolía mucho la cabeza, se notaba un ojo hinchado y la boca le sabía a sangre, ya había comprobado que no le faltaba ningún diente. Notaba una gran punzada en las costillas cada vez que respiraba, pero seguía disimulando su desfallecimiento para que la persona a la que habían ordenado torturarlo no le golpeará de nuevo.

Se escucharon unos pasos que, al acercarse, hacían crujir la madera reseca del suelo, por lo que el hombre pudo intuir dónde lo retenían.

Estaba en la cabaña del bosque, sus jefes deberían de estar muy desesperados o él la debería de haber liado bien, ya que estaban muy cerca de la nave donde se produjo el tiroteo del otro día. Solo había dos kilómetros hasta la zona que tenía acordonada la policía.

La puerta se abrió de un portazo. El golpe hizo que el guardián diera un salto de la silla y cogiera su pistola.

—Baja eso, imbécil —le ordenó el jefe.

—Lo siento, señor. No le esperaba —contestó nervioso.

—La próxima vez que alguien me apunte con una pistola, aunque sea accidental, lo mato, ¿entendido? —sentenció petulante ese hombre con aspecto amable cuyos terribles colaboradores andaban siempre apostados tras él con los rostros bañados en sombras. Tras las palabras del jefe se acercaron al custodio y le propinaron dos puñetazos en el estómago que lo hicieron caer al suelo.

En ese momento le invadió una sensación de temor al hombre retenido, su jefe estaba arriesgando mucho al ir allí en persona. Además, la violencia con la que estaban actuando sus guardaespaldas le confirmaban que no iba a salir con vida de allí.

Notó como le daban un fuerte puñetazo en la cara a la vez que le quitaban el trapo con el que le tenían tapados los ojos. El hombre empezó a jadear y poco a poco fue acostumbrándose a ver en la oscuridad del ambiente.

—Anda, mirad, si ha abierto los ojos —exclamó uno de los secuaces mientras acercaba tanto su cara que casi se podían tocar con las puntas de la nariz—. ¿Necesitas lavarte la cara dormilón? —Y le escupió.

El jefe se encontraba lejos de ellos, echado en la pared y cruzado de brazos. Su cara no tenía ninguna expresión y, desde esa zona y en esa misma postura, comenzó su propio interrogatorio:

—¿Cuál era la orden que tenías que hacer hoy? —preguntó en apariencia tranquilo.

El hombre no se atrevía a responder, al estar atado y ser cuatro contra uno todo estaba en su contra.

—He dicho que cuál era la orden que tenías que hacer hoy —comenzó a gritar y a acercarse a la silla.

—Te... te... tenía que entregar el *ipad* en el despacho — respondió entre tartamudeos muerto de miedo.

—Entonces, ¿por qué no lo has entregado y has intentado hacer un secuestro por tu cuenta? Eres un puto repartidor, maldito cabrón, Solo tenías que entregar el puto chisme en la puta oficina. Y no lo has hecho. Ya tengo secuestrados profesionales que no fallan, ese no es tu trabajo.

—Lo siento —intentó disculparse. Pero otro golpe lo calló, e hizo que se cayera, con silla incluida, de lado. Allí tirado en el suelo, se acercaron hasta él y, rodeado por el jefe, sus dos secuaces y el vigilante, el hombre se sintió acorralado y un temblor empezó a invadirle por todo el cuerpo.

—El *ipad* no estaba en el coche cuando llegaste. La lista no estaba en tu bolsillo cuando entraste. —En ese momento el hombre comenzó a entender por qué había sido golpeado nada más llegar sin mediar palabra hasta que debería de haber perdido el conocimiento, ya que solo recordaba el primer golpe y el dolor intenso que tenía en todo el cuerpo—. No me fiaba de ti, lo sabía, no eres plato de buen gusto, por eso te estaban siguiendo y vieron con total claridad tu intento fallido de secuestro. ¿Eres tan inteligente que sólo a ti se te ocurre un dos contra uno? Eres un enclenque de mierda y te pones a secuestrar a la mujer de un hombre que casi te saca una cabeza —ironizó el jefe mientras le daban otra patada en los costados—. Para tu información la lista que supuestamente tenías en el bolsillo se te cayó al suelo en el forcejeo y la cogió la mujer. Así que de tener que entregar una lista y el *ipaden* la maldita oficina para que se encarguen los profesionales vas y lo pierdes todo. Y lo peor no es el papel, que es importante, pero ahí no hay nada con lo que nos puedan relacionar. Has perdido mi *ipad* personal. Maldito hijo de puta. —Otro golpe ahora en las costillas—. Hay errores que no se perdonan y han ocurrido en el momento más inoportuno con la policía pisándonos los talones.

—Lo encontraré —balbuceó el hombre.

La rabia se apoderó de la habitual templanza que caracterizaba al jefe y sin ser consciente del todo contestó:

—¡Ja! —Sonrió dibujando una mueca irónica en la comisura de sus labios—. No, no lo harás. Deberías de estar agradecido, te saco de tu mierda de vida en la calle, te pongo un traje y un cochazo, no te faltan ni drogas ni mujeres siendo un simple recadero y ¿así me lo pagas?

Sin pensarlo dos veces, el hombre al mando, ataviado con su traje caro, sacó la pistola con el silenciador, aplicó el oído y oyó el gorgoteo de unos pájaros, apretó el gatillo, y puso fin al comienzo del problema.

—Que desaparezca el cuerpo, y que no haya más errores o seréis vosotros los siguientes. Y sin más, se giró y salió de allí.

CAPÍTULO ONCE

Ya estaba bien entrada la noche cuando el viandante iba a paso ligero porque llegaba tarde a su cita.

Sonó el móvil y lo sacó de su bolsillo mientras se le caían las llaves debajo del coche que había al lado.

—Ya llego, ya llego, estoy a cinco minutos. No tardo en llegar —dijo mientras se agachaba buscando a tientas con sus dedos.

Colgó el móvil y encendió la linterna del mismo para encontrarlas con más rapidez, no podía entretenerse más. Al iluminar debajo del vehículo encontró, junto con sus llaves, un *ipad*. Al cogerlo vio que estaba nuevo, solo tenía un pequeño golpe en una esquina de la pantalla.

—Qué suerte, espero que funcione —se dijo así mismo.

Y siguió corriendo hacia donde se dirigía.

CAPÍTULO DOCE

Mi relación con Pedro no hizo cambiar mi costumbre de ir a desayunar con Soledad en su cafetería con sus sabrosos capuchinos decorados. Tengo que reconocer que cada vez me gustaba más cuando se unía a nosotras Marcos, después de nuestro encuentro en Roma. Con lo bien que lo pasamos siendo él mi guía pude comprobar que la primera impresión que tuve de él fue errónea. Aquella conversación en la que hablaban de pistolas provocó que se me nublaran las ideas y no me fiara de nadie, así que no lo conocí en el mejor de mis momentos.

De pistolas, disparos, amenazas y de aquellos hombres por suerte no he vuelto a saber nada, lo que suponía una gran alegría para mí día a día, pero sigo pensando en ello constantemente, y siempre me recorre un escalofrío por el cuerpo.

Soledad, Marcos y yo formábamos un buen grupo de amigos, y la verdad disfrutábamos mucho del momento. A veces el desayuno se alargaba hasta casi el mediodía, hablabamos de todo, desde política, estudios, trabajo, hasta de cosas tan insignificantes como si hacía sol o llovía, o los calcetines que nos habíamos puesto ese día. Sólo había un tema del que nunca hablamos y es de mi anillo de compromiso. Marcos no tenía ni idea del tema y Soledad me interrogaba con la mirada qué significaba ese anillo sin apartar sus ojos de él mientras negaba con la cabeza, pero nunca me preguntó, así que yo no le comenté nada a nadie.

Pedro desconocía mi afición a desayunar allí, y lo mismo pasaba con mis amigos. Demasiado posesivo para aceptar de buen grado la buena amistad que había entre Marcos y yo y el tonteo que, con frecuencia, él tenía conmigo, aunque nunca llegó a sobrepasarse. Pero la atracción física que a veces sufrimos y que también disimulamos se palpaba en el ambiente. A Sole no la engañábamos ya que nuestros cafés siempre venían decorados con un corazón en la espuma y cualquier excusa era buena para dejarnos solos.

Pero el tiempo iba pasando y dos semanas antes de mi boda, tuve que ir haciéndola oficial. Mi familia se quedó muy fría, ya que todo el mundo la veía demasiado precipitada y no paraban de repetirme que era muy joven y que no lo conocía lo suficiente. Mis amigas me dijeron que ahora entendían por qué les había dejado de lado durante todo este tiempo.

Pero le temía más a Soledad que a mi padre. Una mañana me armé de valor y le pedí a Pedro que me acompañara a desayunar. Cuando entré le llevaba agarrado de la mano, tirando de él como si fuese una niña un día de Reyes a la que le habían regalado un juguete nuevo y quería presumir de él.

Nada más cruzar el umbral la busqué con los ojos, por supuesto ella ya me había visto. Conociéndola, seguro que sabía que iba a llegar antes de que aparcara el coche dos calles por detrás.

Las dos nos miramos y después ella posó sus ojos en Pedro, quien estaba echando un vistazo rápido al local. Cuando los ojos de él se posaron en los de Soledad, el delicioso café que llevaba en las manos se le cayó al suelo. ¿Miedo? ¿Asombro? ¿Intuición? ¿Preocupación?

No lo sabía. Sole era así, enigmática, reservada y muy inteligente. Pero cuando aquella taza se hizo añicos en el suelo supe sin ninguna duda que había sido un acto reflejo, por la expresión de su cara, ella misma no se explicaba como se le podía haber caído.

Aun así decidí romper el hielo, soltarme de Pedro, ir a por ella, sacarla de detrás de la barra y arrastrarla ahora a ella hasta llegar a mi amor. En ese momento me puse junto a él y con mi mayor sonrisa de niña tonta e intentando mostrar la máxima tranquilidad posible levanté mi mano y mostré mi anillo de compromiso mientras movía mis dedos.

Soledad me miró a los ojos y con una lágrima resbalándole por la mejilla me dijo:

—¿Por qué nunca me escuchas?

Se dio media vuelta y se fue para la cocina.

Debo reconocerlo, se me quedó una cara de gilipollas increíble. Me volví a mirar a Pedro y me dijo muy serio:

—Parece que no le ha hecho mucha gracia, vamos. ¿Quién se habrá creído la sirve mesas de este antro? Me digno a venir a conocerla, y lejos de ser educada ¿me hace ese feo? No sé quien se ha creído, debería de estar emocionada de que alguien como yo venga a estos sitios a darle un poco de categoría y elegancia.

Intenté calmar el ambiente con la mayor tranquilidad del mundo, aunque por dentro tenía ganas de darle una bofetada por lo que acababa de decir.

—Un momento, amor. Iré a hablar con ella.

Avancé por el pasillo y llegué hasta la puerta de la cocina. Sujeté el pomo y, antes de empujar la puerta, di un largo suspiro mientras apoyaba mi frente junto a la pared y notaba como me hormigueaba el estómago. Esto tenía que salir bien. Sole era un pilar muy importante en mi vida, era parte de mi pasado, mi presente y quería que lo fuese de mi futuro, pero mi vida tenía que seguir. Yo había escogido con quien quería compartirla y eso era parte también de mi futuro.

Soledad era la mitad de mi cuerpo y Pedro, algún día, sería la otra mitad. Estas dos personas, si todo marchaba como yo quería, iban a ser mi *ying-yang*, dos fuerzas fundamentales opuestas y a la vez complementarias relacionadas con todos los momentos de mi existencia.

El *ying* es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción.

Soledad ya tenía ganado ese puesto. Era Pedro el que se tenía que convertir en el *yang*; el masculino, dominante, el cielo, la luz, la actividad y la penetración.

Y en ese momento era yo la que tenía que conseguir el equilibrio entre ambas partes para conseguir armonía.

Volví a inspirar profundo, saqué a relucir la sonrisa más sincera y el cariño que podía mientras abría la puerta, y entré con paso decidido. Estaba de espaldas a mí, preparando algo en la encimera.

—¡Eh! Sole, amiga, guapa, preciosa.

—No seas pelota —me contestó sin mirarme.

—Venga, no seas así —repliqué con cariño.

Sin volverse aún, me volvió a repetir:

—¿Por qué nunca me escuchas? —Empezó a girarse despacio y continuó hablando—:

¿Por qué nunca me escuchas? —Se acercó a mí con la cuchara de madera que llevaba en la mano de estar removiendo leche y creyéndose Rafiki, el mandril sabio de la película el rey león, y me dio un cucharazo en la cabeza—. ¿Por qué nunca me escuchas, niña

cabezota?

—No sé de qué me estás hablando —contesté con rapidez, mientras me rascaba el golpe en la cabeza. Menos mal que no me había dado muy fuerte.

—Ya te dije un día que te ibas a meter problemas, que no ibas por buen camino. —Intenté replicar pero con solo una mirada me hizo cambiar de idea—. No me gusta ese hombre, sepárate de él, aléjalo de tu vida. Niña, solo nos vas a traer problemas.

—Para, para, para, ¿Qué me separe de él? —Hablábamos en susurros para que nadie nos oyera, pero para nosotras era como estar dando voces—. Soledad, me he comprometido con él. En dos semanas nos casaremos.

—Es una locura.

—No lo conoces. Soy muy feliz. Me hace muy feliz. —Su mirada helada provocó que hiciera concesiones—. Vale, lo conozco poco. —Me seguía manteniendo la mirada—. Vale es una puta locura, pero Sole, soy feliz, apóyame, a lo mejor me equivoco, pero quiero seguir adelante con mi decisión.

Durante unos segundos mantuvimos los ojos puestos la una en la otra, retándonos a ver quién daba antes su brazo a torcer.

—Te veo muy decidida —comenzó a hablar por fin.

—Aunque tú digas lo contrario, sé que no me estoy equivocando. O, a lo mejor, llevas razón, pero el tiempo lo dirá. Sabes que soy muy cabezona, y estoy decidida a seguir adelante con la boda.

—Eres imposible —dijo con media sonrisa en su cara—. Nunca te diré te lo dije, pero me lo vas a ver escrito en la cara si llega el momento. De verdad, me quiero equivocar con él, pero sabes que tengo que ser fiel a mí misma. —Por fin nos estábamos dando una tregua—. Solo te pongo tres condiciones: la primera, a él en mi local no lo quiero, me causa mucho nerviosismo tenerlo cerca. La segunda; cada día tienes que darme señales de vida, vienes a desayunar, a merendar, a decir hola, o te las apañas como quieras para que sepa que estás bien. Y la tercera y última, grábate en esa cabeza dura que tienes que cuando necesites algo sabes que estoy aquí para lo que sea ¿entendido?

—Sí —contesté con una gran sonrisa—. Creo que estás exagerando demasiado, pero somos tan cabezas duras las dos que tenemos que dar un poquito de nuestro brazo a torcer. Y nos dimos la mano como el que está cerrando un trato.

—Bueno pues me voy a cumplir mi parte del trato, voy a sacar a mi dulce amor de tu local.

Sin mediar más palabras salí de allí y vi a través de los ventanales de la cafetería que Pedro estaba hecho una furia esperando en la calle. Al señor reloj le habían roto sus esquemas y parecía fuera de sus casillas.

—Mira..., si te has dignado a aparecer —me dijo nada más verme abrir la puerta—. He estado a punto de irme y dejarte aquí tirada. ¿Te parece normal el trato que he recibido? No debes consentirlo, ¿quién se cree esa...?

—No sigas —interrumpí—. Esa, como tú dices, es mi mejor amiga, y vale, reconozco que su comportamiento no ha sido el que yo esperaba, pero tienes que respetar que a mí me guste este sitio.

—Pues vas a tener que dejar de venir, mi futura esposa no se puede relacionar con gente de esta calaña. —Volvió a salir el modesto que había en él—. No te permito que vuelvas a aparecer por aquí —dijo levantando la voz un poco más de lo habitual.

—Perdona, pero tú a mí no me tienes que permitir nada. Soy bastante grandecita para

saber lo que puedo o no puedo hacer y ni tú ni nadie va a poner límites en mi vida.

—Vera, ¿estás bien? —Escuché por detrás.

No me había dado cuenta, estaba tan concentrada en mi discusión que no había visto llegar a Marcos. La cosa se iba a poner más fea aún.

—¿Tú quién eres? —le dijo Pedro a Marcos mientras le señalaba con el dedo.

—Es un amigo mío —intervine rápido, intentando evitar que se notara nerviosismo en mi voz—. Marcos, te presento a mi prometido, Pedro. Nos casamos en dos semanas.

No era como tenía previsto hacer la presentación, pero lo solté así, sin pensarlo. Marcos frunció el entrecejo, no entendía lo que le estaba diciendo. Estaba desconcertado.

Sin mirar ya a Pedro me dijo:

—En Roma me dijiste que tenías novio, no que te ibas a casar.

¡¡BOMBA VA!!! Iba a salir todo a la luz.

—¿Cuándo has estado tú en Roma con este tío? —El enfado de Pedro iba en aumento.

—A ver, todo tiene una explicación —dije levantando las manos, pidiendo tranquilidad a los dos—. Pedro, me encontré a Marcos en Roma mientras tú trabajabas, fue una coincidencia y como él conoce bien la zona hizo de guía turístico para mí esa tarde, y Marcos, no te había dicho nada porque...—dudé como seguir, fui sincera a medias—: no sé porque, lo siento.

—No sé qué cojones hacías zorreando en Roma con este impresentable —soltó Pedro de repente sin dejarme terminar de hablar

Sin pensárselo dos veces Marcos se lanzó a por Pedro y le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo hizo caer de espaldas.

—¿Te parece normal hablarle así? No te consiento que le faltes el respeto —amenazó Marcos.

Antes de que terminara su frase mi amigo aparecieron de la nada, en cuestión de un segundo, dos tipos con caras de pocos amigos y sin preguntar, uno cogió a Marcos de los brazos y el otro le dio un golpe fuerte en el estómago que lo hizo palidecer.

Sin ver el peligro real de la situación me interpose entre mi amigo y su agresor diciendo:

—Pero ¿qué hacéis? ¿Quién coño sois?

—Basta —dijo Pedro, y con esa sola palabra hizo que los dos matones se situaran detrás mientras él se sacudía su chaqueta del traje después de su caída.

Soledad que había escuchado el revuelo había salido de la cafetería y estaba ayudando a Marcos a incorporarse.

—¿Qué pasa, Pedro? ¿Quiénes son estos? —le pregunté bastante enfadada

—Trabajan para mí, son mis guardaespaldas.

—Secuaces criminales, diría yo —acusó Marcos.

Le hice un gesto a mis amigos con la mano pidiéndoles que me dejaran hablar.

—Pedro, me tienes que dar una explicación, ¿qué significa todo esto?

—No tengo nada que explicar. Me han atacado y me he defendido. Más bien eres tú la que tienes que explicar, así que vámonos que tenemos una conversación pendiente.

—Quédate a desayunar, Vera —me pidió Sole mostrando miedo en su mirada.

—Nos vamos, Vera —Impuso Pedro mostrando aún su enfado.

Me acerqué a Soledad y a Marcos y cogiéndole la mano a ella les dije:

—Quedaros tranquilos, voy a aclararlo todo. Mañana nos vemos para desayunar.

CAPÍTULO TRECE

Siempre había mantenido a mis dos mundos separados, creía que no encajaban el uno con el otro. Pero tras la pelea de aquella mañana me quedó muy claro que mis sospechas eran ciertas.

Me sentía muy mal, como si le hubiera fallado a Pedro. Le había ocultado que había pasado la tarde con Marcos en Roma, pero, pensándolo bien, no había hecho nada malo. Solo éramos amigos. No había nada de lo que pudiera arrepentirme.

Por otro lado me daba pena Marcos, había salido en mi defensa, me había demostrado ser buen amigo y a él también le había mentido. Pero a quien no me podía quitar de la cabeza era a Soledad y el pánico que vi reflejado en sus ojos cuando me fui con Pedro.

Para mi sorpresa, Pedro se montó en la parte trasera del vehículo y me pidió que lo hiciera yo también, y uno de sus guardaespaldas empezó a conducir.

Al otro lo perdí de vista, pero pronto me di cuenta de que nos seguía detrás en un coche idéntico al que iba yo montada.

Me senté lo más pegada a la ventanilla posible. Así iba también separada de Pedro. Crucé los brazos e hice todo el trayecto mirando por la ventanilla, no quería hablar con él, estaba enfadada y a nuestro acompañante no le interesaba nada de lo que teníamos que hablar. Nos fuimos directos a su casa, no me sorprendió nada ya que era lo que teníamos planeado. Con las prisas de la boda y los preparativos, yo había escogido mi vestido de novia por catálogo y esa mañana me lo iba a probar para que la modista pudiera hacer los arreglos oportunos.

Yo quería haber ido a la tienda y verme en esos grandes espejos que tienen, pero Pedro me dijo que no lo hiciera, que él era muy conocido y que lo último que quería eran mirones. En mi mini apartamento no íbamos a estar cómodos, así que todos los preparativos tenían que ser en su casa.

Él tenía un chalet gigante en la urbanización El Carmelo, en Ogijares, un pueblo muy cercano a Granada casi en la frontera con Armilla, otro pueblo. El lugar estaba cerrado y vigilado, solo podían acceder los residentes.

Su casa era la más ostentosa de todas, por dentro había mucho lujo y muchas puertas, más que una vivienda parecía un laberinto. Yo sólo conocía el camino del salón al baño. Había pasado allí ya varios fines de semana, pero tanta opulencia, siempre me impresionaba. Estaba situada en una esquina apartada en la última calle. La casa de Pedro era el doble o el triple más grande que cualquiera de las que había alrededor, tanto en terreno como en vivienda. Muros altos y grandes pinos impedían ver la casa y todos sus jardines desde fuera.

Desde el primer día que pisé esa casa las normas estaban claras y solo se ceñían a: «bajo ningún concepto bajas al sótano». Cuando le pregunté cuál era el motivo me dijo que era su lugar de trabajo y que debía concentrarse, por lo que no podía ser molestado. Pero cuando subía del sótano lo cerraba con llave. Fue algo que no me había extrañado ni dado

qué pensar ya que él siempre ha querido controlar todo lo que pasaba a su alrededor.

Aquel día, tras la pelea, nada más entrar a la casa me fui directa al salón. Como siempre, Pedro había tenido todo en cuenta. Había retirado los sofás, y situado tres espejos a modo de tríptico donde me podía ver de frente y los dos perfiles. También, situado justo delante había un puff rígido de piel en color blanco de unos treinta centímetros de altura.

Faltaba menos de diez minutos para que llegara la costurera y su ayudante para hacer las pruebas. Iba a ser una mañana larga ya que con el poco tiempo que faltaba para la boda el vestido tenía que quedar casi preparado.

Pedro entró al salón detrás de mí, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla, empezó a desabrocharse los botones de las mangas de su camisa y remangarlas.

—Te escucho —me dijo muy serio.

—¿Qué quieres que te diga? Te has pasado.

—Me debes una explicación. —Estaba bastante enfadado.

—Más bien me la debes tú a mí. Has golpeado a mi amigo, llevas unos matones contigo que no sabía...

—No hables de saber. —Se estaba alterando en exceso—. Yo no conocía la existencia de ese imbécil, al que por lo visto y por la manera de defenderte le gustas bastante.

—Marcos es un buen amigo. Te has pasado hablándome. ¿Qué querías? Él no sabía nada de ti, me ha visto discutiendo con un desconocido.

—¿Dónde follasteis en Roma, Vera? ¿En la habitación que yo te estaba pagando?

—Te estás equivocando, solo es un buen amigo. Nada más. —Me defendí.

—Un amigo con el que quedas cada mañana y yo desconocía. Eso es mentir, Vera, y si mientes algo ocultas.

—Tú no me has contado tampoco nada de esos dos tipos.

—Son cosas de mi trabajo.

—Son cosas de mi vida, Pedro —le dije muy enfadada—. Te estás comportando como un gilipollas al no confiar en mí.

—Y tú como una zorra —me amenazó señalándome con el dedo, estaba fuera de sus casillas. Nunca lo había visto así.

Sin esperármelo se acercó a mí y me dio una sonora bofetada en la cara que me hizo caer de lado y me di con la esquina de la mesa en la ceja. Aún desconcertada intenté incorporarme y sentí como algo líquido me caía por la cara. Estaba sangrando. En ese mismo momento tocaron a la puerta. Las modistas habían llegado.

—Ve al cuarto de baño y límpiate. Ponte brillo labial o algo. Estas pálida. No tardes voy a ir haciéndolas pasar. Arréglatelas como quieras. No me vayas a dejar en ridículo.

Sin llorar, sin sentir dolor, sin notar la herida, me puse a cumplir órdenes. Estaba sorprendida y desorientada, no estaba pensando por mí misma. Llegué al cuarto de baño casi sin darme cuenta, y no fui consciente de que había llegado allí hasta que me miré en el espejo.

Justo encima de mi ceja derecha había una herida que sangraba. Abrí el botiquín y me desinfecté. No sabía si me iban a hacer falta puntos, pero por si las moscas me puse unos de aproximación, de esos que parecen tiritas. Después me lavé la cara para quitar los restos de sangre. Tenía la sensación de que aquello no me había ocurrido a mí. Había sido un mal sueño. Mi amor, el hombre con quien iba a compartir mi vida, ¿me había

golpeado?, ¿me había humillado? No podía ser. Aún no me lo creía. Y es ese estado de shock me dirigí al salón.

Cuando llegué ya estaban allí las dos mujeres preparándolo todo. Una gran funda, donde debería estar el vestido, estaba tendida sobre el sofá y algunas cajas de costura descansaban sobre la mesa. En el suelo había unos paquetes envueltos.

—Ya está aquí la novia —dijo la mujer mayor cuando me escucharon llegar. Y al verme frenó un poco su alegría y su entusiasmo.

Pedro, al ver el cambio de actitud de la mujer, dijo alegre mientras se acercaba a mí.

—Hola, amor, no estés nerviosa. —Me dio un beso en la mejilla—. Perdonad chicas, está muy nerviosa. Supongo que es normal. Fijaros lo que se ha hecho en la cara —dijo divertido—. Va tan distraída que no mira por dónde anda, se ha tropezado y... —Soltó una carcajada—. Mira que llegas a ser torpe, canija.

Las dos costureras empezaron a reír, aunque se les notó que fue forzado.

—Bueno, el novio fuera —dijo una de ellas—. No perdamos más tiempo que vamos muy justos. Venga, que trae mala suerte.

—Vale, vale, chicas —contestó levantando las manos—. Además mi trabajo me llama.

De repente, aparecieron los dos matones que habían pegado a Marcos. Nadie los había llamado y allí entraron en el momento justo. Y Pedro, con sus dos perritos falderos, se fue al sótano.

Eso fue lo que me hizo reaccionar. Tenía que averiguar qué estaba pasando allí abajo, en qué trabajaba para necesitar siempre la compañía de esos tipos. Lo irónico era que yo nunca los había visto en estos meses y de repente se convierten en su sombra, siempre detrás de él.

—¿Te encuentras bien? —Una voz me sacó de mis pensamientos. Sin darme cuenta ya me habían colocado el vestido de novia. Afirmé con la cabeza.

—Cualquiera lo diría, parece que estés en la inopia. ¿No te hace ilusión verte así vestida? Te vas a casar. Alégrate mujer.

Volví a afirmar con la cabeza, mi mente solo estaba tratando de organizar mis pasos para ver cómo podía bajar al sótano sin ser descubierta.

Intenté estar un poco más pendiente a la conversación de aquellas dos mujeres: «Te aprieto el vestido de aquí, te pongo alfiler allí».

Cuando por fin terminaron eran más de mediodía. Se marcharon y me quedé sola en la parte alta de la casa. Me acerqué a la puerta del sótano, quizás si los escuchaba podría averiguar algo. Giré el pomo y estaba cerrada desde dentro. Agudicé el oído y escuché cómo se acercaban unos pasos. Así que corrí al sofá, encendí la tele y me tumbé como si llevase así mucho rato y estuviera a punto de quedarme dormida.

Sosegué mi respiración con inspiraciones profundas. Del sótano subieron Pedro, los dos tipos y Mateo, el que presentó el discurso de Pedro semanas atrás en el hotel Nazaríes. Pero lo que no entendí muy bien era cuándo había llegado él. ¿Estaría allí antes? ¿Habría otra puerta de entrada? Tenía que averiguar todas las puertas de la casa y a qué habitación pasaban.

Pedro despidió a sus acompañantes tras darles unas cajas que tenía en el armario de la entrada, que, por supuesto, estaba cerrado con llave.

En ese momento comenzó a sonar mi móvil. Lo había dejado en la mesa del salón junto con mi bolso. Pedro llegó antes que yo a él.

—Te está llamando tu amigo Marcos —dijo enfadado y contestó el teléfono—: ¿Qué

quieres? No, Vera no se puede poner, está enferma. No la molestes más. —Y colgó.

—No sé porque has hecho eso —le recriminé.

—Eres mía, no de él.

—Es sólo un amigo, no tienes ningún derecho a decidir por mí.

Al oír mis palabras, el gesto de su cara cambió por completo, lanzó mi móvil contra el suelo destrozándolo en varios pedazos. Después se dirigió a la mesa del salón y la volcó haciendo caer al suelo el jarrón de cristal con flores naturales y las bomboneras que había encima. Varios cuadros volaron por los aires. Estaba fuera de sí.

Corrí y me protegí detrás del sofá. Me temblaba todo el cuerpo. Nunca me había visto en esa situación. Tenía miedo, estaba a la defensiva. Con el golpe de antes ya había tenido suficiente. No podía permitir ninguno más.

De pronto Pedro se paró, miró a su alrededor y comenzó a llorar. Lloraba como un niño pequeño.

—Vera, yo te quiero. Perdóname. Este no soy yo. Me has vuelto loco por los celos. La culpa es tuya. No quiero a Marcos cerca de ti. Eres mía. —Me puse en pie, aún no me atrevía a acercarme a él—. Por favor, te lo suplico. Perdóname. Quiero dártelo todo. No quiero perderte. Te necesito. No sé lo que es tener amigos.

—¿Y quiénes son esos dos tipos?

—Trabajan para mí. No son mis amigos. Tuve una infancia muy mala. De pequeño pasé mucho miedo. Ellos me protegen.

—¿Qué te pasó? —El miedo se me iba quitando y mi corazón se fue ablandando.

—No estoy preparado para contártelo. Es feo, Vera, mi amor, muy feo. Yo solo era un niño. Perdóname por favor.

Se acercó a mí y me abrazó. Sentí que ese niño pequeño necesitaba consuelo.

—¿Volverá a ocurrir?

—No, mi amor. Te prometo que no. Solo han sido celos. Miedo a perderte.

Estábamos abrazados junto a la ventana y a través de ella vi como los dos tipos estaban sentados en el coche y no se marchaban. Fui una imbécil, sí, le perdoné, pero no descarté la idea de hacer mis averiguaciones.

CAPÍTULO CATORCE

Ya era casi una rutina para Marcos ir a visitar a la comisaría a su amigo Ricardo Guzmán. A pesar de la diferencia de edad entre ellos, se llevaban casi 10 años, habían sido muy buenos amigos desde pequeños. Cuando los padres de Marcos decidieron mudarse de barrio se fueron a vivir puerta con puerta con la familia de Ricardo.

Los dos amigos se hicieron inseparables una mañana en la puerta del colegio cuando Marcos casi era atacado por otros niños, pero Ricardo salió en su ayuda y al ser más mayor los otros críos salieron corriendo.

Y ahora era el pobre Guzmán el que lo estaba pasando mal. Su mujer, Noelia, había desaparecido y no sabía nada de ella desde hacía varias semanas.

Cuando Marcos llegó, aquella tarde a comisaría, vio demasiadas caras cansadas trabajando, el teléfono no paraba de sonar, había mucho revuelo. Estaban todos exhaustos.

Fue directo al despacho de su amigo y, prudente, dio unos golpecitos en la puerta antes de entrar.

—¿Se puede?

—Adelante —dijo Ricardo desde dentro—. ¡Hombre, Marcos! Hace días que no te he visto. Pasa y siéntate. Venga cuéntame ¿has localizado ya a tu amiga?

—Que va —dijo mientras se dejaba caer en una silla, soltando a su vez en el suelo una bolsa que llevaba en la mano—. El móvil siempre lo tiene apagado. Paso varias veces por su casa y por allí no hay nadie. Tiene cartas en el buzón desde hace varios días. Hasta he seguido al que va a ser su marido pero le pierdo la pista, esto de ser espía no es lo mío.

—Marcos, sabes que es ilegal perseguir a una persona, ¿verdad? —le regañó con cariño.

—¿Y qué quieres que haga?

—Déjalo estar, no hagas nada. Ya sé que me has contado que te has ilusionado con esa mujer, pero se va a casar con otro. ¿Cuándo se casaba?

—Mañana —respondió con tristeza

—¿Cómo se llamaba ese tipo?

—Pedro Montijano. El señor Pedro Montijano, presidente de la asociación *No todo se compra, no todo se vende* —respondió con retintín.

—Pues si no la localizas y se casa mañana, a lo mejor es que ella no quiere hablar contigo. ¿No os peleasteis la última vez que os visteis?

—No, nosotros no discutimos, más bien su novio y yo discutimos.

—Y ella se fue con él ¿Verdad?

—Sí. —La rabia al recordar lo ocurrido se apoderaba de Marcos.

—Pues entonces, amigo, no te hagas más daño. Ella ya ha escogido.

—Pero no se ha puesto en contacto tampoco con Soledad, nuestra amiga, y eso ya es más raro. Nos tiene muy preocupados.

—No le busques más patas al gato. Ella ha escogido y ese hombre no eres tú.

—Pues a mí me sigue resultando raro.

—Tú sí que eres raro —respondió Ricardo intentando ser divertido. Pero fue solo eso, un intento.

En esas semanas el rostro del comisario Guzmán había envejecido, las ojeras eran cada vez más oscuras y andaba con los hombros encorvados. Los dos hombres se miraron quedamente.

—Seguimos sin saber nada de Noelia. —Rompió el silencio Guzmán—. Todavía no ha aparecido en la fosa común que encontramos en la nave, pero quedan más habitaciones por investigar llenas de cuerpos.

—Te lo dije —contestó Marcos intentando darle ánimos—. Ella es tan buena que no se merece que su final sea ese. Verás como aparece. Dale tiempo al tiempo.

—Tú y tus refranes. —Sonrió—. Gracias por esos ánimos.

—Oye, hablando de nave, ¿y el niño que encontrasteis?

—Se recuperó sin problemas. No tenía heridas físicas. Ahora, al pobre, le falta recuperarse de todo lo emocional. Sin comérselo ni bebérselo se ha quedado sin padres y está con unos asistentes sociales. Al parecer tiene una abuela que se va a hacer cargo de él. Mi trabajo con él ya terminó. No me puedo volcar más emocionalmente. —Aunque sus palabras decían una cosa se notaba que estaba muy afectado.

—Por cierto, el otro día quedé a cenar con unos amigos y me encontré un *ipad*. Te lo he traído por si alguien pregunta por él.

—Siempre tan respetuoso. —Se burló Guzmán.

—¿Y si su dueño lo necesita?

—Nadie reclama ya estos aparatos. No vienen a denunciar un robo, pues mucho menos una pérdida. Normalmente el mercado negro se apropia de ellos. Y esta que me has traído terminará llena de telas de araña en alguna estantería de objetos perdidos. Pero aún así vamos a encenderlo a ver si averiguamos algo.

Tardó mucho en iluminarse las luces del aparato.

—Va un poco lento, ¿no?

—Será por el golpe —dijo Guzmán—. A ver, ya parece que funciona. Veamos, por lo pronto no hay que averiguar ninguna clave para entrar, lo que nos va a facilitar el trabajo.

—Esperó a que terminara de encender—. No tiene programas instalados salvo el navegador de Internet y una imagen capturada en una carpeta.

—¡Qué extraño!

—Sí, bastante —dijo el policía—. Vamos a abrir la imagen capturada a ver si nos aclara algo.

Cuando Ricardo abrió la imagen notó como la sangre se le paraba en el cuerpo, el corazón casi le dejó de funcionar y tuvo que recordar que necesitaba respirar para seguir viviendo.

—Me cago en su puta madre —gritó, mientras dio un fuerte golpe contra la mesa—. Dime exactamente dónde lo has encontrado.

—¿Qué pasa? —Marcos estaba sorprendido con la reacción de su amigo.

—Que la imagen es de una lista de órganos, ¿te parece poco?

—¿Cómo? ¿De órganos?

—Marcos estas cuajado tío, pone tres riñones, dos corazones... ¿quieres que siga o ya sabes por dónde voy?

—No me lo puedo creer, como te digo me lo encontré el viernes pasado, cuando iba a cenar al restaurante el Gondoliere. Estaba debajo de un coche que estaba aparcado al lado del paso de peatones más cercano que hay al local.

Como un loco Ricardo se levantó de su silla, abrió la puerta y dijo a voz en grito:

—Oídmelos todos. —La comisaría se paró por completo para recibir órdenes—. Quiero que

me localicéis a Rosales y a Jesús, el informático. Es urgente. En un cuarto de hora os quiero a todos en la sala de reuniones. Tenemos un posible avance en el caso de la nave. Al oírlo todos los policías presentes se pusieron en funcionamiento de nuevo. De repente el bullicio volvió, pero esta vez con más ahínco.

—Siento no haberlo traído antes —dijo Marcos arrepentido—. Lo he llevado en mi coche desde entonces, no sabía que podía ser tan importante.

—Ni hablar de arrepentimientos, qué ibas a saber tú.

La emoción ante la posibilidad de dar con nuevas pistas sobre el caso hacia mella en la actitud del policía. Se le podía percibir hasta un pequeño brillo en los ojos producto de una esperanza renovada. Estaba seguro que esa gente tenía a Noelia. Un pálpito le impedía pensar en lo contrario. Lo que iba descubriendo poco a poco del *modus operandi* de estos mal nacidos coincidía cada vez con la forma en la que habían secuestrado a su mujer.

—Marcos, el viernes pasado hubo un intento de secuestro a un matrimonio en esa zona. Por lo que tengo entendido en el mismo paso de peatones. En el forcejeo con el marido al raptor se le cayó un folio con una lista de órganos, algunos ya tachados con boli, y apostaría la cabeza y no la pierdo, a que es la misma lista que tenemos en el *ipad* que nos has traído. Si averiguamos a quien pertenece este dispositivo estaremos más cerca de ellos, y a lo mejor más cerca de Noelia.

Antes de que terminara de hablar entró sin llamar a la puerta Jesús, el informático que Ricardo había mandado llamar. Un chico grueso, de pelo castaño claro, ojos redondos escondidos detrás de unas gafas de montura de color negro y cristal cuadrado. A pesar de la tensión, andaba a su ritmo y sonriendo, como si viviera en su mundo particular y él fuese súper feliz.

—Gracias por la rapidez, Jesús —le dijo el comisario mientras le acercaba el aparato—. Destrípalo, quiero saber toda la información que contiene.

—Eso me llevara unos minutos —dijo sonriendo, le gustaba el reto que tenía en sus manos—. Por lo que puedo comprobar solo tiene un archivo de imagen y viendo lo que contiene, ya sé por qué me has llamado. Si entramos en el navegador —sus dedos iban rápidos y seguros sobre la pantalla táctil—, tiene instalado lo que sospechaba... aquí está, TOR.

—¿Qué es TOR? —Para Marcos era como si le estuvieran hablando en chino.

—Para que te hagas una idea —le comenzó a explicar Ricardo—, todo el mundo cree que en *Google* lo encuentra todo. Pero no es cierto, bueno es una verdad a medias. En realidad *Google* y la información a la que cualquier ciudadano de a pie accede supone un cuatro por ciento de la realidad. Digamos que el noventa y seis por ciento de Internet está en el lado oscuro, en la sombra. A esa parte la llamamos *Deepweb*.

A Marcos se le estaba quedando cara de idiota.

—En ese lado oscuro —prosiguió—, hay información de todo tipo; documentos secretos de la NASA, de la policía, pero sobre todo hay mucha corrupción, venta de armas, pornografía infantil, todo lo feo.

—¿Y si lo sabéis por qué no acabáis con todos? —preguntó un incrédulo Marcos.

—No es tan fácil. En realidad es muy complicado. Este programa TOR, fue construido por el laboratorio de investigación naval de los Estados Unidos como una forma de comunicarse en línea de una manera anónima. Y si lo haces bien, siempre te mantienes en el anonimato.

—¿Y cómo se utiliza? —insistió Marcos aún desconcertado.

—Es un foro, bueno, muy parecido a un foro. Solo que nadie conoce a nadie. Alguien

pone una petición de lo que necesita y deja un teléfono o un *email* de contacto, claro que ese teléfono está comprado o conseguido en el mercado negro y el correo electrónico será falso. Y lo normal es que su conexión a Internet sea en una Wi—Fi robada, de un ciber, o se conecte desde otro país. Hay distintos métodos, y eso nos hace imposible seguirle la pista.

—Madre mía. —Marcos dio un largo suspiro. Todavía le costaba trabajo asimilarlo.

—Aún nos queda una esperanza —sentenció Jesús—. A lo largo de mi carrera como informático he podido comprobar que en este tipo de casos la solución es más sencilla de lo que parece. Casi siempre está a simple vista. Me llevo el *ipad*, e intento darte respuesta antes de veinticuatro horas.

—De acuerdo, gracias Jesús, espero tus noticias. —Ricardo le estrechó la mano. Tenía mucha confianza en ese hombre.

Cuando el informático salió por la puerta, Marcos se puso en pie:

—Ricardo, yo también me marchó. Voy a hacer un último intento de localizar a Vera en su casa.

—¿Te gusta hacerte daño? Ve mañana a la iglesia y como amigo, acompáñala a su boda. Y déjala marchar.

—Qué remedio. —Se intentó convencer de que eso era lo que debía hacer, y cabizbajo salió de la comisaría.

CAPÍTULO QUINCE

Eran las siete de la tarde cuando llegué a mi piso. Al entrar cerré con rapidez y di un suspiro profundo. Como si estuviese viviendo un sueño, anduve de un lado para otro, observando mi hogar, respirando su aroma, cargándome de la tranquilidad que me producía estar allí.

Despacio pasé los dedos por la mesa del salón, por mi sofá... llegué a mi habitación y allí estaba mi cama, la que tanto había echado de menos. Una lágrima comenzó a recorrer mi mejilla.

Me dirigí al baño y llené la bañera con agua tibia, me serví una copa de whisky y con ella en la mano me metí en el agua, cerré los ojos y me puse a pensar en todo lo ocurrido.

Por fin estaba allí, en mi casa. Lo había deseado con todas mis fuerzas, pero Pedro me lo había impedido. No es que me tuviera secuestrada, tan solo que desde el dichoso día que él me golpeó, me había pedido que me quedara en su casa, que no me marchara. Se sentía muy culpable. Me mimó, me cuidó, y se disculpó regalándome flores y millones de besos. Y allí estaba yo, en estado de shock, dejándome querer pero sin dar cariño. Mi cuerpo estaba paralizado, bloqueado, sin dar señales de vida.

No he ido ni un solo día a la universidad, ni me he preocupado en conseguir apuntes. He permitido perder mi puesto de trabajo, ya que no he ido ni un solo día ni he llamado para dar señales de vida. Abelardo, mi jefe, supongo que habrá estado llamándome, pero no me he molestado ni en ver si mi móvil enciende después de que Pedro lo estampara contra el suelo. Lo monté y vi que con el impacto aparentemente solo tenía la pantalla rajada por el centro y varios golpes en la carcasa.

Antes de ayer, mi futuro esposo me dijo que no iba a necesitar trabajar, no iba a necesitar estudiar, y no iba a tener ninguna otra obligación que no fuese hacerle feliz. Y escuchar eso fue lo que me sacó de mi estado de letargo. No estaba dispuesta a eso, yo quería compartir mi vida con él, no someterme a sus decisiones. Tendría que hacérselo entender. Soy una mujer fuerte, decidida, segura de mí misma y a la que le gusta tomar sus propias decisiones.

Justo en el momento en el que fui a abrir la boca para protestar, vi claramente como Pedro abría el armario de la entrada donde estaban las cajas que les daba con frecuencia a los que él llama sus empleados. Y vi como devolvía la llave al interior del jarrón que había en una mesa justo al lado. Y recordé mi nota mental: averiguar a dónde dan todas las puertas cerradas de esta casa.

Podía empezar por abrir ese armario y saber qué contenían esas cajas. Solo que tenía que disimular, continuar para los ojos de Pedro en estado de shock, ya que eso lo estaba relajando frente a los límites que me había puesto en su casa.

Y eso hice, en cuanto salió a trabajar fui corriendo y abrí el armario. Mis ojos brillaban de felicidad a la vez que mis manos temblaban a causa de la emoción, en cuestión de segundos me sentía viva de nuevo. A pesar de la urgencia de no ser pillada, fui muy cuidadosa a la hora de abrir las cajas.

Me llevé una gran decepción, en todas y cada una de ellas había neveras. Sí, neveras. Todas iguales, todas de color azul, mismo tamaño, mismo sistema de cierre. Y lo que en un principio fue una decepción pronto se convirtió en una incógnita.

¿Para qué quería Pedro tantas neveras iguales? ¿Por qué eran tan importantes para él que necesitaba tenerlas bajo llave? ¿Qué utilidad le daban sus empleados?

Una vez puesto todo igual que estaba en el interior del armario y haber devuelto la llave a su sitio, intenté abrir la puerta que bajaba al sótano, seguía cerrada. Decidí salir al jardín y darle un par de vueltas en la cabeza al tema mientras tomaba un poco el aire.

Una vez más, en los maravillosos sofás del jardín, recostada en sus cómodos cojines de plumas, contemplé la grandiosidad de la fachada del chalet.

En un acto inconsciente empecé a contar ventanas mentalmente, y de repente, vi algo que me extrañó. La parte izquierda de la casa era la que estaba cerrada con llave, pero la parte derecha la conocía bien. Estaba la habitación de Pedro con sus dos grandes ventanales, y en un lado estaba el baño y su ventana y al otro el vestidor con sus dos ventanas.

Entonces, ¿por qué en la zona del vestidor había tres cristales? Yo sólo había visto dos. Algo no cuadraba. ¿Cómo no me había fijado antes?

Sin vacilar me dirigí al interior de la casa, intenté imaginar cómo se podía llegar allí, pero no había más puertas en el pasillo, y no veía más ventanas de las que ya conocía. Cuanto más me movía por las habitaciones más segura estaba que solo se podía acceder allí desde el vestidor.

Busqué todos los posibles accesos y tardé más de dos horas en encontrar la respuesta y fue de pura casualidad.

El vestidor estaba completamente cubierto por muebles modulares en madera de nogal, y sin puertas. Todo estaba visible. Con un orden y una limpieza para mi gusto extremo, las camisas alineadas a la perfección y ordenadas por colores. Todos los pantalones juntos, zapatos, cinturones y complementos en el lado opuesto.

Desesperada me tumbé en la cómoda moqueta de color beige que cubría el suelo. ¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si estaba buscando algo que solo estaba en mi imaginación?

Giré la cabeza y entonces lo vi. Ahí estaba. Entre el mueble de las camisas y el de los pantalones había un rayo de luz. Donde no debería de haber nada, tan solo pared, había un destello de luz natural.

El corazón empezó a palpitarme a mil por hora. Quizás no estaba tan equivocada. Empecé a seguir la luz con los ojos y con los dedos. No había nada. Ningún tirador, ningún muelle, ninguna bisagra. Todo sería de lo más normal si no hubiese luz donde tenía que haber oscuridad.

Me puse de puntillas para ver si a la altura del altillo continuaba la luz, pero perdí el equilibrio. Y ahí llegó mi golpe de suerte. Para no caerme de espaldas me agarré al estante que había debajo de las camisas. Sonó un gran crujido. Al principio creí que había roto el mueble, pero no, solo lo había girado. Ese modulo de madera giraba sobre sí mismo noventa grados y dejaba vía libre a la habitación que tanto estaba buscando. Lo empujé con todas mis fuerzas y unos crujidos enormes salieron del mecanismo como si llevaran muchos años sin funcionar.

Casi me puse a dar saltos de alegría, lo había conseguido. Mi cabezonería había logrado

cumplir su objetivo.

Al asomarme al interior se me heló la sangre, y me puse en alerta. La habitación era muy luminosa, la ventana tenía un cristal translucido, por el que pasaba mucha luz pero no dejaba ver nada, ni al interior ni al exterior.

Lo contemplé todo con detalle, en el centro había una mesa de operaciones con un colchón negro, justo al lado se veía una mesa con instrumentos médicos, había un mostrador con cubetas, botes de suero vacíos tirados por el suelo, y mucha maquinaria que se me antojaba que era médica aunque no sabría decirlo con exactitud.

Al final de la habitación había unos cubos, que no sabía que podían tener, y que no averigüé ya que no me atreví a entrar, me quedé justo en la frontera con mis pies aún en el vestidor. Tenía miedo a dejar huellas que me delataran ya que el suelo tenía muchas capas de suciedad, sin contar varias telas de araña que había colgando.

Y allí estaba yo, en el umbral, observando sin querer perder ningún detalle y con un pánico atroz recorriéndome todo el cuerpo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué estaba tan oculto? No es lógico tener un quirófano en casa. Aquellos descubrimientos me estaban sacando de juego.

De repente el timbre de la puerta sonó sacándome de mis recuerdos. Era extraño, nadie salvo Pedro, al que tuve que convencer diciendo que iba a recoger unas cosas y a despedirme de mi piso para comenzar mi nueva vida, sabía que iba a dormir allí esa noche.

—¡Vera! ¿Estás ahí? —gritó Marcos, como un loco—. He visto la luz encendida desde la calle. Ábreme.

Seguía golpeando la puerta y tocando al timbre. Rápidamente salí de la ducha y me puse un albornoz y me dirigí a abrirle. Me encontré a un Marcos preocupado, nervioso y un poco despeinado.

—¿Dónde cojones te has metido? —dijo nada más verme—. Me da igual si está aquí el imbécil de tu novio con sus dos matones, necesitaba saber que estás bien.

Las palabras salían atropelladas de su boca. Le di un abrazo que los dos necesitábamos.

—Tranquilo, estoy sola. Anda, pasa —le respondí.

Apareció mi amigo Marcos, no el loco que había en la puerta. Su mirada me transmitió el alivio que sentía al tenerme frente a él.

—¿Qué te ha pasado? —Vio la herida casi curada de mi ceja.

—Me resbalé en la ducha —contesté sin pensar.

—Te llamé al móvil y me contestó él. Me dijo que estabas enferma. Desde entonces te he intentado localizar infinidad de veces y me ha sido imposible. Vera, ¿ha sido él?

—No, solo fue un accidente. —Empecé a mentir, pero solo a medias—. Marcos, ya sabes cómo es, le gusta aparentar y no quiso reconocer que había sido torpe. —Me senté en el sofá para que no notara el temblor de mis piernas.

—¿Se avergüenza? No te das cuenta de que no es lo mejor para ti. —Se sentó junto a mí y me agarró las manos

—Marcos, de verdad, no te preocupes. Estoy bien. Sé que no te cae bien, pero no es malo.

—Yo misma me quería convencer de eso, pero ya no sabía qué pensar.

—Sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿verdad? —Dio un largo suspiro—. Llevo sin poder dormir desde que dejaste de dar señales de vida. Tengo un nudo en el estómago que me dice que se nos viene algo encima. Vera, él es un líder, siempre va rodeado de gente dispuesta a hacer lo que quiere.

Me crucé de piernas nerviosa. Me miró a los ojos, buscaba respuestas a sus preguntas, pero sabía que no se las iba a dar.

—No te cases —me suplicó—. Él no te conviene.

—Qué sabrás tú lo que a mí me conviene. —No quise ser brusca, pero lo fui.

—Tienes gente cerca que te quiere de verdad, piénsalo. Aún estás a tiempo.

Pero no lo pensé. Las ideas que pasaban por mi cabeza eran de todo menos coherentes y me dejé llevar por el calor que recorría mi cuerpo. Lo besé. Pero no un beso de mojigata, no. Un beso con pasión. Al principio él se quedó desconcertado pero no tardó en responderme. Su lengua jugaba con la mía. Mi cuerpo me pedía más.

Vi su erección apretada en su pantalón vaquero. Así que ni corta ni perezosa y sin ningún pudor me desabroché el albornoz y con elegancia lo dejé caer al suelo. Me senté a horcajadas sobre él. Marcos estaba perplejo, puso los ojos como platos, pero me respondió bajándose el vaquero y desabrochándose la camisa, sus dedos me acariciaban dándome descargas de placer allí por donde pasaban.

Sin parar de besarme me penetró con urgencia. Mi humedad le facilitó la entrada y con embestidas profundas me hizo enloquecer. Lo busqué con mis movimientos de pelvis hasta que el orgasmo recorrió mi cuerpo. Segundos después él eyaculó dentro de mí. Marcos me tenía abrazada y noté como inspiraba mi aroma. Le daba miedo soltarme, como si fuese a desaparecer o a desintegrarme si lo hacía. Lo miré a los ojos, suspiré.

—WOW —le dije.

—¿Qué ha pasado?

Solté una carcajada, me bajé de su regazo y me puse de nuevo el albornoz.

—Pues si te lo tengo que explicar a estas alturas —dije a modo de broma para quitarle hierro al asunto.

—Sé qué ha pasado, Vera. Y me ha encantado. Quiero que seas mía cada día. —Con su mirada intensa y profunda me hizo sentir mariposas en el estómago—. Creo que me estoy enamorando de ti.

En ese momento toda la sangre que circulaba por mi cuerpo se quedó petrificada. Allí desnudo, sentado en mi sofá, el hombre al que yo consideraba mi amigo, me estaba abriendo el corazón. Es cierto que no tenía mis sentimientos muy claros hacia él, y desde Roma a mí Marcos no me gustaba, me encantaba. Incluso había fantaseado con él más de una vez. Pero ahora me daba cuenta que haberme acostado con él había sido el mayor error que podía haber cometido ese día. Con mi actitud egoísta le iba a hacer daño a alguien que se había portado bien conmigo. Solo se me ocurrió contestar:

—Marcos, me caso mañana.

La decepción invadió su rostro y comenzó a vestirse.

—Entonces, no sé para qué me has buscado —me recriminó sin mirarme.

—Digamos que ha sido la locura de mi despedida de soltera.

—Voy a hacer como que no te he escuchado —dijo con enfado mientras se ataba sus zapatos—. Es un error tu boda. Y aunque no lo veas ahora mismo en el fondo lo sabes, y te darás cuenta. Y puede que ya sea tarde.

—Marcos, por favor —supliqué. No quería que se enfadara.

—No te preocupes por mí, Vera. ¿Sabes una cosa?, mañana me verás entre tus invitados cuando vayas de camino al altar. Aquí no ha pasado nada. Como dicen en mi tierra, borrón y cuenta nueva. Pero te estás equivocando. Y soy tan gilipollas que estaré esperando a que te des cuenta.

Y sin darme pie a responderle salió de mi casa dando un portazo. Y allí me quedé, fría como el hielo, y casi sin respirar. Ahora sí que la había liado bien gorda. Volví a servirme una copa de whisky. Esa noche iba a necesitar una gran dosis de alcohol para poder dormir. No estaba segura de nada, y la boda era al día siguiente. Me terminé la copa mientras recorría con la mirada mi salón. Aún tenía el sabor de Marcos en mis labios. Mi vida iba a cambiar y no me gustaba mucho la idea. Me fui a la cama.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Acaba de hacerse de noche cuando Marcos salió del portal de Vera. Las luces de las farolas lo acompañaban, a pesar de no ser muy tarde casi no había gente en la calle.

Intentaba ser sincero con él mismo después de su encuentro con ella, y para ello necesitaba definir cómo se sentía. ¿Dolido? ¿Decepcionado? No tenía nada claro. Había soñado infinidad de veces en poseerla como lo había hecho esa noche. Mientras lo estaban haciendo se había hecho él mismo la falsa ilusión de que Vera estaba abriendo los ojos y no se casaría.

Iba tan absorto en sus pensamientos que cuando Marcos se dio cuenta de que le estaba siguiendo de cerca un coche de color negro ya era demasiado tarde.

—Buenas noches, amiguito —dijo una voz con sorna desde el interior oscuro del coche. Al girarse vio que eran los dos matones de Pedro.

—Mi jefe quiere tener unas palabritas contigo —dijo uno de ellos con ironía.

—Dejadme en paz —respondió Marcos, continuando su camino y dándoles la espalda. Escuchó como una de las puertas del coche se abría y al girarse vio que el copiloto se había bajado y le apuntaba con una pistola.

—Si no quieres por las buenas, será por las malas. —Sonrió malicioso mientras abría la puerta trasera y con la cabeza le indicaba que entrara.

Cuando Marcos se agachó y se introdujo en el asiento, antes de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, unas manos le cubrieron con una capucha que olía a lana. Comenzó a sudar y a picarle la piel. A la misma vez notó que le ataban las manos con una cuerda que le estaba arañando. El coche era incómodo. Por el ruido del motor supo que era un *Mercedes*. No sabía con exactitud cuántas personas ocupaban el vehículo, pudo ver a dos, pero tenía la intuición de que había alguien más. Abrieron el cristal de la ventanilla para dejar salir el humo del tabaco.

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locos? —Comenzó a resistirse y a intentar soltarse. Un fuerte golpe en la cabeza le hizo perder el conocimiento.

Cuando Marcos recuperó la consciencia vio que estaba atado de pies y manos y sentado sobre una silla en el centro de una habitación vacía. Lo último que recordaba era lo agobiado que se había sentido con la capucha y ahora tenía un tremendo dolor de cabeza que antes no estaba. No sabía dónde se encontraba, miró alrededor de él, solo veía paredes de madera. Si no fuese por el miedo que empezó a sentir, se hubiera reído diciendo que se había despertado en la cabaña de madera del abuelo de Heidi. La habitación era pequeña, no había ventanas. Tan sólo una puerta justo delante de él, y manchas rojizas en el suelo. Intentó deshacerse de las cuerdas de sus manos. La presión que sentía sobre ellas aflojó, pero no lo suficiente. Logró soltarlas un poco, pero no desatarlas por completo, y empezó a notar cómo en el conato por liberarse se había hecho grandes arañazos que le escocían en las muñecas. La puerta se abrió con violencia y sin que lo esperara aparecieron las dos sombras malvadas de Pedro sonriendo con malicia. Marcos comenzó a sentir en sus sienes los latidos del corazón agitados.

—Pero si se ha despertado la bella durmiente —dijo uno de ellos mientras se sacaba un

palillo de los dientes de la boca—. Esperamos no haberle molestado mucho, su majestad. —Ya veo que estáis acostumbrados a tratar con la realeza. Está bien que seáis conscientes de que tan solo sois unos perritos falderos que cumplen órdenes —contestó Marcos en un alarde de valentía.

Se volvieron locos frente a aquella acusación. Y sin mediar palabra comenzaron a golpearle. Recibía patadas y puñetazos sin control. Aquellos dos tipos de gran magnitud se ensañaron con un Marcos atado de pies y de manos que no podía defenderse. No quedó ni un milímetro de piel en todo su cuerpo que no le doliera o no tuviera un moratón.

Cuando lo vieron destrozado y casi sin poder respirar decidieron darle tregua, aunque si hubiese sido por ellos lo hubieran matado a golpes en ese mismo instante. Disfrutaban golpeando, les subía la adrenalina y les divertía hasta límites insospechables. Para ellos torturar a alguien era un juego que podían alargar todo lo que quisiesen. Por eso lo preferían antes que disparar. A pesar de haber empuñado una pistola muchísimas veces, les resultaba soso, ya que su mayor satisfacción en la vida era ver como sufría su retenido.

—Así aprenderás a cerrar la boca, hijo de puta —dijo uno de ellos mientras le escupía en la cara—. No sabes dónde te has metido. Pedro nunca deja que nadie se le escape y menos tú, que el otro día lo ridiculizaste en público golpeándolo. Lástima que tengas que esperar a recibir tu merecido. Mañana se casa con tu amor y está ultimando detalles. Qué injusta es la vida ¿verdad? Tú aquí destrozado a golpes por defender a un amor que se va a casar con alguien que no la quiere. —Grandes carcajadas salieron por la boca de aquellas dos sombras trajeadas. Al salir cerraron la puerta con llave. Marcos se quedó solo, encerrado y bajo la tenue luz de una bombilla.

El recordatorio de la boda de Vera fue el peor golpe que le pudieron dar aquella noche. Prefería tener todo su cuerpo magullado antes de que ella se casara. No soportaba la idea. Después de lo ocurrido esa noche estaba convencido de que aquella historia no iba a quedar allí. Estaban en verdadero peligro. Ya sí que tenía la certeza de que el hombre al que Vera optó por seguir y compartir su vida porque parecía lleno de amor infinito resultaba ser muy distinto. En realidad se había convertido en un demonio egocéntrico. Tenía que parar ese enlace. No podía permitir que Vera se casara con alguien a quien ella no conocía y encima no la quería. Forcejeó la cuerda y consiguió soltarse las manos y después se desabrochó los pies.

Empezó a palparse el cuerpo para detectar hasta qué punto estaba herido, ya que le dolía hasta donde menos lo sospechaba.

Intentó abrir la puerta pero era imposible. No había ventanas, no sabía dónde estaba, se sentía cansado y débil. Desesperado se sentó en el suelo ¿Qué otra cosa podía hacer? Un pitido salió de su bolsillo. Su móvil se estaba quedando sin batería. No se lo podía creer, un rayo de ilusión vino a su cara. Pensaba que lo primero que le quitaban a un retenido eran todas sus pertenencias. Sobre todo su móvil. Una vez más la inteligencia de sus captores brillaba por su ausencia.

Alucinado, vio que tenía un poco de cobertura 3G. Pensó rápido y le mando un mensaje a Soledad con su ubicación, indicándole dónde se encontraba. Cuando estaba tecleando la palabra AYUDA, el móvil volvió a pitar y se apagó. De la rabia que le entró, lanzó el móvil contra la pared de enfrente. La pantalla se deshizo en varios trozos, y las carcavas salieron disparadas. Maldijo para sí mismo. No sabía que podía hacer para salir de allí. Su única esperanza era que Sole recibiera el mensaje y que siendo tan intuitiva como era, lo descifrara y viera como podía ayudarlo.

Ahora ya sólo lo quedaba esperar nuevos acontecimientos.

CAPÍTULO DIECISIETE

Eran las cinco de la mañana cuando Rosales vio entrar por la puerta a su comisario. Se le veía agotado, sus jornadas en la oficina eran demasiado largas. Había días que no iba ni a su casa a dormir. La ausencia de su mujer entre sus sábanas hacía que le fuese imposible conciliar el sueño. Aún así él le decía que se marchara a casa, que se diera una ducha de agua caliente, se cambiara de ropa e intentara descansar un poco. Por ese mismo motivo no quiso molestarle el día anterior.

A los pocos minutos de que Guzmán se marchara entró Jesús en la comisaría buscándolo. Al parecer le había pedido que le dijera quien era el propietario de una *tablet* y el informático volvía con el trabajo ya hecho. Rosales le pidió que lo anotara en un *post-it*, lo guardo en su cajón y se comprometió en que cuando Ricardo volviera él mismo se lo daría.

Y eso era lo que pensaba hacer cuando al abrir el cajón vio la servilleta que conservaba dentro de una bolsa transparente desde hacía tantos años.

Nunca conseguiría borrarlo de su cabeza. Era muy joven cuando Rosales conoció a aquella muchacha, cada mañana iba él a la misma pastelería y se compraba una delicia para desayunar. Unos días un pastel, otros una pasta, y siempre le decía que se lo sirviera en una servilleta ya que él se lo comería nada más salir a la calle. Ese comentario hacía sonreír a Noelia cada mañana, pero la verdad era que en la servilleta se quedaba mejor impregnado el olor de su colonia que en una bolsita de plástico. En los minutos mientras ella le preparaba su pedido hablaban del tiempo, de lo que habían cenado la noche anterior o de lo que pensaban hacer a lo largo del día. Él siempre fantaseaba con la posibilidad de invitarla a comer o a tomar un café, ya que se sentía muy atraído por ella, pero nunca encontraba el momento oportuno para dar el paso. La vergüenza o la presencia de más clientes en el local hicieron que nunca Noelia supiera de sus sentimientos hacia ella.

Un día, estando de vigilancia junto con el que era su compañero en ese momento, Ricardo Guzmán le pidió que pararan en la pastelería, con la excusa de que nunca había probado nada tan delicioso como los dulces que allí se vendían. Y ese fue su error.

Cuando los dos hombres entraron y Noelia posó sus ojos sobre Ricardo todo cambió. Pablo no había creído en los flechazos hasta que lo vio con sus propios ojos. Ella estaba radiante, muy sonriente y tan simpática como siempre. Rosales le pidió una palmera cubierta de chocolate y Guzmán una bandeja de pastas. Al sacar éste último su cartera para pagar, ella le dijo que lo invitaba con la condición de que esas pastas se las comieran con un café, y él aceptó. Nadie en su sano juicio habría rechazado la oferta.

Un jarro de agua fría cayó sobre Pablo, pero no mostró sus sentimientos, siguió como si nada. No podía enfadarse con su amigo, ya que él no había hecho nada, ella había escogido y lo respetaría. En ese momento pensó que solo era un café, no una boda, la vida aún podría dar muchas vueltas y él estaría atento por si tenía su oportunidad. Pero pasó el tiempo y después de un café vino otro y después otro, luego una comida, una cena. La celebración del ascenso a Guzmán como comisario en la que Rosales vio como ella lo

felicitaba y le decía lo orgullosa que estaba de él, y a la semana un anillo de compromiso brillaba sobre el dedo de Noelia. Cada paso que daban hacia delante en su relación se convertía en un paso hacia atrás que daban las esperanzas de Rosales a que el futuro cambiara.

Aun así, se sentía feliz por ellos. Solo le interesaba la felicidad de Noelia, y su amigo lo estaba consiguiendo. No tenía nada que reprocharle, al contrario. Pero lo que ninguno de los dos podía era quitarle su secreto, algo que nunca sabrían y era que Rosales guardaba la última servilleta del último día que estuvo comprando allí y fue testigo del flechazo entre ambos.

Y por eso él entendía perfectamente cómo se sentía su comisario tras la desaparición de su esposa. El sentimiento por la desaparición les llegaba a ambos al fondo de su corazón y lucharían hasta dar con ella. Lo único que esperaba era que la encontraran viva y volver a ver su sonrisa.

En ese momento, entró una mujer en la comisaría que le hizo salir de su memoria. Con un gesto de la cara le habló, se la veía nerviosa, angustiada y muy perdida. Sus recuerdos volvían a estar encerrados en el cajón.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Soledad se levantó como cada mañana a las seis de la mañana. Se vistió y salió de casa rumbo al trabajo. Cada día sin fallo cuando aún era de noche, ella estaba abriendo las puertas de su local. Despertaba a todo el barrio con olor a café y tostadas recién hechas. Pero aquel sábado iba a ser diferente.

La cafetería sólo abriría por la mañana, por la tarde asistiría a la boda de Vera y de Pedro, solo iría a la ceremonia, por el convite no aparecería. Ella no tenía nada que festejar. No iba a celebrar como Vera se ataba a un hombre que no le iba a traer nada bueno. No es que Soledad fuese adivina, ni médium, no leía las cartas, ni creía en videntes, solo que ella tenía una percepción extrasensorial de su entorno. No tenía visiones, pero veía y escuchaba las señales que les llegaban desde su cerebro y no de sus ojos o de sus oídos. Ella era capaz de sentir una percepción más allá de los sentimientos comunes. Mucha gente le llama a eso sexto sentido.

Y aquel día su sexto sentido estaba en alerta, lo que a Soledad le provocaba un nudo en el estómago. Nunca le había gustado Pedro, se lo había advertido a Vera, la niña de sus ojos, pero el día que lo conoció lo confirmó. La conciencia de ese hombre no estaba tranquila. No era buena persona, y Vera, cabezona como ella sola, estaba empeñada en seguir con él. Sole había intentado abrirle los ojos y acercarla a Marcos para que se diera cuenta de que él sí que era un buen partido. Pero no había conseguido nada más que no fuera una bonita y sana amistad. Aunque Vera se casara, ella seguiría insistiendo. Nunca sería tarde para que recapacitara y cogiera las riendas de su vida pero esta vez en el camino correcto.

Soledad, siendo fiel a su costumbre, encendió el móvil a mitad del trayecto de su casa a la cafetería. Iba absorta en sus pensamientos cuando escuchó la llegada de un mensaje. Marcos le había enviado algo.

Al abrirlo vio un mapa, pero estaba sin completar. Ponía error en coordenadas. La tecnología no era lo suyo, pero supo en ese momento que ese mensaje llevaba un aviso oculto. ¿Qué quería decirle Marcos? ¿Y si estaba en apuros? Un escalofrío le recorrió la espalda. Marcos necesitaba ayuda. Seguro. Pero ¿qué podría hacer ella? No entendía nada de tecnología. Ella solo sabía llamar por teléfono y punto. Marcos era quien le había instalado el *Whatsapp* diciendo que era necesario, que así ella se podría comunicar con él y con Vera más rápido. Pero Soledad no terminaba de entender cómo se usaba.

No podía perder tiempo. ¿Y si Marcos realmente necesitaba ayuda? ¿A quién podría acudir? Movida por una repentina inspiración recordó que Marcos le había hablado varias veces de que tenía un amigo policía que lo estaba pasando muy mal por la desaparición de su mujer, y lo normal era que si estuviese en apuros se hubiese puesto en contacto con la policía y más siendo su amigo. Así que cambió su rumbo, esta vez en dirección a la comisaría.

Cuando llegó se encontró un poco perdida, no sabía cómo se llamaba o cuáles eran los rasgos físicos de la persona con la que ella quería hablar. Pensó con detenimiento qué era lo que debía decir para localizar a la persona que la podría sacar de su incertidumbre.

Había un hombre sentado en una mesa cercana a la puerta por donde había entrado que le hizo un gesto con la cara como pidiéndole que se acercara a él. Tenía la camisa remangada y los botones del cuello desabrochados. Se le veía un poco despeinado y con los ojos enrojecidos a causa del cansancio acumulado. El hombre bostezó, y lo hizo con tanta fuerza que se produjo un tirón muscular en el mentón. Sole se sentó en la silla que había delante de él. Le hizo una mueca pidiéndole disculpas.

—Me llamo Soledad y necesito ayuda. —Soltó sin pensar.

—Soy Pablo Rosales y ha venido al sitio correcto. Dígame qué necesita —contestó mientras se rascaba un ojo.

—Encantada, Pablo. —Él asintió con la cabeza—. Verá no sé cómo empezar. Vengo buscando a un hombre que no sé cómo se llama, pero su amigo es posible que esté en peligro.

—Señora, no me haga perder el tiempo, por favor. —La cortó con arrogancia mientras se levantaba.

—Quiero hablar con el policía al que le han secuestrado a su mujer —dijo mirándolo a los ojos seriamente. El hombre volvió a tomar asiento, estaba desconcertado.

—¿Cómo sabe eso? ¿Qué datos conoce?

—No conozco nada del caso, pero ese hombre tiene un amigo que se llama Marcos y creo que está en peligro. Por eso necesito hablar con él.

Sin mediar más palabras el hombre levantó el auricular del teléfono con la mano izquierda mientras que marcaba unos números con la derecha.

—Guzmán, soy Rosales. Aquí hay una señora que quiere hablar contigo, dice que un tal Marcos puede estar en peligro. —Escuchó lo que le decía—. Ahora mismo vamos. —Colgó el teléfono y miró a Sole—. Acompáñame a su despacho.

Cruzaron la comisaría por un pasillo central. A pesar de estar todo el mundo muy ajetreado Soledad veía como levantaban la cabeza de sus papeles para ver quién era la mujer que entraba en el despacho del jefe. Pablo Rosales abrió la puerta sin llamar y le dijo:

—Adelante, la está esperado. Les dejaré solos. —Y sonrió.

Cuando Soledad entró al despacho de Ricardo Guzmán se encontró con un hombre demacrado. Se le veía aseado y recién afeitado pero por la postura de sus hombros se le veía derrotado y sus ojos reflejaban tristeza.

—Adelante, siéntese —dijo amable, señalándole la silla que había delante de él—. Soy Ricardo Guzmán, me han dicho que me trae información de mi amigo Marcos.

—Sí, disculpe mi interrupción —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo y tomaba asiento—. Marcos me mandó anoche un mensaje y creo que necesita ayuda. Pero no sé descifrarlo.

—Déjeme verlo —contestó el policía preocupado—. Este niño me va a traer quebraderos de cabeza y todo por no hacer caso. Hoy se casaba... ¿cómo se llamaba? —se preguntó a sí mismo.

—Vera —apuntó Soledad.

—Sí, eso, Vera, y no lo lleva nada bien.

—Como es lógico —apostilló Sole mientras le pasaba el móvil con el mensaje abierto.

—Te ha mandado un mapa, una ubicación, pero da error al cargar. Espere —levantó su teléfono y marcó—. Localízame a Jesús, el informático, lo quiero en mi despacho ya, hay

una aplicación que no puedo abrir. —Y colgó.

Mientras hablaba ella se fijó en una fotografía que estaba en un marco de madera en la mesa del policía. En ella había una mujer muy guapa, con ojos pequeños de color negro, de piel clara y mejillas sonrosadas, pelo liso oscuro y flequillo corto sobre las cejas. Su mirada transmitía felicidad. Debería de ser la mujer desaparecida. Ricardo se dio cuenta que estaba mirando la foto y la giró un poco con disimulo.

—Soledad me dijo, ¿verdad? —Ella asintió—. Pues eso, Soledad se me acumulan los problemas, así que esperemos que Marcos esté bien. Jesús, el hombre a quien he llamado, es de mi total confianza, es informático y él es el que hace que aquí todo funcione. No hay ningún aparato electrónico que se le resista. Vamos a no preocuparnos hasta que él nos lo diga. —Su cara reflejó una sonrisa falsa, estaba intentando tranquilizarla, pero él no lo estaba.

Abrieron la puerta de un portazo, asustando a ambos, era Pablo Rosales, estaba nervioso y con los ojos húmedos.

—Ricardo, yo me quedo con ella esperando a Jesús.

Guzmán se quedó desconcertado no entendía nada. Rosales se acercó a su amigo y lo agarró del hombro, prosiguió con voz temblorosa.

—Debes ir a la nave ahora mismo. —Tomo aire profundamente—. Noelia.

Y Pablo Rosales soltó un quejido y comenzó a llorar como si fuese un niño pequeño. Ricardo saltó de la silla y salió corriendo sin mirar atrás y sin hacer más preguntas. Salió de la comisaría como alma que lleva el diablo. Noelia. Solo pensaba en ella. Sus nervios por salir a buscarla impidieron preguntarle a su amigo cómo la habían encontrado: viva o muerta.

No, ella no podía haber muerto. No lo merecía, y menos allí, en la maldita nave del horror. Así la habían bautizado los agentes que estaban allí trabajando tras su descubrimiento.

Pero, y si estuviese muerta ¿qué iba a hacer ahora él sin ella? Solo estaba sobreviviendo a la desaparición gracias a su necesidad de encontrarla. Si en realidad se hubiese marchado... no. Era un buen policía y en la academia le enseñaron que un profesional no imagina, comprueba y descubre. Así que no iba a adelantar acontecimientos.

Se montó tembloroso en el coche patrulla. Cogió la autovía A-44 en la rotonda de Arabial con dirección a Dilar. Había tráfico así que decidió encender las luces y las sirenas para abrirse paso. No podía entretenerse.

Trascurrieron dieciocho largos minutos hasta que llegó al pueblo. Se adentró en el camino de tierra cercano al río Dilar que le llevaba hasta el lugar donde Guzmán temía encontrarse con su amada esposa. Tardó cinco minutos más serpenteando aquellos caminos hasta que llegó al cordón policial que delimitaba el recinto.

Varios de sus compañeros estaban sacando por la puerta principal camillas con cadáveres tapados y subiéndolos a una furgoneta para llevarlos al depósito.

Tuvo la sensación de que estaba entrando en un laberinto del que no sabría salir nunca por su propio pie. Había intentado prepararse para el momento en que encontrara a Noelia, pero la situación lo superaba. Se ahogaba. Por más que intentaba acelerar el paso, más lejos veía el momento de llegar. Respiraba entrecortado. Ya no andaba, corría. Su cuerpo se contradecía, su mente quería llegar y acabar con todo de una vez, tener solución a sus preguntas. Pero su corazón sentía pánico a enfrentarse con la realidad.

Llegó sudando a la fosa común cuando lo vieron aparecer sus compañeros.

—Jefe, tranquilo. Aquí no está. Está en otra habitación.

—¿Dónde está? —gritó desesperado, estaba muy alterado. Todos se volvieron al escucharlo—. ¿He dicho que dónde cojones está?

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Toda la desesperación y la angustia que llevaba guardada comenzaron a aflorar. Nadie de los presentes se atrevía a moverse. Cayó al suelo de rodillas y sollozó y lloró hasta que su cuerpo no pudo más. Los policías se habían quedado conmocionados al ver a su jefe sufrir de esa manera. Cuando por fin se tranquilizó un poco, uno de los hombres se acercó y le ayudó a incorporarse. Lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—Ella no está en esta fosa común, aquí hay cadáveres con más de dos años. Hay otra habitación con cuerpos más recientes. —El hombre dudaba, no sabía cómo seguir.

—¿Está...? —Ricardo titubeó, no era capaz de formular la pregunta completa.

—Sí, está muerta y no deberías verla.

Guzmán sintió que se moría en ese momento, se le nubló la vista y sentía palpar su corazón a mil por hora. No conseguía respirar con normalidad. Tuvo que agarrarse a su acompañante para no caerse.

—Necesito verla, llévame hasta ella —consiguió decir en un susurro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Los dos hombres abrazados cruzaron la nave hasta la zona opuesta. Al final de un pasillo había una puerta metálica de color gris a medio abrir.

La habitación estaba a media luz. Habían colocado grandes focos para facilitar el trabajo de recogida de muestras con detalle y fotografías al muchacho que había agachado sobre los cuerpos con guantes quirúrgicos y mascarilla. Cuando entraron éste se puso en pie y por orden del acompañante de Ricardo salió de la habitación.

Al ver Guzmán a Noelia chilló. Un grito ensordecedor de dolor hacía eco sobre la nave. A los policías que había allí trabajando se les erizó el vello. Todos sabían de dónde procedía.

—Entiendo tu dolor pero no debes tocar nada. Tenemos que atrapar a esos cabrones —le dijo a Guzmán mientras le pasaba una mascarilla para soportar aquél olor tan desagradable.

Ricardo asintió, estaba viéndola y aún no lo creía. Noelia estaba tumbada sobre otros cadáveres. A pesar de su avanzado estado de descomposición pudo reconocer que era ella. Estaba desnuda con marcas en la piel de las muñecas y de los tobillos, como si hubiese estado atada. Una herida mal cerrada y que casi no había cicatrizado la atravesaba desde el cuello hasta la zona inferior del vientre. Tenía los huecos de los ojos ensangrentados, pero no había ojos. Su piel que siempre había sido rosada, estaba ahora hinchada y azulada. Su precioso cabello liso de color negro, estaba alborotado tapando parte de su cara.

—¿Cómo han podido hacerte esto? —preguntó Ricardo en voz alta—. Por favor, dejadme a solas con ella.

—Está bien, jefe. Pero recuerda, no toques nada.

Ricardo asintió y se sentó en el suelo junto a lo que quedaba de su esposa pero sin tocarla. No paraba de llorar y de decirle cuanto la quería. Recordó en voz alta algunos de los momentos que pasaron juntos. Transcurrieron muchas horas hasta que Guzmán reaccionó.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Y el gran día llegó.

Al igual que cualquier niña, mi sueño siempre había sido casarme, un vestido blanco, con una cola enorme, grandes tacones, joyas, un gran velo... Me imaginaba agarrada del brazo de mi padre entrando a la iglesia, mi madre llorando a lágrima viva delante de mí. Mis amigas y hermanas con un vestido muy cursi ejerciendo de damas de honor, trescientos invitados cuchicheando cuando cruzas por el pasillo de la iglesia, música de fondo, y mi príncipe azul esperando vestido con su traje negro, nervioso, pero a la vez sonriente, con una mirada sincera de *ya no te vas a separar nunca de mí porque te voy a hacer la mujer más feliz del mundo*, y tan emocionada que cuando caminas ves borroso porque tienes un par de lagrimas que quieren salir ... Es un sueño muy común.

Pero el día de mi boda, no se parecía nada con lo que yo llevaba imaginando tanto tiempo. Primera incoherencia del día: no conseguí dormir pensando en todo lo que había pasado con Marcos la noche anterior. Aún sentía sus besos, sus caricias. Anhelaba sentirme de nuevo entre sus brazos. Sabía que era una locura, así que se lo achaqué a los miedos normales y habituales en esos casos. Mi vida iba a cambiar y tenía que empezar a asimilarlo.

Pronto pude apartar esos sentimientos de mi cabeza, aunque no los olvidé. A mi diminuta casa llegó un montón de gente. Mis amigas, mis hermanas, mi madre, mi abuela, la maquilladora y la peluquera. En menos de cinco minutos tenía a todas locas y nerviosas a punto de explotar en mi salón, desordenándome todo.

Segunda incoherencia: no era una novia guapa. Cuando me vestí de blanco y me miré al espejo, no me veía. Una maraña de encaje y tul me cubría todo el cuerpo, y mi cabeza asomaba por encima como por equivocación. El vestido tenía una cola tan larga que cuando me giré rompí un espejo. Pronto comenzaron a decir todos los que estaban allí: «vamos chica, no te agobies, no vas a tener mala suerte, no seas supersticiosa, pero por favor, cuando salgas no te cruces con un gato negro...» vamos, el mejor apoyo moral que podía tener en ese momento.

Terminé de arreglarme sin mirarme en ningún espejo. Como se dice: ojos que no ven, corazón que no siente. Salí a la calle intentando llevar la cabeza bien alta a pesar de sentirme ridícula. Me esperaban mi padre y el marido de mi hermana, con un coche decorado con rosas negras para llevarme a la iglesia. Mi único capricho fue que todas las flores que decoraran mi boda, incluyendo mi ramo, fuesen rosas de color negro.

Tercera incoherencia del día y que normalmente no pasa en ninguna boda: me monté en el coche, y como llegábamos tarde, mi cuñado cerró la puerta antes de tiempo pillándome el velo, ¿consecuencia? adiós al moño.... Y menudo dolor de cabeza. Menos mal que estaba la peluquera todavía en casa.

Cuarta incoherencia del día: tras despeinarme de esa manera tan brutal, mi padre cogió su coche e iba detrás de nosotros, en su lugar iba la peluquera a mi lado para intentar arreglar lo imposible a fuerza de laca y horquillas. Quería que la tierra me tragara, el trayecto hasta la iglesia que tan solo estaba a dos calles más abajo se me hizo eterno y me sentía ahogada, estaba al borde de un ataque de ansiedad. Lejos de ser una novia feliz, iba aguantando el llanto para que por lo menos mi maquillaje llegara impoluto. Pero por

supuesto ya nada iba a salir bien esa tarde de sábado, cuatro de agosto. Aparte de estar mosqueada y más que nerviosa, tenía tanto calor que maldije el día en que Pedro decidió casarse a las cinco y media de la tarde.

Quinta y última incoherencia del día, y que nunca ha pasado: Con el estrés por todos los acontecimientos ocurridos, me bajé del coche con las prisas y metí el pie en un agujero que había en la acera y me partí un tacón. Eso sí, después de tanto infortunio, di las gracias infinitamente a que mi futuro marido hubiese decidido esperarme en el altar en lugar de abrirme la puerta, y que todo el mundo estuviese dentro de la iglesia esperando.

Así que como llevaba unos taconazos de infarto, en lugar de entrar descalza, me puse con un pie de puntillas y el otro con mi precioso tacón de Pura López. Lo único que pensaba era en entrar a la iglesia de una vez por todas, casarme y poder irme de luna de miel. París, la ciudad del amor nos esperaba, allí se me acabaría toda esa racha de mala suerte y podría olvidar mi historia con Marcos.

Sonó la marcha nupcial, entré cogida del brazo de mi padre en quien me apoyaba en exceso para que no se notara mi cojera por la ausencia de calzado. Comencé a ver a todos los asistentes que me miraban sonrientes mientras las mujeres agitaban con fuerza sus abanicos. Ojeé a ver si estaba Marcos, pero no lo vi, quizás lo ocurrido me había hecho perderlo como amigo. Busqué a Sole, y no estaba. Eso ya sí que era raro. Había un montón de caras desconocidas para mí. En un rinconcito estaban mi familia y conocidos y el resto no sabía quién era. Por último, me quedé mirando al novio, que me contemplaba atento. En su rostro observé que estaba lleno de sí mismo. No le vi ilusión por nosotros, solo me demostraba que se había salido con la suya. Realmente no sé cómo me llegaron esos sentimientos. Pero en ese momento, mirando a Pedro, no vi amor.

Y como dicen en mi tierra, vi los toros desde la barrera. ¿Qué estaba haciendo? No lo quería, me gustaba sí, pero no lo amaba como para pasar el resto de mi vida atado a él. «Venga ya... se lista, se valiente,... si anoche lo pasaste genial, y no era con él», me animaba a mí misma para hacer algo coherente en todo el día.

La música de fondo seguía sonando y noté como mi padre iba avanzando y tirando de mi brazo para que caminara junto a él. Yo cada vez estaba más retrasada pensando en que me estaba equivocando. Mi padre casi me llevaba a rastras al altar. En ese mismo instante miré a Pedro y vi que se había dado cuenta de mis dudas. Comenzó a ponérsele la cara roja del enfado, y con su expresión de ««vamos avanza, nos están mirando, no nos dejes en ridículo». Ya no se veían sus dos colores de ojos alternándose. Solo mostraba exigencia con su mirada.

Así que tome la decisión, no sé si la más acertada, pero sí la que he tomado con más seguridad en toda mi vida. Como cenicienta en el cuento, me di la vuelta, salí a correr y dejé mi Pura López atrás, ya que correr a la pata coja no era práctico.

Nunca he sido más feliz que corriendo en el sentido contrario a lo que todo el mundo me decía. Bueno todo el mundo no, mi destino me estaba avisando que no debía casarme, o si no de qué iba a tener tanta mala suerte con todo.

Ya me sentaría a hablar con Pedro. Le debía una explicación. Pero primero me tenía que sentar a hablar conmigo misma. A aclarar mis ideas.

Iba descalza y vestida de novia, andando por Granada. Por donde pasaba, iba llamando la atención, todos se que me quedaban mirado. Mi situación no era lógica. Nada había sido sensato ese día. Ya no me importaba sentirme ridícula. No llevaba un rumbo fijo, sólo andaba mientras recapacitaba. Había hecho bien en no casarme. Pero esto no se quedaba

aquí. En algún momento tendría que dar la cara.

Mi subconsciente guio mis pasos hasta la cafetería de Soledad. En ese momento era el mejor sitio donde podía tranquilizarme. Pero al llegar la encontré cerrada. Era rarísimo. No la había visto entre los invitados. Había mucha gente, sí. Se me podía a ver pasado. Pero conozco a mi amiga, y si hubiese estado allí, al salir yo corriendo, ella habría salido detrás de mí.

Con una presión en el pecho exagerada, deshice mis pasos hasta mi piso. Mi móvil estaba allí. No lo había encendido desde que Pedro lo lanzó por los aires, pero a lo mejor funcionaba todavía. De pronto caí en que no llevaba las llaves de mi casa, una novia, nunca lleva las llaves de su casa. Qué iba hacer. Notaba como me faltaba el aire, el corazón me latía a mil por hora. Me senté llorando en mi rellano. Estaba perdida. No sabía qué hacer.

Apareció Remedios, una mujer mayor, de pelo canoso y siempre peinado de peluquería, vestida con su habitual luto. Era la vecina más cascarrabias que había en todo el edificio. Solo hablaba para protestar. Podría terminar peor el día.

—Pero, niña, tu no deberías estar aquí —me regañó.

—Pues sí, mire usted por dónde, pero ¿sabe una cosa?, no me he casado, he salido corriendo y he dejado a todos tirados. Porque ¿sabe usted una cosa? —empecé a gritarle a la pobre mujer—. Hoy me he dado cuenta de que no estoy lo suficientemente enamorada del que iba a ser mi marido y llevó un rato descalza, tengo los pies comidos de mierda con unas ampollas en las plantas que me están matando y para colmo estoy aquí sin poder entrar en mi casa porque no tengo llaves.

Me desahogué chillándole a la anciana que siempre me daba golpes en la pared para que bajara la voz de la televisión día sí y día también. Prácticamente compartíamos todas las paredes. Pero me sentí culpable, no dejaba de ser una persona mayor. Seguí sentada en el suelo mientras ella abría su puerta.

—Niñata maleducada, tira para dentro —me dijo.

Me quedé un poco desconcertada, a su modo, estaba siendo amable.

—No quiero molestar.

—Y no vas a molestar. Vas a saltar por mi terraza hasta la tuya, porque como eres medio tonta, con las prisas te has dejado antes la ventana abierta. Lo he visto hace un rato cuando he salido a comprar. Lástima que no estemos en invierno, hubiera deseado que lloviera y se te llenara toda la casa de agua, pero no he tenido suerte. Así que venga, deja de hacerme perder el tiempo y quítate del rellano que con ese vestido tan feo que llevas no dejas pasar a nadie por aquí. Has acabado con la industria del tul, vaya cosa fea. —Y comenzó a entrar para su casa dejando la puerta abierta esperando a que la siguiera—. No vayas a tirar nada. Cualquiera cosa que rompas me la pagarás.

Entré con mucho cuidado a su casa. Lo último que quería era deudas en jarrones de miles de años de antigüedad. Salió de su dormitorio con una bata de flores en la mano.

—Quítate el vestido y ponte esto.

Me quedé mirándola fijamente. No sabía que quería decirme.

—Sabía que eras medio tonta, no me demuestres que eres tonta del todo. ¿Pretendes saltar vestida de novia y matarte? No me caes bien, pero tampoco es necesario que te mates.

Reacciona niña que va a empezar mi programa.

—De acuerdo, voy. Gracias.

Desabroché la cremallera lateral y dejé caer mi vestido. Mis hombros lo agradecieron, no

era consciente de lo que pesaba. Y allí estaba yo, con un conjunto súper sexi en color blanco con medias y liguero incluidos y con la bata de flores.

Salimos al balcón arrastrando el vestido. Le di un abrazo a Remedios. Borde era como ella sola, pero me estaba ayudando en el peor momento de mi vida. La mujer me sonrió por primera vez. Puede que no fuese la bruja que demostraba, a lo mejor solo necesitaba un poco de cariño.

Cuando salté, comprobé que estaba la persiana y el cristal abierto. Por fin algo de suerte. Mi vecina me pasó el vestido diciéndome que no le dejara allí ese trasto y me pidió que le devolviera la bata. Cuando lo hice, me dijo:

—No vayas a hacer mucho ruido, que hoy estoy algo cansada para darte golpes en la pared.

Le miré y me dedicó una fugaz sonrisa, como si estuviera firmando una tregua entre nosotras.

CAPÍTULO VEINTE

Era la primera vez y, esperaba que fuese la última, que entraba a mi casa por la terraza, arrastrando mi vestido de novia y ataviada con lencería fina de color blanco con ligero de encajes incluidos.

Tenía una sensación rara e inexplicable en el cuerpo que no sabría explicar. Se lo achaqué a estar viviendo un día raro. Demasiados altibajos emocionales en solo dos días afectan hasta al más fuerte.

Me puse mi ropa interior confortable pero a la vez coqueta, *leggings*, camiseta de manga corta deportiva y mis zapatillas converse. Adiós moño y maquillaje. Hola coleta y cara limpia. Necesitaba encontrarme cómoda, ser yo misma y dejar a un lado la pantomima de tul blanco en la que me había convertido hacía unas horas

Una vez vestida me puse a buscar mi móvil. No iba a ser tarea fácil. Mi casa estaba hecha una autentica leonera. Había ropa tirada por todos sitios. La funda del vestido de novia encima de la cama, la caja de los zapatos en mitad del comedor, los cojines de los sofás en el suelo, la mesa llena de plásticos que no sabía de que eran y botes de laca y restos de pintura.

Tardé más de un cuarto de hora en encontrar mi móvil. No sabía dónde estaba. Por fin di con él, estaba debajo de mi cama. Cómo había llegado allí era una autentica incógnita. La última vez que lo había visto venía con mis cosas en la pequeña maleta que traje de la casa de Pedro.

Sentada en el suelo lo encendí. Marqué mi número pin y comencé a recibir mensajes. Tenía diecisiete llamadas perdidas de Marcos y seis de Soledad. Todas antes de la boda. Los pobres me habían intentado localizar mientras yo estaba en estado de shock y jugando a los investigadores por mi cuenta. Marcos seguro que seguía enfadado y por eso no había ido aquella tarde a la ceremonia. Pero que Sole no hubiese aparecido, eso ya era una señal más que preocupante.

Tenía una llamada perdida de Pedro de hacía tan solo cinco minutos. En cierto modo, era de esperar. Lo había dejado plantado en el altar delante de todos sus invitados hacía tan solo unas horas. Con lo orgulloso que era, ahora estaría muy preocupado por el qué dirían todos sus conocidos que habían presenciado mi huida. Y no solo eso, estaría indignado por haberlo dejado en ridículo en público. Pero seguro que en ningún momento se iba a parar a pensar porqué yo había tomado esa decisión, cuáles eran mis miedos, o cual era el motivo real por el que no había querido casarme. Conociéndolo como lo conocía, ahora Pedro tenía su orgullo herido y no había más que le importara.

En todo este tiempo solo había visto una vez a Pedro enfadado, y yo terminé con una herida en mi ceja, casi dos semanas en estado de shock, un armario lleno de neveras, un quirófano oculto en un vestidor y acostándome con mi mejor amigo. Si eso no era para salir corriendo que bajara Dios y lo viera. Y como medida de seguridad, protección moral y física me mantendría alejada de él un par de semanas hasta que la situación se enfriara. Retrasaría lo máximo posible la conversación que inevitablemente teníamos pendiente.

Mandé un mensaje rápido al grupo de *Whatsapp* de la familia.

«No os preocupéis que estoy bien. Solo necesito tiempo para pensar. Cuando esté preparada os contestaré a todas vuestras preguntas. Besos a todos».

Siempre he odiado ese tipo de grupos. Demasiada gente hablando y el móvil todo el día sonando. Pero en este caso me venía bien. En menos de un minuto todos informados, padres, hermanas, tíos, primos. Necesitaba tranquilidad. Necesitaba a Soledad, mi amiga. Tenía que hablar con ella. La llamé al móvil. Tras seis timbres sin contestar me saltó el buzón de voz. Tras el pitido dije: *«hola Sole, necesito hablar contigo. No me he casado. Me he arrepentido en el último momento. Llámame. Besos».*

Un mensaje corto y directo, ahora solo quedaba esperar a que me llamara y ya le daría más detalles.

Comencé a frotarme las manos nerviosa. ¿Por qué Soledad no había abierto aquella tarde la cafetería? Normalmente los sábados es cuando más gente hay. No era racional. Intenté tranquilizarme pensando en que quizás había tenido que salir a comprar algo de última hora y no es que hubiese cerrado, sino que abriría un poco más tarde. En ese caso, tendría que haber puesto algún cartel en el cristal del ventanal como solía hacer siempre, pero antes, cuando estuve allí aún vestida de blanco, no estaba. ¿O quizás no lo había visto con los nervios del momento? Solo había una forma de salir de dudas. Volver al local y comprobarlo por mí misma. Salí a la calle con paso decidido. Varios vecinos que me habían visto salir de casa hacía unas horas con mi traje de novia se me quedaron mirando con descaro al verme ahora vestida de sport. Les devolví la mirada pétrea. No me arrepentía de mi decisión, aunque por otro lado, podía llegar a entender su asombro. Sin dudar, comencé mi camino hacia la cafetería, quería salir de dudas urgentemente. Al volver la esquina de mi calle me encontré el coche de Pedro aparcado. Al verme, los dos secuaces del que iba a ser mi marido se bajaron con rapidez. Me di la vuelta para caminar en sentido contrario al lugar donde estaban y empecé a aligerar el paso, pero no sirvió de nada, llegaron hasta mí y me agarraron por los brazos. Intenté chillar y soltarme, pero era imposible. Los dos tipos eran muy fuertes y bastante más altos que yo. Sin dudar, eran las dos personas más amenazadoras que había conocido hasta ahora. Con el nerviosismo del momento casi me olvidé de respirar.

Todo fue rápido, sin darme cuenta ya estaba dentro del coche con uno de ellos detrás y el otro conduciendo a algún lugar que desconocía. No me dio tiempo ni a formar un espectáculo para que alguien que estuviese andando por la calle se diera cuenta de que me estaban llevando en contra de mi voluntad.

Intenté abrir la puerta, me tirarían del coche en marcha si fuese necesario, pero resultó imposible, estaban bloqueadas. Grité, y pataleé, pero no me sirvió de nada. El corazón comenzó a latirme con tantas fuerzas que parecía que iba a atravesarme las costillas. En un acto reflejo le di un puñetazo en la cara intentando evitar que me atara las manos, lo único que conseguí fue un dolor tremendo en mi mano derecha y sacar de sus casillas a mi acompañante.

—Serás hija de puta —dijo mientras me devolvió el golpe haciéndome caer contra la puerta—. Todo podría ser mucho más fácil, pero como no quieres, la ketamina me va a ayudar.

Sacó de su bolsillo una jeringuilla con un líquido incoloro. Me resistí de nuevo dándole patadas aprovechando que tenía la espalda apoyada en la puerta del coche. Un nuevo

golpe en la cabeza me hizo marearme y detener mi defensa. Y comenzó a atarme las manos. Justo en ese momento comencé a sentir miedo. Ahora sí que tenía que darle la razón a Soledad. No sabía dónde me estaba metiendo, y mi cabezonería no me dejó desconfiar. Cuando tomo una decisión no hay vuelta atrás y no escucho a nadie. Pero esta vez mi error me podía costar caro. Y no es que hubiera dañado el orgullo de Pedro, si no que sus secuaces me estaban secuestrando.

Noté como mi acompañante se echaba encima de mí. Era muy pesado y ya si estaba totalmente inmovilizada. Maniatada y con su robusto cuerpo aplastándome me hizo sentir pequeña e indefensa. Con una habilidad pasmosa me inyectó el líquido en el cuello. A los pocos segundos comencé a sentirme muy cansada, intentaba moverme y mi cuerpo no respondía. No podía ni controlar mi parpadeo. Sentía que me faltaba al aire, me costaba respirar. Vi como se retiraba mi agresor de encima de mí y digo vi porque era lo único que hacía, no sentía nada. No notaba la presión de su cuerpo contra el mío desde segundos antes de que se quitara.

Lo último que recuerdo es que observé cómo se encendía un cigarrillo y el olor a humo.

—Ya está haciendo efecto. Menos mal, vaya hueso más duro de roer. ¡Y Pedro la tenía por tonta!

Comenzaron a reírse y mis ojos a nublarse. Ya no podía ni ver ni oír. Estaba sometida a un profundo sueño.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Eran las seis y media de la tarde de aquel sábado cuando Pablo Rosales llegó con Soledad a la nave del horror. Estaba nervioso, llevaba sin saber nada de su amigo Ricardo Guzmán desde primera hora de la mañana. Durante el día, Rosales había averiguado datos importantes y tenía la esperanza de dar un gran avance al caso. Ya conocía la identidad de la mitad de las personas que hasta ahora habían encontrado allí.

Había llamado muchas veces a Ricardo al teléfono para contárselo pero no había podido contactar con él, fue entonces cuando preguntó en comisaría si alguien sabía dónde estaba y unos compañeros de comisaría le informaron de que Guzmán llevaba todo el día sentado junto al cadáver de su mujer. Rosales maldijo y preguntó por qué no se le había informado antes y obtuvo un absoluto silencio por respuesta.

Cuando llegaron, Pablo le pidió a Soledad que esperara en el coche y él entró a ayudar a su amigo. Pasó el cordón policial, entró en la nave y preguntó dónde estaba. Se le encogió el corazón cuando lo encontró. Vio a su amigo tranquilo, pero su rostro había envejecido por lo menos quince años en el transcurso de un día.

—¿Has visto lo que le han hecho? —dijo Guzmán a Rosales al verlo entrar.

Se le veía desconcertado. Conociéndolo como lo conocía Rosales, estaba convencido de que no era consciente de llevar allí todo un día.

—Sí, y vamos a atraparlos. —Se acercó, le abrazó y comenzó a levantarlo sin mirar a Noelia, no quería que el último recuerdo que tuviese de ella fuese en aquel estado.

—No me quiero ir, voy a morir con ella.

—No, vamos a ir a matarlos. No los vamos a dejar salirse con la suya, y yo te voy a ayudar. —Le hablaba mientras lo sacaba poco a poco de la habitación, entre los dos la vengarían. A Ricardo le costaba trabajo moverse después de haber pasado tantas horas en la misma postura—. Estamos más cerca de lo que ellos esperan. De esta no se libran. La venganza es un plato que se sirve frío. Vamos a ir al coche a que te despejes, te necesito fresco.

Rosales sabía que darle a su amigo una nueva meta lo sacaría de su conmoción. La sed de venganza le ayudaría a levantar cabeza. Estaba seguro.

Paso a paso llegaron hasta el coche. Cuando se aproximaron, Soledad salió a recibirlos, al verla Guzmán explotó:

—¿Cómo se te ha ocurrido traerla aquí? ¿Estás loco o qué? Todo lo que ha ocurrido ahí dentro es información confidencial.

—Ricardo, escucha. —Le tranquilizó Rosales—. Ella no es lo importante ahora. Sé que no debería estar aquí pero se ha encabezonado en buscar a Marcos.

—¡Ostia, Marcos! —recordó.

A Soledad comenzó a sonarle el teléfono móvil, se lo había dejado dentro del coche.

Decidió no contestar, ahora se tenía que centrar en Marcos. Le ofreció la botella de agua que llevaba en la mano a Ricardo mientras le decía:

—Como le comenté esta mañana, Marcos me envió un mensaje. Lo último que supe de él era que ayer al mediodía iba a ir a verle, después pasaría por la casa de Vera. A última hora

me mandó otro mensaje y ya no sé nada más de él.

—A lo largo del día he averiguado muchas cosas —cortó Rosales a Soledad—. Llamaste a Jesús para ver por qué no se podía abrir ese mensaje y en cuanto llegó se puso manos a la obra en el despacho, allí sentado con nosotros. No podíamos abrirlo porque ella no tenía instalado el navegador adecuado. Así que Jesús tuvo que hacer un montón de instalaciones hasta que dio con el adecuado para poder descargar la información. Fue un auténtico trabajo de chinos. A eso del mediodía vino la fiscal y me comentó que habían averiguado a nombre de quién está esta nave. —A Ricardo Guzmán comenzaron a brillarle los ojos. —¿No crees que estás dando demasiada información delante de una civil? —dijo Ricardo. —Soy una verdadera tumba. Ahora sólo me importa que mi muchacho este bien. —Se defendió Soledad.

—Venga, vamos —interrumpió Rosales—. Déjala, que es de fiar. Además es muy cabezona, no ha querido separarse de mí, es como mi sombra —bromeó.

—Y lo seré hasta que Marcos aparezca —sentenció ella.

—¿Lo ves?, pero déjame seguir. Ricardo, escucha, ya tenemos el nombre de a quién pertenece este sitio. Es un avance importante. En comisaría siguen buscando más datos, he dado orden de que me avisen urgentemente si averiguan algo más.

Guzmán asintió aprobando la forma de proceder de Rosales.

—Ahora tenemos que centrarnos en Marcos.

—Ya era hora —apostilló Soledad.

Rosales le sonrió entendiendo su urgencia y continuó hablando con Guzmán.

—Según la información que me ha dado Jesús, estamos muy cerca del lugar desde donde Marcos le mandó el mensaje a ella. He pedido refuerzos y vienen de camino, ya tienen clara la localización exacta, así que sólo nos queda esperar a que lleguen.

—Odio esperar —refunfuñó Ricardo.

Los tres se quedaron mirando al suelo en silencio. Se podía cortar la tensión en el ambiente. Guzmán suspiro, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a dar golpes repetitivos con la suela de su zapato contra el suelo. Soledad miraba con atención a Pablo Rosales cuando este comenzó a silbar. Ricardo no soportaba aquel chiflido, necesitaba que los minutos pasaran ya y llegaran los refuerzos para ir en busca de su amiga y comprobar de una vez por todas si realmente necesitaba ayuda.

—Por cierto, Pablo —rompió el silencio Guzmán para ver si dejaba de hacer aquel ruido que le resultaba tan molesto—. Me has comentado que sabes a quien pertenece esa nave ¿no?

—Hombre, si a veces me escucharas —intentó bromear—. Según me han comentado esta nave está a nombre de Mateo López, y en este momento están intentando averiguar algo más de esa identidad, si tiene más propiedades, cuentas bancarias, o cualquier dato que nos pueda indicar quién es, cómo podemos localizarlo y si tiene algo que ver con todo lo que aquí ha ocurrido. Este no va a ser un caso de esos que se archiva por falta de pruebas. La mirada de los dos amigos se posó en la del otro. El dolor seguía presente en los ojos de Ricardo.

—Hablando de casos sin resolver —interrumpió Soledad intentando cambiar de tema ya que a aquellos dos hombres se les veía verdaderamente afectados—. Marcos me comentó un día que os había llevado una tabla que se había encontrado ¿Sabéis de quién es ya? Su dueño la estará buscando.

Los dos hombres comenzaron a reír con amargo nerviosismo ante el asombro de Soledad,

quien los miraba primero a uno y después al otro. No entendía el motivo de esa reacción. —De verdad que eres buena gente —dijo Ricardo mientras se acercaba a ella y le cogió un hombro. La tristeza de su mirada tardaría en desaparecer. Solo la sed de venganza lo tenía ahora en pie—. Se llama *tablet* no tabla, y eso es lo que nos ha hecho tanta gracia. Y ya que me demuestras que eres tan buena gente, voy a confiarte un secreto. Esa *tablet* nunca volverá a caer en manos de su propietario ya que creo que es el máximo responsable de todo lo que ha ocurrido aquí. —Su mirada se ensombreció—. Y como esté en lo cierto y tenga algo que ver con la muerte de mi mujer lo mataré con mis propias manos. Soledad se movió nerviosa. Unas sirenas se escucharon llegar a lo lejos, los refuerzos se aproximaban. Marcos estaría pronto a salvo, esperaba llegar a tiempo.

—Lo siento, amigo —dijo sin venir a cuento Pablo, y se tapó la cara con las manos. Soledad y Ricardo se miraron interrogándose sin palabras mutuamente. Ninguno de los dos entendía esa reacción. Pablo se dejó caer al suelo, le temblaban tanto el cuerpo que sus piernas no le permitían mantenerse en pie. Ricardo se arrodilló ante él. Pablo lo miró a los ojos.

—Lo siento —repitió y bajó la mirada. Parecía avergonzado.

—¿Qué sientes?

—No lo sabía, de verdad.

—¿El que no sabías?

—Te lo habría dicho antes.

—Tío, me estas empezando a mosquear ¿quieres hablar de una puta vez? —De un saltó se puso de pie y le dio una patada al suelo, los cambios de humor en él estaban siendo cada vez más frecuentes.

Rosales se incorporó, se puso delante de su amigo y mirando a Soledad cogió aire.

—El otro día pasó Jesús por comisaría, vino buscándote, pero como te acababas de marchar a casa después de estar toda la noche de guardia preferí no molestarte. Me devolvió la *tablet* que le habías dado, y pego un *post-it* con el nombre del propietario. Pensé que era un simple caso de objetos perdidos que terminaría cubierto de polvo en cualquier rincón. No sabía que era tan importante.

—Rosales, estamos cerca —dijo Guzmán con un repentino cambio de humor dándole unos golpecitos en la espalda a su amigo—. ¿Cómo se llamaba el mal nacido?

—Pablo Montero —dudó—. No, no, ese no era. —Los coches de los refuerzos aparcaron junto a ellos, coches normales sin serigrafías, pero con sirenas portátiles—. Pedro Montero, no tampoco. —Se frotó las sienes—. Pedro Monte, Monti,... ¡Joder!

—¿Pedro Montijano? —dijo Soledad casi sin voz en el cuerpo.

—Sí, eso. Pedro Montijano ¿Cómo lo sabes?

—No lo sabía, pero Pedro Montijano es quien se ha casado hace un rato con Vera.

—¿Vera, la chica de Marcos? —preguntó Guzmán y Soledad asintió mientras iba para el coche a coger su móvil—. El mundo es un pañuelo.

El responsable de la brigada de rescate se acercó a ellos.

—Estamos listos. Traigo las coordenadas hacia donde nos tenemos que dirigir. Esperamos órdenes.

Guzmán y Rosales asintieron mientras vieron a Soledad muy angustiada intentando llamar por teléfono. Ella se acercó a los dos policías, estaba muy nerviosa, las manos le temblaban, en otras circunstancias el tic que le había empezado a la mujer en el ojo hasta les habría resultado gracioso.

—Chicos, Vera me ha dejado un mensaje en el contestador, dice que no se ha casado y me pide que la llame, pero no me coge el teléfono. Ahora tengo a mis dos muchachos en peligro —se retorció las manos.

—Sole, tranquila, vamos paso por paso.

—Vamos a hacer una cosa —intervino Guzmán—. Nosotros dos nos vamos con los refuerzos a ver qué averiguamos de Marcos, mientras tanto tú intenta localizar a Vera. Voy a dar orden a un coche patrulla para que te acompañe a su casa, y a todos los lugares que ella frecuente hasta que des con ella. —Soledad asintió—. Solo tenemos la sospecha de que es a ese Pedro Montijano al que buscamos por asesinato y tráfico de órganos. Ella está bien, en caso de que fuese ese hombre al que buscamos, no se ha casado, así que debe de estar bien. —Se giró buscando a alguien—. Torres, ven. —Un muchacho joven se acercó—. Tú serás quien la acompañe. Haz todo lo que ella necesite. —El hombre asintió—. Soledad, ahora ve y haz tu parte que nosotros nos encargamos del resto. Estaremos en contacto. —Y sin más despedidas, cada uno se marchó en un coche rumbo a su destino.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Me encontraba extrañamente bien, a pesar de mi dolor de cabeza y de notar que estaba tumbada sobre una superficie rígida y fría. Intentaba mover mi cuerpo pero no reaccionaba todo lo que yo quería, mis extremidades estaban tan entumecidas que parecía que no me pertenecían. Me acompañaba una sensación que nunca antes había vivido, como si estuviera flotando.

Poco a poco fui capaz de ir recuperando mi cuerpo, mis dedos ya empezaban a subir y a bajar según mis órdenes. Conseguí, al estar tumbada boca arriba, levantar mis rodillas formando un triángulo. Comencé a sentir náuseas. Cuando abrí los ojos, no sabía dónde me encontraba. Estaba en una habitación poco iluminada tirada en un rincón a oscuras sobre un suelo mugriento y pegajoso. Era incapaz de determinar cuánto tiempo llevaría allí. Lo último que recordaba era mi lucha contra uno de los matones de Pedro y que me inyectó algo en el cuello. Nunca me he drogado, no he probado ni un cigarro de la risa como dicen mis amigos, así que no podía determinar con qué me habían dormido, pero antes de inyectarme le escuché decir que era ketamina, pero no sabía si era anestesia o cualquier otra sustancia. A fin de cuentas todo son drogas.

Despacio y con mucho esfuerzo conseguí girarme y comencé a ponerme de pie. No había luz en la habitación, solo una mesa central con una bombilla sujeta a un pie metálico que parpadeaba y era incapaz de iluminar nada alrededor de un metro de la mesa. Seguro que habría una puerta y paredes pero no las veía. El cable por el que le llegaba la corriente a la lámpara desaparecía en la penumbra. Con un ritmo muy pausado me acerqué a la mesa tambaleándome, cogí el aplique y comencé a moverlo intentando iluminar la habitación para encontrar una salida.

Escuché un ruido detrás de mí, un chillido rápido, agudo y de tono bajo, al principio pensé que era una rata. Con el vello de punta y un nudo en el estómago intenté acercarme a la luz al rincón para ver qué había sido. Y me encontré con una persona atada de pies y manos tumbada en el suelo de espaldas a mí con su cara contra la pared. En ese momento ya no sentía miedo, sentía pánico. Sabía quién era, lo hubiera averiguado a miles de metros. Me había fijado bastante en esa espalda y en su cabello de punta de color negro que poblaba su cabeza. Aún llevaba la misma ropa que cuando se marchó de mi casa. Era Marcos. Todavía me tambaleaba cuando me empecé a acercarme a él. El cable no era tan largo como para que pudiera llevármelo hasta a aquel rincón, así que lo solté lo más cerca posible intentando que iluminara al máximo hacia donde yo quería. Me puse de rodillas junto a él. Al principio intentó huir, no sabía quién se acercaba a él y yo aún no había pronunciado ninguna palabra así que jamás se hubiese imaginado que yo estaba allí. Cuando me vio noté su desconcierto. A quien menos esperaba era a mí.

Estaba muy golpeado, tenía un ojo muy morado, cerrado por la hinchazón y en el labio inferior una mancha de sangre reseca resbalaba en un lateral. Comencé a desatarlo algo torpe y a quitarle el precinto que le tapaba la boca.

—Vera, ¿qué haces tú aquí? —dijo con una mezcla de miedo y felicidad por verme.

—No hagas esfuerzos, te ayudaré a incorporarte —contesté mientras me moría de miedo por hacerle más daño al moverlo ya que, en su situación, lo más seguro era que tuviese un par de costillas rotas como mínimo—. Vamos a buscar una solución, intentaremos salir de aquí.

—Ha sido Pedro.

—Lo sé, tranquilo, estaba equivocada con él.

—Menuda luna de miel te está dando ¿no? —La ironía y el recelo se reflejaban en su actitud.

—No me he casado al final. —Vi el desconcierto reflejado en su mirada—. Pero eso no es lo importante ahora. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, no sé dónde estamos y no sé donde está la salida. Me durmieron con algo que me inyectaron.

—Yo también llegué inconsciente aquí, así que poco te puedo ayudar.

Marcos se fue hacia la puerta cojeando de la pierna derecha. Estiró los brazos mientras andaba y vi que tenía las muñecas ensangrentadas a causa de las cuerdas con las que había estado atado. Comenzó a golpear la puerta y a intentar abrirla, pero era imposible, no tenía fuerzas suficientes y si a eso le añadimos que estaba cerrada con llave desde el exterior, el resultado fue que se hizo más daño y no consiguió mover nada.

Empecé a ayudarlo a golpear la puerta, era nuestra única salida ya que no había ventanas. Pero fue inútil.

—¿Dónde está tu bolso? —me preguntó con la respiración agitada.

—No pretenderás que me ponga a pintarme ahora los labios, ¿verdad? —contesté nerviosa, mientras me retorció las manos.

La ironía mostraba mi estado de alerta. Me ahogaba, tenía miedo, necesitaba salir de allí. Siendo egoísta hasta me alegraba que fuese Marcos quien estuviese allí conmigo, una persona de confianza, que sabía que no me iba a hacer daño, o por lo menos eso me transmitía, aunque estábamos en la misma situación, nuestra vida corría peligro.

—Vamos a ver, Vera, escucha. —Me agarró las dos manos, las suyas temblaban pero intentaba que no se notara, me miró a los ojos para transmitirme tranquilidad, a pesar de su temor—. Ahora no podemos tener miedo, si no tener la mente fresca para encontrar soluciones rápidas y actuar con seguridad. No podemos cometer ningún error. Esta gente es peligrosa y a la misma vez parecen principiantes, pero realmente no sabemos hasta qué punto. Te preguntaba por tu bolso porque cuando a mí me trajeron aquí me golpearon, me hicieron pedazos, pero los inútiles me dejaron el móvil en el bolsillo. —Una media sonrisa apareció en su cara—. Conseguí tener un poco de cobertura y le mandé un *WhatsApp* con nuestra ubicación a Soledad, y justo en el momento en el que iba a pedirle ayuda me quedé sin batería. Del coraje que me dio lancé el móvil y lo destrocé. —Y señaló el rincón donde había una carcasa partida—. Ellos entraron al escuchar el ruido, no se esperaban que me hubiera soltado, no me habían atado bien y al ver mi móvil me volvieron a golpear preguntando si me había puesto en contacto con alguien. Le dije que no, que por eso lo había roto, porque allí no funcionaba. Y los imbéciles me creyeron. Cuando se cansaron de pegarme y casi estaba al borde de la inconsciencia me ataron de pie y manos, pero esta vez bien fuerte, para que yo solo no me pudiera soltar. Y me arrojaron en el rincón que me has encontrado cuando has llegado. —Le escuchaba atentamente, le debería doler todo el cuerpo, y a la misma vez sentía cada vez más miedo, porque seguro que no dudarían en pegarme a mí también si lo creyeran necesario—. Creo que ahora los matones no están aquí. No sé cuánto tiempo llevo metido en este antro que huele fatal pero me he

acostumbrado a los ruidos que ellos hacen y hay demasiado silencio. Por eso vamos a intentar golpear la puerta hasta que se rompa, chocaremos la mesa contra ella para hacer más fuerza. Espero de verdad que no se encuentren aquí. —Marcos empezó a bajar el tono de voz, casi me hablaba en susurros—. Vera, si están ahí fuera y hacemos mucho ruido van a venir a por nosotros y no sé qué puede pasar, pero si no están y conseguimos salir será nuestra salvación.

Empezó a temblarme el labio inferior mientras asentía con la cabeza. Haría lo que me pedía, por supuesto, que otra alternativa teníamos. Lucharíamos hasta el final, no íbamos a dejar a Pedro salirse con la suya. Marcos y yo ahora formábamos un equipo y nuestro trofeo, si ganábamos, sería salvar nuestra vida.

Me indicó con la cabeza que le ayudara. Seguí sus pasos, y nos pusimos detrás de la mesita de madera y de frente a la puerta de entrada. Cogimos cada uno por un extremo, no hacían falta palabras, con la mirada nos comunicábamos, sabíamos lo que teníamos que hacer.

Cogimos un poco de impulso y lanzamos la mesa contra la puerta mientras aguantábamos la respiración y nuestros corazones se salían de nuestros cuerpos. Deseábamos que funcionara. El impacto sonó con un gran estruendo haciendo crujir la puerta. La mesa rebotó contra el suelo. Nos volvimos a mirar en silencio esperando escuchar algún ruido fuera para comprobar si había alguien o no. Nada, no se escuchaba nada, un silencio absoluto reinaba en nuestra habitación del pánico. No sabíamos ni siquiera si era de día o de noche, si estábamos en mitad del campo o al lado de un acantilado, ningún ruido nos daba pistas. Y ese mutismo era una ventaja para nosotros en ese momento, si es que de verdad estábamos solos.

Volvimos a intentarlo, cogimos la mesa y esta vez nos retiramos más para coger mayor impulso y a pesar del cuerpo dolorido de Marcos y mi agotamiento físico lanzamos la mesa con más fuerza contra la puerta. Nos temblaban las piernas, ya no sabíamos si era por el miedo, por el esfuerzo o por ambas a la vez. Pero esta vez la puerta se rajó un poco por el centro y se partió una pata de la mesa.

—Vamos, Vera, corre, ayúdame, otra vez —dijo Marcos con urgencia.

Esta vez no esperamos a ver si se escuchaba algún ruido fuera o no. Sin pensarlo volvimos a hacer el mismo procedimiento, ya que parecía estar dando frutos. Con el nuevo impacto la puerta, al ser de madera, se rompió por el centro, y la mesa también. Marcos actuaba con celeridad, y sin pensarlo comenzó a golpear la puerta por donde se había roto a patadas y con las patas de la mesa que habían saltado. El agujero aún no era lo tan grande como para que pudiéramos salir, ni para decirnos donde estábamos, solo se veían unas escaleras rodeadas de oscuridad. Y hacia el final de los peldaños se podía vislumbrar un pequeño reflejo, como si estuviera anocheciendo.

Aunque no tenía tanta fuerza como él, le ayudé y comencé a darle golpes también a la puerta. A final la madera terminó de ceder y podemos hacer un hueco tan grande como para poder salir. Y a pesar de todo el ruido que estábamos haciendo, comenzamos a movernos silenciosos. Marcos salió primero y me ayudó a cruzar por el hueco a mí también. Con los nervios no me fijé bien por dónde iba y me rasgué todo el lateral de la camiseta con un filo que sobresalía de la madera, también me clavé alguna que otra astilla haciéndome un profundo arañazo en el costado. Quise gritar de dolor, pero no tenía voz en el cuerpo. Marcos me agarró de la mano.

—Ten cuidado, voy a subir las escaleras. Iré yo primero y cuando abra la puerta de arriba

y vea que no hay peligro te digo que subas. No hagas ninguna locura. Mente fría. Me sonrió como el que está tomándose una cerveza en el bar, quería tranquilizarme a toda costa, pero esa iba a ser una tarea inútil. Marcos fue subiendo poco a poco los peldaños, iba seguro pero despacio. A cada paso que él daba cada tabla del escalón iba crujendo y mi corazón se iba encogiendo, como si fuese todo un baile del terror acompañado. Cuando llegó al final me miró, me volvió a sonreír y abrió la puerta con lentitud. Un chirrido volvió a sonar. No quería respirar por no hacer más ruido. Pasó a la planta alta, lo escuché andar por arriba mientras me mordía las uñas, le escuché abrir una puerta y de repente se llenó de luz toda la planta alta. Casi sin darme cuenta comencé a subir poco a poco, pegando la espalda a la pared. De lejos, comenzó a oírse el ruido de unos coches acercándose.

—Vera, corre, sube —gritó Marcos desde arriba.

Y eso hice, comencé a correr, llegué hasta él, me dio la mano y salimos al exterior. Pero ya era tarde. Pedro, sus secuaces y más gente que no conocíamos, todos vestidos con traje negro como quien lleva un uniforme, nos daban la bienvenida a pocos metros de la entrada de la cabaña en la que nos habían encerrado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Soledad y Torres se montaron en el coche patrulla, un Citroën Xsara Picasso de color blanco con toda la rotulación de la policía y las sirenas en el techo. Ambos vieron como los demás corches partían en dirección contraria a donde se iban a dirigir ellos. Sole rogó al cielo que localizaran a sus muchachos sanos y salvos. Temblaba como un flan, se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo de papel que llevaba para secarse el sudor de las manos que los nervios le estaban provocando. Miró el interior del vehículo y a su acompañante. Serrano era un joven apuesto con pelo corto castaño, ojos negros y perilla. Vestía el uniforme oficial de la Policía Nacional. El muchacho notó el estado en el que se encontraba ella y decidió quitarle hierro al asunto:

—Bueno, Soledad, ¿te has montado alguna vez en un coche de policía?

—Por suerte, no. Impresiona bastante.

—¿Lo dices por la parte de atrás? Piensa que no sabes con quien nos podemos encontrar y necesitamos esta mampara para separarnos del detenido, tenemos que mirar por nuestra seguridad. Fíjate —dijo señalándole a un cuadro de mandos que llevaba en el salpicadero —, desde aquí puedo controlar y bloquear las puertas traseras para que no se escapen. Con estos otros botones acciono las sirenas y los destellos, y esto es un GPS para que podamos ser localizados en cualquier momento. Que no nos vamos a perder, vaya —dijo sonriendo, estaba siendo muy amable con ella.

—No sé si estoy en un coche o en una nave espacial con tanto botón —intentó bromear ella.

Le indicó donde vivía Vera y sin más preguntas el muchacho arrancó el coche y comenzó su camino. Para intentar distraerla de sus pensamientos, Torres comenzó a contarle un poco su vida. Le dijo que se llamaba Miguel Rafael Martín Torres, pero que todo el mundo le llamaba por su segundo apellido, que incluso si le llamaban Miguel ni contestaba porque no se daba por aludido. Continuó la conversación contándole que llevaba casado un año y que estaban empezando a buscar descendencia, y que la elección del nombre de sus posibles hijos les estaba costando un auténtico quebradero de cabeza ya que no se ponía de acuerdo con su mujer. A todo Soledad le iba contestando con monosílabos tipo sí, no, quizás. Y con medias sonrisas. La verdad es que le agradecía muchísimo que aquel muchacho estuviese tan atento e intentara distraerla, ya que antes de que se diera cuenta ya habían llegado a la puerta del portal de la casa de Vera. Aparcó con agilidad y se bajaron del coche.

Soledad tocó al 1º-F que era el piso en el que vivía y nadie contestó. Volvió a insistir, esta vez casi funde el timbre ya que no levantaba el dedo del botón, esperó unos segundos para ver si abrían y no hubo nada nuevo. En ese momento salió un vecino del bloque, entonces ambos entraron y fueron hasta el rellano de la primera planta. Antes de volver a llamar, se acercaron y pegaron su oreja a la puerta para ver si se escuchaba algún ruido en su interior. Silencio.

En ese momento se abrió una puerta contigua y salió una mujer con el pelo canoso muy bien moldeado y completamente vestida de negro.

—¿Qué están buscando?

—Soy de la policía —dijo mientras le mostraba su placa—. Estamos buscando a su vecina.

—¿Y para qué? —No le dejó terminar—. ¿Ahora fugarse de tu propia boda se considera delito?

—Necesito encontrarla —respondió Soledad.

La mujer debió de ver el miedo en sus ojos. Miró al policía y de nuevo a Sole. Dio un suspiro y decidió contar la verdad.

—A ver, digamos que a esta chica yo no la he aguantado mucho nunca, pero no por nada si no porque yo tengo el sueño muy débil y me despertaba cada vez que llegaba de madrugada de estar por ahí. Vete tú a saber qué estaba haciendo. Pero esta tarde cuando he llegado estaba tirada aquí mismo vestida de novia y llorando a moco tendido sin llaves para poder entrar en su casa. Y miren ustedes una tiene, aparte de muchos años, buen corazón y siempre la he visto tan feliz y verla en ese estado, pues que quiere que le diga...

—Al grano, señora, por favor —pidió Torres.

—Pues eso, que como mi balcón y el suyo están unidos, he dejado que saltara a su casa por ahí. Y ha estado un rato, y a eso de las siete ha salido cambiada de ropa y con mucha urgencia. No sé a dónde habrá ido, y por aquí no ha vuelto nadie y son ya casi las ocho y media.

—Está bien, señora...

—Remedios.

—Pues eso, Remedios —prosiguió Torres—. En esta tarjeta está mi número de teléfono, si Vera volviera por aquí llámeme urgentemente. Y que no se mueva hasta que no vengamos nosotros. Tenemos que localizarla.

—¿En qué lío se habrá metido? —aventuró la vecina. Soledad se acercó a ella y con su habitual dulzura le cogió los brazos y le dijo:

—En un lío muy gordo, pero ella es inocente, puede estar en peligro. Por favor, ayúdenos. Remedios asintió, y vio como se marchaban bajando las escaleras a toda velocidad.

Volvieron a montarse en el coche más preocupados.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó el policía.

—A mi local, la conozco y será el primer lugar hacia donde habrá ido.

Le indicó cómo llegar y durante el camino miraron a todos los viandantes por si era ella, pero no hubo suerte. Después fueron al trabajo de Vera y por allí no había pasado. Además el jefe les dijo de muy malos modos que si la localizaban que por allí no volviera que ya que se había ido del trabajo sin avisar que no se dignara a aparecer. Se marcharon rápido para no provocar una pelea, pero por si las moscas le dejaron también su número de teléfono por si aparecía.

Comenzaron a dar vueltas por la zona que Vera frecuentaba, bares, tiendas de ropa... estaban desesperados. Soledad no conocía a sus padres, familiares ni amigos que no fuera Marcos así que no sabía hacia dónde dirigirse. Pasaban los minutos y no la localizaban así que decidieron deshacer sus pasos y volver a los sitios que ya habían visitado por si había alguna novedad. A las nueve y media de la noche fue cuando Torres recibió un mensaje en el móvil. «OBJETIVOS LOCALIZADOS».

CAPÍTULO VEINTICUATRO

En Granada el clima es de extremos, solo existe verano e invierno. En otoño y primavera se pasa del tirante al chaquetón en el mismo día con facilidad. Por eso hay un dicho que dice que las rebecas finas de las mujeres solo sirven de adorno. Aquel sábado de agosto hacía demasiado calor. En las horas del mediodía los termómetros marcaban cuarenta grados a la sombra, y a las nueve y media de la noche aún era de día, y todavía faltaba más de media hora para que empezara a anochecer.

Ricardo Guzmán, Pablo Rosales y toda la patrulla de rescate iban en sus coches de incógnito en la dirección que Marcos le había indicado. Cuatro coches de color verde oscuro iban en fila, uno detrás de otro y a la vez guardando las distancias. Las sirenas portátiles estaban apagadas y en el interior de los vehículos. No querían llamar la atención.

No necesitaron los planos que llevaban con las coordenadas exactas que habían sacado del móvil de Soledad. Una de las veces que pararon para situarse vieron cómo eran adelantados por dos *Mercedes* de color negro idénticos, así que con mucha discreción comenzaron a seguirlos. Tenían que ir distanciados bastantes metros para no ser descubiertos. A un kilómetro de distancia desde donde empezaron a escoltarles vieron como aparcaban junto a una casita de madera rodeada de sauces, pinares, olmos y matorrales, algunos de ellos cubrían parte de la casa. La cabaña estaba tan integrada en el paisaje que casi parece que la hubieran puesto ahí antes que la arboleda.

La policía hizo un despliegue silencioso a su alrededor y, mientras se escondían con armas en mano y chalecos antibalas en el pecho, vieron varios hombres trajeados de negro que se bajaban de sus coches y andaban los seis metros que le separaban de la cabaña. Uno de ellos debería ser el cabecilla, ya que se le escuchaba dar órdenes e iba el primero dirigiendo el camino.

Justo a la mitad, los cinco hombres oscuros fueron sorprendidos. Dos personas salían del interior de la cabaña. Guzmán los reconoció al instante, eran Marcos y Vera, y le avisó con señas a todos sus compañeros que estaban escondidos que eran ellos a quienes estaban buscando. En ese mismo momento Rosales mandó un mensaje a Torres que decía: «OBJETIVOS LOCALIZADOS», para tranquilizar un poco a Soledad.

Toda la brigada estaba en completo silencio, oculta en su escondite, esperando órdenes para actuar.

Cuando Vera los vio venir de frente se fijó en la cara de Pedro, iba el primero y, como siempre, escoltado por sus perritos falderos. Veía maldad en su mirada, ahora sí que estaba en un buen lío. Aquellos ojos que algún día le fascinaban por su cambio de color, ahora se estaban convirtiendo en una pesadilla. Marcos se puso delante de ella tapándole medio cuerpo para protegerla.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo Pedro con ironía—. ¿Hacia dónde os dirigíais, enamorados?

—Déjanos en paz, por favor —pidió Vera, Marcos se puso delante de ella, solo podía mirar por encima de su hombro.

—¿Cómo va a ser eso? Me has dejado en ridículo en el altar y lo vas a pagar.

—Deja a Marcos que se marche. Estás enfadado conmigo no con él —consiguió decir en un ataque de valentía.

Pedro comenzó a reír a carcajadas dejándolos desconcertados, en ese momento parecía más un enfermo digno de ingresar en un psiquiátrico que el famoso líder que conocía.

—Te tenía por tonta, Vera, pero no por tanto. Me lo has demostrado infinidad de veces, pero lo tuyo ya es absurdo. ¿Tu vida a cambio de la de él? No, canija, no. Además ni muriendo los dos ahora mismo pagaríais la deuda que tenéis conmigo.

—Por favor... —rogó Vera.

La respiración de Marcos estaba agitada, no hablaba solo escuchaba y miraba con disimulo a su alrededor para ver hacia dónde podía salir corriendo. Estaba planeando su huida. Escuchó a su derecha crujir unas ramas, quizás algún animalillo estaba de paseo por allí. Miró en esa dirección, y escondido tras unas ramas vio a su amigo Ricardo Guzmán quien le indicó, llevándose un dedo a la boca, que guardara silencio y trazó un círculo con su dedo. Marcos lo conocía bien, y sabía que ese gesto significaba que había más gente escondida. Por lo que para que no lo descubrieran fijó sus ojos en Pedro y sus amigos.

Escuchó como Vera comenzaba a lloriquear y se agarraba a sus brazos, estaba temblando.

—Pero si sabes llorar. Pensaba que no. Ya que no lloraste el día que te golpeé en mi casa. Te hice una brecha en la frente y no soltaste ni una lágrima. Al contrario, obedeciste mis órdenes como un perrito faldero. Hiciste un intento de desafiarme cuando encontraste mi secreto en mi casa. ¿Sabes una cosa? En todas las habitaciones tengo cámaras, te vi abrir el armario y mover el mueble del vestidor, pero aún así no hiciste nada. Me perdonaste y seguiste en pie con la boda, por eso me ha extrañado mucho que salieras corriendo en la iglesia. Sinceramente, me has sorprendido, Vera. Con lo fácil que me ha sido manipularte todo este tiempo y mira ahora lo desafiante que has resultado ser.

—¿Qué secreto? —preguntó Marcos intentando sacarle información para que escucharan todos los que estaban allí tras los matojos.

Tanto Pedro como sus perritos falderos comenzaron a reír. Dio un paso adelante y Marcos y Vera un paso atrás.

—Tranquilos, chicos, no huyáis. Os voy a matar, sí, pero todavía no. Vera ¿le contamos a tu chico lo valiente que has sido? —Sus palabras reflejaban mucho sarcasmo—. Ya que os voy a matar os lo voy a contar, así vuestras almas después del tiro de gracia no vagaran buscando respuestas. —Todos sus acompañantes se rieron del chiste tan desagradable—. Pues sí, Marcos, aquí la señorita presente descubrió un quirófano que tengo en casa, y después ni preguntó ni dijo nada, todo siguió como siempre.

—¿Un quirófano? —preguntó incrédulo Marcos, aún no sabía a qué se refería.

—Eso es, Marquitos. Te voy a contar una cosa. Mi asociación *No todo se compra, no todo se vende* es una tapadera. Realmente me dedico al tráfico ilegal de órganos y la nave que ha salido hace poco en todos los periódicos a la que han bautizado como la nave del horror era realmente mi central de trabajo.

—Para eso tanta nevera de color azul. —Vera estaba encontrando soluciones a todas sus dudas—. Pero el quirófano tenía muchas telas de araña como si llevase mucho tiempo sin usar.

—Y lo lleva. Cuando yo empecé en esto era joven e inexperto, y tengo que reconocer que tener el quirófano ahí me resultó demasiado incómodo; subir cuerpos allí y bajar cadáveres... En ese momento estaba solo y por eso tuve que buscar una solución; ampliar

el negocio, dejar de ensuciarme yo las manos y solo conseguir el beneficio.

—¿Cómo has podido hacer eso? Has matado a muchas personas.

—No te atrevas a juzgarme —gritó, de repente toda la tranquilidad que reflejaba se había esfumado, la expresión de su rostro era terrorífica, y ahora el color tan extraño de sus ojos, los mostraba fríos y carentes de sentimientos o compasión. Un recuerdo permanecía en su memoria más nítido que ningún otro, la tensión iba aumentando por momentos—. No hay justicia en la tierra, así que tuve que tomármela por mi cuenta.

» Solo era un niño, tenía 12 años, y era muy feliz, mis padres eran maravillosos, cariñosos, atentos, lo tenía todo. Durante meses me prometieron que cuando hiciera buen tiempo íbamos a ir a pasar el día a la Alhambra, y ese día lo hicimos. Fue un día genial, visitamos todo, llegamos muy cansados a casa así que nos dimos una ducha y nos fuimos directos a la cama. —Todos escuchaban atentos, Marcos estaba pendiente al movimiento de la policía, ya podía ver algunas caras escondidas más cercanas, estaban detrás de Pedro y su panda—. Unos ruidos de fondo me despertaron aquella noche. Pero lo extraño era que no me podía mover, ni siquiera podía abrir los ojos, pensé que era un sueño, y pronto se convirtió en una pesadilla. Había alguien hablando al final del pasillo, y no reconocía esa voz. Dos hombres se acercaron hasta mi habitación, intenté gritar, pedir ayuda, pero no podía moverme. Un fuerte ruido sonó en la calle, como si hubiesen chocado dos coches y los tipos se marcharon. Pasó mucho rato hasta que mi cuerpo comenzó a reaccionar. Mareado y con náuseas me levanté en busca de mis padres. —Nadie se atrevía a hablar, todos escuchaban con atención—. Y me los encontré muertos a los dos. Era un niño y no entendía nada, solo veía mucha sangre y su cuerpo abierto por el pecho. Llamé a la policía y les eché una manta, y me puse a peinar a mi madre mientras los esperaba, ella era muy presumida, no podían verla en ese estado. No podía llorar, no me salían las lágrimas. Tiempo después me enteré que habían sido unos traficantes de órganos los que habían cometido tal acto. Por aquel entonces yo ya estaba de casa en casa con familias de acogida, era un chico rebelde y no aguantaba mucho tiempo en ningún sitio. Hasta que di con mi padre adoptivo. —Vera no conocía quién podía ser, sentía repugnancia con cada palabra que decía—. Ese hombre entendió perfectamente que necesitaba vengarme para intentar cerrar ese capítulo de mi vida. Y me ayudó, empezamos a investigar, nos hicimos amigos de gente que sólo vivía de noche y que daba bastante miedo, hasta que los localicé. Encontré a los dos desgraciados que rompieron mi felicidad, llevaba mucho tiempo estudiando cómo se podía sacar órganos del cuerpo, incluso había presenciado ya varias operaciones clandestinas. Y no lo dudé, los maté con mis propias manos y vendí sus órganos. Sesenta y cinco mil euros por cada corazón, cuarenta y cinco mil por cada riñón y treinta mil cada hígado. Cinco mil euros las corneas... —A Marcos y a Vera se les puso el vello de punta, hablaba del despiece de una persona como si estuviese haciendo una lista de la compra—. Para una persona como yo, que lo había perdido todo, encontrarse con tanto dinero me hizo cambiar mi forma de ver la vida. Descubrí que el mundo necesita órganos. Hay una gran demanda, personas que pagan grandes sumas de dinero para salvar a sus familiares o hijos enfermos sin importarles cuántas vidas se lleven por delante. Y ese soy yo, un simple intermediario para que los ricos puedan conseguir lo que quieren. — Sonrió con maldad.

El silencio reinaba en aquel lugar.

Vera apretó su cuerpo contra el de Marcos y cerró los ojos, él miraba en todas las direcciones, no entendía a qué esperaba Ricardo para ayudarles.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Miré cómo Pedro nos apuntaba a Marcos y a mí. Estaba enrojecido por la ira, su pelo que siempre iba engominado estaba dejando libres algunos mechones a causa del sudor. Había sobrevivido a una infancia mísera y sin amor. Él ya me había comentado lo duro que había sido para él, pero nunca me podría haber imaginado eso, pensaba que era simplemente un niño problemático y quizás algo consentido. Hizo un gesto con la mano a sus acompañantes. Dejé casi de respirar, mi cuerpo no me respondía y noté como Marcos se puso tenso. Los hombres vestidos de negro sacaron sus armas y nos apuntaron, Pedro hizo lo mismo.

Dicen en las películas que cuando ves que tu vida corre peligro se te pasan por la cabeza todos los momentos que has vivido. En mi caso no fue así, solo quería salir corriendo y arrastrar a Marcos conmigo, en menudo lío lo había metido. Pensé que había sido demasiado tonta, que en el momento que recibí el golpe que me dio Pedro, debí de haber puesto distancia. Si ya lo dicen en los anuncios de la televisión, después de un golpe llega otro, y no hay que permitirlo. Pero no nos lo creemos hasta que es demasiado tarde. Y mi error no solo me arrastraba a mí, a pesar de todo, Marcos seguía protegiéndome con su propio cuerpo. Si salíamos vivos de allí no sabía cómo podría agradecerse.

—Vera, realmente quería que esto hubiese terminado de otra manera. Te seguí aquella noche en la discoteca, me sorprendiste saliendo de tu escondite, no sabía lo que habías escuchado de nuestra conversación, pero desapareciste. Por suerte, te encontré en la manifestación. Te apreciaba y me resultabas fácil de manipular. Pero te has equivocado y has decidido plantarme cara. Y eso no está bien.

Pedro se movía seguro, sonreía, parecía disfrutar de lo que estaba haciendo. Varios disparos sonaron y Marcos me tiró al suelo tumbándose encima de mí. Marcos vio a Pedro caer abatido a sus pies, una bala le había atravesado la cabeza. Los cuatro hombres trajeados también cayeron al recibir disparos en sus extremidades, la policía salió de su escondite mientras continuaba apuntando a los hombres que estaban en el suelo. Dos policías se acercaron a nosotros, nos ayudaron a incorporarnos y uno de ellos abrazó a Marcos.

—¿Por qué cojones has tardado tanto? No debías haber llegado tan al límite y si me hubieran disparado.

—Debía conocer todos los detalles —le dijo el policía.

—Gracias, hermano, me has salvado la vida. —Marcos le hablaba a aquel hombre con cariño.

—Gracias a ti, por ayudarme a encontrar a este tipo. Aunque no lo sepas aún, me has ayudado a vengar la muerte de Noelia.

—¿Cómo? ¿Muerta?

—Sí, Marcos, ya te contaré los detalles. Solo te puedo decir que le acabo de pegar un tiro en la cabeza al responsable de su muerte. A partir de ahora podré dormir un poco más tranquilo.

Escuché la conversación sin salir de mi asombro. Lo había pasado muy mal, nunca había

temido tanto por mi vida. Al parecer, Marcos sabía que allí estaba escondida la policía, y Pedro era responsable de una muerte más. Ya se estaba convirtiendo en algo normal que me temblara todo el cuerpo y no pudiera respirar. Empecé a ver borroso, no me podía mantener en pie, me dejé caer al suelo de rodillas. Me sentía muy cansada, agotada. Mi cuerpo quería desconectar de la realidad.

—Vera, Vera, ¿estás bien? —Marcos me tenía sujeta por los brazos y me ayudó a tumbarme en el suelo.

Una vez que me sentí libre mi cuerpo se vino abajo. Tendida sobre la tierra giré mi cara hacia la derecha y me encontré a Pedro muerto en el suelo, mirándome por última vez con sus ojos bicolors mientras su cabeza se desangraba por el disparo que le habían dado. Tan solo fueron unos segundos pero se me hicieron eternos.

Un policía se acercó a mí y me dijo que nos iba a llevar tanto a Marcos como a mí al hospital. Yo sólo quería llegar a mi casa y darme una ducha de agua hirviendo. Pablo Rosales me ayudó a incorporarme, y me acompañó a su coche, Marcos se sentó a mi lado, escuché las sirenas y partimos directos al Hospital Clínico.

Al entrar en urgencias nos dieron prioridad. Quizás entrar en un coche oficial provoca ese enchufe. No tuvimos que esperar nada: pasamos directos a una consulta que había junto a la sala de observación. Nos tomaron la tensión; nos sacaron sangre; nos hicieron preguntas y nos dijeron que en estos días un psicólogo hablaría con nosotros para ayudarnos a afrontar la situación traumática que acabábamos de vivir.

Comenzaron a curarle a Marcos las heridas que le habían hecho las cuerdas en las muñecas, y mi herida del costado. Crisis de estrés y ansiedad, fue mi diagnóstico del médico. Y la verdad que en ese momento me dio un ataque, sí, pero de risa. Mis carcajadas nerviosas contagiaron a Marcos, y los médicos nos miraron como si estuviéramos locos. Solo una enfermera comenzó a reír con nosotros. La risa significa alegría, ya sea nerviosa o no, y nosotros estábamos felices por seguir vivos.

Como un huracán, Soledad entró en la consulta. Venía con lágrimas descendiendo por sus mejillas, ojos enrojecidos y un pañuelo en las manos.

—Cabezota —me dijo mientras me abrazaba. Su mirada indicaba “te lo dije”, pero esas palabras no salieron de su boca. Se acercó a Marcos y le dio un achuchón—. Por fin estáis aquí, aunque no todo ha pasado —añadió con su habitual misterio.

No sabía a qué se refería con aquella frase, pero en ese momento no me apetecía pensar. Lo que tuviera que ser, sería sin remedio.

Cuando terminaron los médicos salimos a la sala de espera. Sole no dejaba de tocarnos a Marcos y a mí, como si solo con nuestra presencia no le fuese suficiente.

Pablo Rosales me llevó a mi casa, pasando antes por casa de Marcos para coger ropa. Esa noche dormiría en mi casa, según él nos vendría muy bien la compañía a los dos. Y en el fondo me sentía aliviada, no me apetecía estar sola. Nos despedimos de Soledad y quedamos en hablar al día siguiente.

A pesar de todo el trasiego aún tenía las llaves de mi piso en el bolsillo. Le dije adiós a Rosales mientras Marcos le daba un abrazo y las gracias por todo. Respiré hondo al entrar al portal y llamé al ascensor, aunque vivía en un primero me sentía agotada para subir andando. Cuando llegamos a mi puerta, nos encontramos mi ramo de novia de rosas de color negro en el felpudo.

Extrañada miré a Marcos, él se agachó con dificultad y lo cogió. Había una nota. La leyó en voz alta: «Esto no va a quedar así».

—Es lógico —contesté—, le he dado plantón en el altar y con lo orgulloso que era es normal que quisiera vengarse. Por suerte, no ha podido hacernos nada.

—Por si acaso, mañana telefonaré a Ricardo Guzmán.

Entramos en mi piso, ya se me había olvidado que estaba tan desordenado. Me fui directa al cubo de la basura y tiré mi ramo de flores y la nota que lo acompañaba. Llegué al salón y vi que Marcos había tirado al suelo todo lo que había en el sofá y se había sentado. Me senté junto a él y los dos nos quedamos dormidos mirando al infinito.

Aún quedaba mucho por resolver, pero nosotros necesitábamos descansar.

Agradecimientos

Esta página es la que más trabajo me está costando escribir, y la que nunca pensé que llegaría a hacer. Tengo tanto que agradecer que no sé ni por dónde empezar.

Quiero dar las gracias, a Soledad Heredero, de la Librería Cervantes de Armilla, que fue la primera en leer un capítulo, la que me convenció de seguir y la que habiéndosela leído sin corregir, y antes de que decidiera publicar, ya me había guardado un sitio en su escaparate.

Tengo mucho que agradecer también a la escritora Clara Peñalver, que confió en que con solo diecinueve folios ya había una novela. Ella me ha hecho meterme en el papel de cada personaje, ver su mundo de colores, canica en mano, y dejar de ser yo misma, para dar vida, realidad y certeza a una historia totalmente inventada.

También he contado con el apoyo de la escritora Dama Beltrán, que me dio el teléfono de una estupenda mujer, que hace algo fabuloso; poner a punto la novela para poder publicarla.

No esperaba a mí alrededor tener tanto apoyo cuando comencé este proyecto, así que GRACIAS a todos los que me han estado leyendo en secreto, me han animado a seguir, y me han dicho: «¿Qué pasa ahora? ¿No me puedes dejar así?»

No me puedo olvidar de mis padres, que desde pequeña me han inculcado mi amor por la lectura y a luchar por mis sueños. Algo que intento hacer yo cada día con mi hija.

Y en último lugar, tengo que dar un millón de gracias a José, por tantas noches en vela robadas a nuestra intimidad, por aguantar mis cambios de humor, y por preocuparse tanto como yo para que todo salga adelante.

Seguro que se me escapa alguien pero por favor, que no me lo tenga en cuenta. Sólo quiero decir ¡GRACIAS